ÁLVARO SANDIA BRICEÑO

SENDEROS DE TATUY

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

SENDEROS DE TATUY Álvaro Sandia Briceño

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades universitarias

Rector
Mario Bonucci Rossini

Vicerrectora Académica
Patricia Rosenzweig Levy

Vicerrector Administrativo
Manuel Aranguren Rincón

Secretario (E)
Manuel Joaquín Morocoima

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES
DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO

• **Presidenta**
Patricia Rosenzweig Levy

• **Coordinadora**
Marysela Coromoto Morillo Moreno

• **Consejo editorial**
Patricia Rosenzweig Levy
Marysela Coromoto Morillo Moreno
Marlene Bauste
María Teresa Celis
Francisco Grisolía
Jonás Arturo Montilva
Joan Fernando Chipia L.
María Luisa Lazzaro
Alix Madrid

COLECCIÓN EDICIONES ESPECIALES
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

Los trabajos publicados en esta colección han sido rigurosamente seleccionados y arbitrados por especialistas en las diferentes disciplinas.

COLECCIÓN
EDICIONES ESPECIALES
Sello Editorial Publicaciones
Vicerrectorado Académico

SENDERO DE TATUY
Primera edición digital, 2023

© Universidad de Los Andes
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

© ÁLVARO SANDIA BRICEÑO

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal: ME2023000248

ISBN: 978-980-11-2145-9

Corrección de estilo:
Carlos Perdomo Ramírez

Diagramación:
Álvaro Sandia Briceño
Marysela C. Morillo Moreno
Imagen de la portada:
Óleo sobre tela, 1968.
"Casa de campo"
Autor: Antonio Pietri Mata
Colección: Aguamontaña

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia,
Edificio Central del Rectorado,
Mérida, Venezuela.
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
http://www2.ula.ve/publicaciones
academico
http://bdigital2.ula.ve/bdigital/

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los autores y editores.

Editado en la República Bolivariana de Venezuela

COLECCIÓN
EDICIONES ESPECIALES

Esta colección es especial en un sentido antonomástico. Se publican aquí obras cuyo contenido, por la especificidad que contienen, no están sujetas a ser clasificadas en ninguna de nuestras otras colecciones; ya sea porque el tema tratado no es afín a la doctrina de éstas, porque su presentación exige diseños y gratificaciones muy particulares, o por ambas razones al mismo tiempo.

Entre los objetivos específicos de las colecciones, del Sello Editorial Publicaciones Vicerrectorado Académico, resaltan:

- Estimular la edición de libros al servicio de la docencia y la humanidad.
- Editar la obra científica de los profesores de nuestra Casa de Estudios.
- Publicar las investigaciones generadas en los centros e institutos de investigación.

Hasta ahora, un número considerable de textos han sido publicado por miembros de nuestra planta profesoral, obras de las que -en la búsqueda del mejoramiento de la calidad de nuestra educación de pre y posgrado- se han beneficiado por igual estudiantes y docentes.

UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

SENDEROS DE TATUY

MÉRIDA, 2023 - VENEZUELA

SENDEROS DE TATUY

ALVARO SANDIA BRICEÑO

COLECCIÓN
EDICIONES ESPECIALES
Sello Editorial Publicaciones
del Vicerrectorado Académico
Universidad de Los Andes

DEDICADO

Al Rector de Rectores, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez,
en este año Centenario de su nacimiento

A Michele Lee De León, gringa y merideña

A la Familia Briceño Ferrigni, a quienes les digo como Dorotea en La Venta Encantada de Gustavo Adolfo Becquer:
"Gracias por tanto favor,
que no sé cómo pagaros"

Lo importante no soy yo sino la gente

Pedro Rincón Gutiérrez

Escribe que algo queda

Kotepa Delgado

ÍNDICE

PRÓLOGO	**11**
ATRIO	**17**
LA ALEGRÍA INESPERADA	**21**
JUAN VISCARRET, DE PAMPLONA A MÉRIDA	**27**
PIERRE BELMONTE	**39**
PADRE ECCIO ROJO PAREDES	**61**
ABELARDO RAIDI	**87**
MARTHA SALDIVIA DE SANDIA	**101**
ZOILA TERESA DÍAZ	**105**
EDECIO LA RIVA	**111**
ARÍSTIDES CALVANI	**121**
GERMÁN BRICEÑO FERRIGNI	**133**
GERMÁN Y LA SAL DE LA SABIDURÍA	**139**
MICHELE LEE DE LEÓN	**151**
MARIO SPINETTI BERTI – ELBANO Y MERIDEÑO	**159**

EL LIBRO DE CORA CONTRERAS **167**

EL TELEFÉRICO DE MÉRIDA **175**

LA TELEVISORA ANDINA DE MÉRIDA **183**

LA IMPRONTA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN VENEZUELA **189**

EL COLEGIO SAN JOSÉ I **207**

EL COLEGIO SAN JOSÉ II **213**

EL COLEGIO SAN JOSÉ III **217**

50 AÑOS DEL MILAGRO DE AEROPOSTAL **221**

LAS CASONAS DE MÉRIDA **229**

MÉRIDA, UNA CIUDAD CULTA **233**

LA FUNDACIÓN CIVISMO **245**

LA BIBLIOTECA BOLIVARIANA DE MÉRIDA **263**

RECUERDOS DE ANTAÑO **291**

LO REAL Y LO IMAGINARIO EN LOS CUENTOS DE BERNARDO CELIS PARRA **311**

EL RADIO PHILCO DEL ABUELO HILARION **321**

EL BRICEÑAZO 2022 **331**

EL AUTOR **335**

PRÓLOGO

Resulta placentero andar por los senderos merideños acompañado del baquiano Álvaro Sandia Briceño, quien en su andar por esta hermosa meseta ceñida por las moles de sus altas sierras y arrullada por sus ríos, inspiradoras de poetas y guardiana de tantos amores, ha abierto los propios, y para acceder a los lugares y conocer los sucesos acaecidos en ella, es más seguro caminar a su lado y participar de sus relatos. Su gran pariente Germán Briceño Ferrigini les dijo a los viajeros de las Mérida hermanas que *"somos añosa sede mitral y tenemos universidad de antiguo, originada en un famoso colegio que en el siglo XVII fundaron los Jesuitas y que rivalizó con los muy acreditados de Santa Fe de Bogotá. De allí arranca una tradición letrada y académica que nos ha hecho propender más a las humanidades que a la técnica…"* (Mérida en tres solares. 1990. Alcaldía de Mérida. Editorial Arte. Caracas.), Álvaro Sandia Briceño es un exponente de esa Mérida letrada y caballeresca.

Conoce el lenguaje, y le aporta el aroma de pinos, musgos y nostalgias de sus bosques húmedos, que a veces se mete entre las calles y los edificios de la ciudad; los colores de las mañanas luminosas, los atardeceres del sol de los venados y de vez en cuando la neblina tupida de tristezas. Su palabra deja escuchar el tañer de las campanas de las iglesias que pregonan la ciudad arzobispal y las doctas lecciones de los más sabios de sus profesores universitarios. Es libre para meterse entre plazas, mesones, viandas y cocteles que alegran la vida de sus habitantes y le imprime a la meseta un aire cosmopolita. El buen hablar y el buen escribir es propio de quienes tiene el privilegio de vivir en Tatuy, y les distingue. Álvaro es uno de los mejores exponentes de la palabra bien pronunciada, de la oración bien escrita, de la exposición de la idea que deleita y pone al descubierto su talante culto que conoce lo que dice. Es un conversador que enriquece el diálogo con la anécdota oportuna, y como ensayista, aquí tiene el lector una muestra del arte de la escritura.

Se torea como se es, le dijo Juan Belmonte a Manuel Chaves Nogales en la que dicen los entendidos es la mejor biografía escrita en la lengua española (Juan Belmonte, matador de toros. Libros del Asteroide. Barcelona. 2009). Pues Álvaro Sandia Briceño escribe como es: chiguarero y merideño raizal. Chiguará la carga a cuestas por los senderos que transita en la meseta de Tatuy, y para hacer liviana la carga se hace acompañar de sus amigos, algunos de los cuales lo hacen en esta aventura literaria. Ha podido seleccionar muchos otros del

riquísimo capital de amistades que ha logrado atesorar por su talante generoso, de buena copa y conversación amena, pero los escogidos le permiten construir su relato, contar sus vivencias, compartirlas con sus lectores y ofrecer una visión de la Mérida que le ha correspondido vivir, gozar y sufrir.

Comienza con Juan Vizcarret, pamplonica, y no se sabe si por correr delante de un encierro de sanfermines llegó a estas alturas andinas. Lo que sí es cierto es que se vino a buscar la libertad y el color que le ofrecía el más bello país del Caribe, pero Álvaro aprovecha para descargar la adrenalina que produce el sentir la furia del toro bravo, limpio de heridas, y la punta de los pitones en la espalda corriendo por la calle Estafeta. No sé si estuvo allá o hizo el recorrido con Ernest Hemingway, y meterse por trochas taurinas. Lo hace luego al contar las cosas sucedidas en Mérida con los inolvidables de la fiesta Zoila Teresa Díaz, Pierre Belmonte, Abelardo Raidi, el padre Eccio Rojo Paredes, Germán Briceño Ferrigni y Perucho Rincón Gutiérrez, continuadores de la tauromaquia colonial traída con la lengua castellana, la religión católica, el Municipio y los guisos y sabores de Extremadura y Andalucía que aquí se hicieron propios en un sincretismo armonizado con el aporte de los tatuyes, herederos de los legendarios muiscas.

Como merideño auténtico Álvaro tiene que ser taurino, y sus tauromaquias quedan dibujadas en este libro con las pinceladas de Viscarret y el famoso cuadro de Manolete que conserva en su casa como un tesoro, y en el protagonismo que asume en este emocionante terreno en el que solo le ha faltado vestir el traje de luces. La lidia la ejecuta con lances y muletazos, y se ahorra, como buen merideño, las puyas, banderillas y el estoque; prefiere lucirse con verónicas, derechazos¸ naturales y uno que otro quite oportuno sin meterse en terrenos que puedan herir. La elegancia en el lenguaje le permite darse ese lujo y salir por chicuelinas y desplantes, el pase del desdén como lo llaman los mexicanos, para ofrecer una narración en la que se urde la trama de personajes y sucesos para ofrecer una visión de lo grande de Mérida, su gran riqueza cultural que se desarrolló en esta idílica meseta. Destaca el espacio que le dedica al Colegio San José, su dehesa, heredero del encaste jesuítico establecido en Mérida por el antiguo Colegio San Javier en 1628.

Resumir en pocos trazos prologales este senderismo existencial es imposible, dada la variedad de temas y la cantidad de trochas y caminos que hilvanan personajes y circunstancias que muestran la gran riqueza cultural que se desarrolló en esta apacible meseta y de la que él es uno de sus hacedores. Sabe de primera mano, tiene vinculaciones con personas naturales de aquí y viajantes que se quedaron o siguieron su camino, que conoce desde su buena biblioteca porque es un gran lector, es decir, tiene *autóritas*. Puede

ofrecer un libro como éste que lleva al lector desde el Palacio Arzobispal, el Aula Magna y los señoriales salones de la Academia de Mérida, hasta los mesones y bares donde se liban vino, brandy, whisky, miche y ron porque en todos esos lugares se ha cocido la cultura merideña, como en los barbechos de Chiguará y en los elegantes salones del Country Club.

Las largas caminatas concluyen en un lugar muy suyo: el Hotel La Pedregosa, donde se reúne la parentela Briceño y Sandia en el denominado "Briceñazo". En sus palabras les dice: "*Que la unión familiar sea fuerte como un roble, pero también tan flexible para que las ramas nos alcancen y nos cobijen donde quiera que estemos*". Un mensaje que recogen los habitantes de la meseta de Tatuy dispersos por el mundo: el cuidado de la merideñidad, con su identidad y sus valores.

Invito a los lectores al deleite de esta obra que nos lleva por los senderos de Tatuy, de la que *Dios fue su gran arquitecto*.

Dr. Fortunato González Cruz

ATRIO

Este andariego Quijote, sin caballo ni escudero, ha decidido salir nuevamente por los caminos de La Mancha merideña, tratando de desfacer entuertos y luchar contra molinos de viento, hoy casi en total abandono y un tanto herrumbrosos. Me ha parecido acertado escoger como nombre de estas páginas Senderos de Tatuy, la meseta que conquistaron los atrevidos hombres de yelmo y armadura que vinieron de la Mérida de Extremadura a esta planicie tan cercana a las sierras nevadas, arriesgando sus vidas en busca de quimeras.

Aquí están reunidos artículos, semblanzas y biografías de personajes de alguna manera vinculados a lo que hemos llamado la Merideñidad, notas familiares y casos y cosas que han sucedido en nuestra reciente historia provinciana.

La pandemia que nos mantuvo recluidos en nuestras casas y que nos permitió valorar lo que tenemos y hemos podido perder, fue la bujía parpadeante que sirvió de guía en la búsqueda de legajos de mis archivos un tanto olvidados y que hoy, gracias a la edición del Sello Editorial del Vicerrectorado de la Universidad de Los Andes, ponemos en manos de nuestros benevolentes lectores.

Vaya mi agradecimiento a la Vicerrectora Académica de la Universidad de los Andes Dra. Patricia Rosenzweig Levy, a la Coordinadora del Vicerrectorado Académico Dra. María Teresa Celis y a la Dra. Marysela Coromoto Morillo Moreno, nervio y motor del Sello Editorial, por permitir que este libro pueda ver la luz con la esperanza de que pueda ser leído y disfrutado.

Expreso mi gratitud a mi amigo de tantos años Fortunato González Cruz, compañero en la Academia de Mérida y en las angustias por una Mérida mejor, Quijote él de La Quebrada de Trujillo como lo soy yo de Chiguará y de sus cercanos San Pedro, Quizná, La Boca del Monte y Platanillo y más reciente de La Querencia y La Botija, todas de mi Mérida de siempre, quien ha escrito el Prólogo con mucho afecto y generosidad porque estas cuartillas, enhebradas al calor de una biblioteca y de un escritorio, han servido de consuelo en la soledad de mis noches de ansiedad y preocupaciones por esta hermosa tierra, que sobrevive con dignidad el desamor de quienes están obligados a cuidarla y protegerla para hacerla cada día mejor.

Mi reconocimiento a German de Jesús Cerrada, quien, con su magnífica fototeca, retrató escenas y personajes de la vida merideña y de más allá y a través de sus notas en La Viñeta y Personajes de Ayer, las hizo llegar generosamente allende nuestras fronteras.

Debo dejar constancia de que mis hijos y mis nietos fueron eficaces colaboradores en la trascripción y corrección de los textos que integran este libro, a ellos mi agradecimiento y mis bendiciones.

.

LA ALEGRÍA INESPERADA (*)

La mejor de las alegrías es la inesperada. Esta frase de Sófocles, tan precisa como los diálogos en todas sus obras, es la mejor manera de explicar este acto.

Sófocles fue un poeta trágico griego, nacido en Colona en 495 y fallecido en Atenas en 406 a.C. Fue discípulo de Lampos y quizá del retórico Antifón. Además, fue músico y actor y se dio a conocer como dramaturgo venciendo a Esquilo en la competencia en honor de Dionisos. Fue amigo de Heredoto y Pericles. Entre la majestad de Esquilo y la pasión dialéctica de Eurípides, Sófocles representa el equilibrio de la belleza de lo humano. Algunos de sus personajes como Edipo, Antígona o Filoctetes, recibieron con él un perfil en el teatro no superado todavía en más de dos mil años.

(*) Palabras en la Academia de Mérida con motivo de la presentación del libro Cumbres Merideñas.

No me Sófocles Eurípides que te Esquilo. Con esta nemotecnia, nuestro profesor de Literatura Universal en los años de bachillerato en el Colegio San José de Mérida, Luis Arconada Merino, nos enseñó a memorizar, quizás para toda la vida, los nombres de los autores de las tragedias griegas, de allí que no se me haya hecho difícil recordarlos para traerlos a estas páginas.

Además de repasar la literatura griega, estuve indagando en algunas enciclopedias sobre el origen del nombre *Nilson*. Pese a mis esfuerzos no fue posible. Lo más cercano que pude conseguir no fue como nombre sino como apellido y en tierras nórdicas: *Lars Frechik Nilson*, un químico sueco quien investigó el berilio y descubrió el escandio (Gran Enciclopedia Espasa, Vol. 14, Espasa-Calpe, 2005), y esto viene a cuento porque el buen amigo Nilson Guerra Zambrano, tovareño de pura cepa, me dio la alegría inesperada y el magnífico regalo del *Día de Reyes* de este año, cuando me comunicó telefónicamente que la Junta Directiva de la *Fundación Alberto Adriani*, de la cual es Director Ejecutivo, había aprobado la publicación del libro *Cumbres Merideñas*, que hoy se presenta en esta ágora, en coedición con la *Academia de Mérida*.

Pero días antes había sido sorprendido con otra alegría no menos inesperada aunque si solicitada, cuando el poeta de *altos vuelos*, mi estimado amigo Adelis León Guevara, en plenas festividades de las pasadas navidades, el 26 de Diciembre, me obsequió como fino

regalo *aguinaldero* el generoso prólogo que engalana estas páginas, en el cual describe con esa capacidad de síntesis y la elegancia de su prosa, todos y cada uno de los veintidós capítulos que integran el libro, exordio digno de admiración, en el cual hace gala de su erudición y ratifica sus elevadas dotes intelectuales de las cuales todos disfrutamos cuando interviene con su pedagógico hablar en las sesiones de esta Academia.

He tenido la suerte de que la *Fundación Alberto Adriani*, dignamente presidida por Román José Duque Corredor, merideño de nacimiento y letrado de pensamiento universal, quien ha superado las fronteras patrias como jurista, magistrado y maestro, haya auspiciado la publicación de esta obra que ahora integra la *Colección Valores Andinos* de la Fundación y además, haciendo gala de su prosa poética, ha escrito la nota de presentación a nombre de la asociación, con inmerecidos elogios para quien les habla que si acaso puede decir con el Romancero Español:

que ni sé cuándo es de día
ni menos cuando es de noche,
sino por una avecilla que me cantaba al albor

(Dámaso Alonso-Eulalia Galvarriato de Alonso-Luis Rosales: "Primavera y Flor de la Literatura Hispánica", Madrid 1966), y repetir con Elio Jerez Valero en su poemario *De Sol a Sol:*

Desde entonces voy sin luz
en la soledad que asumo.

(Elio Jerez Valero: "De Sol a Sol", Universidad de los Andes, Ediciones del Rectorado, 1976).

Para nadie es un secreto, y menos para los coterráneos, que Román José Duque Corredor se ha convertido en un asiduo visitante de Zea. Es un *zedeño* más, porque deambula con alegría por el pueblo, saluda a los parroquianos con la familiaridad del vecino, disfruta de un café brindado al abrigo de la amistad de los lugareños y se refugia en la posada *Murmuquena* para que los poemas otoñales broten raudos de su pluma.

Como Presidente de la *Fundación Alberto Adriani*, Román José Duque Corredor se ha convertido en continuador y difusor de la obra del epónimo de la institución, quien fuera alumno de su abuelo el maestro Félix Román Duque en el célebre Colegio Duque de Zea, en el cual también estudió su padre José Román Duque Sánchez.

Ese peregrinaje de Román José Duque Corredor a Zea quizás lo hace en esa tenaz búsqueda de la sangre que lo guía hacia su linaje paterno. Qué bueno sería que otros pueblos de nuestro territorio merideño contaran con la suerte de tener otros Román José, quien, venciendo esfuerzos y dificultades, remonta como si fueran ríos y busca aguas arriba confundirse con sus ancestros para orientar el presente y proyectar el futuro de Zea, ese

Relicario de todos mis amores
joyel de mis ensueños venturosos,

como en hermosos versos cantara al pueblo su tío el poeta Emiro Duque Sánchez (Emiro Duque Sánchez: "Cauce" (Poemas), Antonio M. Díaz, Editor. Editorial Multicolor, Mérida, 1941).

Hoy hemos compartido lo que he denominado una *tarde adrianista*, porque se han presentado el *Poemario y Prosa Íntimos Otoñales* de Román José Duque Corredor, los *Cuadernos Adrianistas* y el libro *Cumbres Merideñas*, todos editados por la Fundación, pero antes de este acto lustral, la *Academia de Mérida* y la *Fundación Alberto Adriani* han suscrito un convenio que no dudo redundará en beneficio de ambas instituciones y que ratifica así la fructífera colaboración que iniciaron hace más de un año.

Agradezco primero al Señor, de quien todo proviene, y luego a la *Fundación Alberto Adriani* y a sus directivos Román José Duque Corredor y Nilson Guerra Zambrano, y a la *Academia de Mérida* en la persona de su Presidente Ricardo Gil Otaiza, por la oportunidad que me han brindado al unir esfuerzos para la coedición de *Cumbres Merideñas*, que no ha tenido otro propósito que tratar de enderezar mis entuertos literarios.

A todos, mi eterna gratitud.

JUAN VISCARRET, DE PAMPLONA A MÉRIDA

A Juan Viscarret lo llamó acertadamente el político y escritor merideño Jesús Rondón Nucete "El pintor vasco-navarro de Mérida", porque desde que vio la luz primera en la Calle de la Zapatería de su Pamplona natal el 24 de julio de 1910, hasta que falleció en Caracas el 9 de julio de 1990, hizo de nuestra Mérida la ciudad de sus encantos y el motivo de su inspiración.

Pamplona es llamada también Iruña y es la capital de la provincia de Navarra. Está enclavada en una terraza del río Arga y en la ciudad se distinguen dos partes bien distintas, la zona antigua que comprende los burgos medievales de Navarrería, San Cernin y San Nicolás, y la parte moderna con hermosas avenidas, plazas y jardines, entre los cuales destacan la Plaza del Príncipe de Viana y los jardines de La Taconera.

En Pamplona tienen lugar, en el mes de Julio, las célebres Ferias de San Fermín, en esos días en que, después del "Chupinazo" y con gran espectacularidad, se corren los toros de los encierros que van a salir al ruedo en la corrida de la tarde en un recorrido por las calles de la ciudad, seguidos y precedidos por centenares de arriesgados mozos, con camisas blancas y pañuelos rojos al cuello, en un auténtico

revoltijo de mozos y toros, que pasada la recta de La Estafeta alcanzan la puerta de la plaza, quienes al final y pasados los sustos, festejan la hazaña con un baile que disfrutan todos, saltando y moviendo los pies acompasándolos a las charangas, festejos populares que se celebran desde fechas muy antiguas, relatados magistralmente por Ernest Hemingway en su laureada novela "Fiesta".

La ciudad, agradecida a quien amó el espectáculo y sobre todo las festividades pamplonesas con sus encierros, le erigió en 1968 a Hemingway un busto de mármol negro sobre un monolito de rústica piedra, en las afueras del coso taurino de hormigón armado y de estilo renacimiento español, con la siguiente inscripción: "A Ernest Hemingway, Premio Nobel de Literatura, amigo de este pueblo y admirador de sus fiestas".

La fiesta de los toros en Pamplona tiene una larga historia porque según refiere Francisco López Izquierdo en el libro "Plazas de Toros" (Edimat Libros, Madrid, 1998): "Consta en cierto documento depositado en el Archivo de Cámara de Comptos Reales que en agosto de 1385 Carlos II de Navarra manda se abonen cincuenta libras "a dos homes, uno moro y otro cristiano, que Nos habemos hecho venir de Zaragoza para matar dos toros en nuestra presencia en la nuestra ciudad de Pamplona".

Algunos investigadores estiman que el toreo a pie tuvo su origen en el triángulo en que se hallan comprendidos el país vasco-navarro, Aragón y La Rioja. Por eso nada tiene que extrañar que Juan Viscarret, nacido en ese espacio geográfico, también prestara sus pinceles para retratar a figuras como Manolete y El Cordobés, dos de los cinco Califas del Toreo, los otros fueron Lagartijo, Guerrita y Machaquito.

Califa del Toreo es un título honorífico que se les ha concedido históricamente a los grandes matadores de la provincia de Córdoba. Este título fue creado por el escritor Mariano de Cavia quien nombró al primero de ellos al llamar Califa del Toreo a Rafael Molina "Lagartijo". Para Andrés Amorós, "Cinco maestros de leyenda poseen este título en una ciudad taurina por excelencia".

Juan Viscarret recorrió mucho trecho desde que hizo sus primeros estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Pamplona, donde recibió lecciones de los experimentados pintores Enrique Zubiri y Gortari y Javier Ciga Echandi, relevantes artistas de finales del siglo XIX y comienzos del XX.

No fue ajeno a las convulsiones políticas que afectaron a la España del primer tercio del siglo anterior, problemas que no le impidieron que asistiera a la Exposición de Jóvenes Pintores que se celebró en la Diputación Foral de Navarra, en Pamplona, en abril de

1933, donde obtiene su primer éxito y el Premio de la Exposición. Expuso en Pamplona en 1934 y en Bayona (Francia) en 1935.

Viscarret dejó su tierra natal a los 28 años. Su espíritu nacionalista y vasco, no se avenía con la difícil situación por la que pasaban sus amigos y familiares, quienes le instaron a que saliera del país. Decidido a alejarse de la turbulenta escena y provisto de pasaporte, pasó de Pamplona al País Vasco y de allí a la cercana Francia en 1937.

Con otros españoles de diferentes procedencias, muchos también vascos, se embarcó en el puerto de Le Havre en el buque Flandre el 28 de julio 1939. El barco tocó la Isla de Guadalupe antes de arribar a La Guaira el 12 de agosto. Atrás quedaban España y los suyos, delante tenía una quimera llamada Venezuela.

Caracas fue su primer destino. Su vocación de pintor, que no lo había abandonado, aflora nuevamente. Lo impresionan la luz y las tonalidades del trópico. Pinta retratos, escenas de la ciudad, paisajes del majestuoso Ávila y los campos vecinos, todavía no marcados por urbanizaciones, calles, avenidas y vehículos. Se desplazaba de un sitio a otro en los tranvías que le daban a la capital ese sabor de antaño que fue perdiendo paulatinamente. Sus cuadros los vende a amigos y compatriotas, un círculo pequeño.

Juan Viscarret vivió en Caracas dos años y luego decide buscar montañas, tranquilidad y sosiego. Se monta en un autobús y después de varios días de carreteras polvorientas, puentes angostos y tal cual quebrada crecida que demoró al destartalado vehículo, por fin arriba a Mérida, a la que se apegaría firmemente con el correr de los años.

Viscarret fue un pintor del color, de trazos gruesos en que destacan las figuras de una evidente plasticidad. Trasladó a los lienzos el paisaje andino, las procesiones de San Benito en los adormecidos pueblos con sus iglesias y sus plazas, las vendimias, las flores de los jardines, los frutos de los campos, los oficios de los lugareños, los rostros mayesteticos de nuestros campesinos y sus almas sencillas, con sus coloridas ruanas, sus sombreros negros y al fondo, esas montañas verdes, rojas, azules, marrones y violetas, que no las percibía con los ojos sino que las pintaba con los pinceles de su corazón.

Hizo la primera exposición en el año 1942 en el Hotel Cordillera, en la esquina norte de la Plaza Bolívar, en cuyo Salón Azul, con el bar al fondo, se reunían profesores, comerciantes, amigos del gobierno y otros no tanto, quienes adquirieron sus cuadros y sirvieron de portavoces para que otros también engalanaran sus casas con obras del artista.

Ya asentado en nuestra ciudad, tomó carta de ciudadanía merideña total al casarse en 1945 con Isabel Teresa Valero Rivas, una joven ejidense, con la cual tuvo cuatro hijos: Miren Iruña, Txomin,

Patxi y Javier José. Todos nacieron aquí, en la ciudad escondida entre montañas, se educaron en nuestros colegios y liceos y estudiaron en la Universidad de los Andes.

Siguió pintando y vendiendo a precios muy modestos sus cuadros los cuales apenas le daban para vivir, pero se sentía pleno en esta ciudad que le había dado el reflejo de su sol sobre las nieves eternas, el colorido del Cerro de las Flores, el rumor de los ríos que circundan la meseta y el cariño y calor de su gente.

Asistió en 1951 el Concurso Libre de Pintura organizado por la Dirección de Cultura de la Universidad de los Andes y obtuvo el Premio Único entre 80 expositores. El empresario Valeriano Diez y Riega lo contrató para que decorara el techo de acceso del desaparecido Cine Cinelandia y fue requerido para que diseñara la cara de la mulata que identifica una conocida marca de café, para lo cual se inspiró en la actriz y cantante brasileña Carmen Miranda.

En 1954 concurrió al Primer Salón Anual de Pintura D'Empaire en Maracaibo. Obtuvo el Primer Premio en la Exposición organizada por el Ateneo de Valera en el año 1955.

Participó en el Tercer Salón Anual de Pintura D'Empaire en 1956 en la ciudad marabina y en el año 1957 expuso con otros artistas en el Centro Vasco de Caracas. Aquí en Mérida, cuadros suyos, de gran formato, adornaron las paredes del Restaurant del Hotel La Sierra,

ubicado donde hoy está la sede del Decanato de la Facultad de Odontología.

En 1963 la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de los Andes organizó una Exposición Individual de las obras de Viscarret y otra se hizo en el año 1965 en el Palacio de Gobierno de Mérida. En su proyección nacional también expuso en el Centro Vasco de Puerto La Cruz en 1966 y en 1967 vuelve a mostrar sus cuadros en el Ateneo de Valera.

Con motivo de las Ferias de la Inmaculada que se celebraron en la Ciudad de Mérida en diciembre de 1967 y con otros connotados venezolanos, le fue conferida la Medalla y el Diploma al Mérito Turístico en acto celebrado en el Palacio de Gobierno del Estado Mérida. En el discurso de orden en ese acto, el Presidente de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida, Dr. Germán Briceño Ferrigni, destacó los meritos que acrecentaban la trayectoria en la ciudad de Juan Viscarret para hacerse merecedor de la distinción.

El 1º de septiembre de 1968 se inauguró el Hotel Toquisay de la ciudad de Bailadores, obra realizada por el Concejo Municipal del Distrito Rivas Dávila que presidía Don Efraín Moret con el asesoramiento del Instituto de Coordinación de Ayuda Técnica de los Concejos Municipales del Estado Mérida (NCOATE), con proyecto del Arquitecto Iván Cova Rey y bajo la inspección del Ingeniero Jorge Luzardo Ramírez. La recepción, la gerencia, el restaurant, el salón de

usos múltiples, los pasillos y todas las habitaciones estaban adornados con cuadros de Juan Viscarret de diferentes formatos. La cleptomanía de los huéspedes y la rapiña de quienes operaron y gerenciaron el Hotel hicieron desaparecer la mayoría de estas obras de arte. Me pregunto si quienes se llevaron estos cuadros y si acaso los conservan, saben el valor artístico y en el mercado de los lienzos de Juan Viscarret en estos tiempos y también la trascendencia de su obra.

Nuevamente expuso en el año 1970 en el Palacio de Gobierno de Mérida y en 1975 en una Exposición Colectiva en el Centro Vasco de Caracas.

Recibió en 1979, en Mérida, el Premio Municipal de Bellas Artes que por primera vez se otorgaba y el Instituto Municipal de Cultura, que dirigía el escultor Manuel de la Fuente, realizó una Exposición Retrospectiva en la Galería de Arte que fue bautizada con su nombre. En 1984, en Caracas, ganó el Primer Premio de Pintura en el Segundo Salón de Artes Plásticas convocado por la Compañía Anónima Venezolana de Industrias Minerales (CAVIM).

Las condecoraciones y premios recibidos no perturbaron el sereno ánimo del pintor. Con la modestia que siempre lo caracterizó, con su tranquilo caminar continuaba deambulando por los pasillos de las facultades y escuelas universitarias, por los comercios y demás sitios del centro de la ciudad, con la sencillez de siempre, porque era un hombre solitario que dialogaba con los pinceles y plasmaba en las

telas de sus cuadros su permanente conversación con la Mérida serrana, la ciudad de sus amores, cuyo colorido siempre mantuvo en sus cansadas pupilas que poco tiempo después se cerrarían para siempre.

En Octubre de 1990, ya fallecido el pintor, fue develado su busto en el Parque de los Artistas de la ciudad.

El legado del pintor vasco-merideño se mantuvo a través de las diversas exposiciones realizadas en instituciones relacionadas con el quehacer cultural de la ciudad.

Así, cuando ocupé la Presidencia del Mérida Country Club, se hizo en 1997 una retrospectiva de su obra para lo cual obtuve la colaboración de los socios de este centro social quienes prestaron gentilmente los cuadros de sus colecciones particulares. Allí se pudo observar la cantidad de casas de merideños que orgullosamente tienen en sus paredes obras de Juan Viscarret.

En el año 2005 se hizo una muestra de la colección que perteneció a la Galería de su nombre en el Centro Cultural Tulio Febres Cordero y en el 2006 una selección de sus obras fueron presentadas en el "Exposición de Artistas de la Década de los 60", en la Casa Juan Félix Sánchez de Mérida.

Esta es una escueta semblanza del Juan Viscarret artista, ahora quiero hacer algunas anotaciones sobre el Juan Viscarret amigo.

Mi relación de amistad con Juan Viscarret data de la época de mis estudios universitarios. Lo recuerdo plenamente. Lo veía pasearse por las aceras cercanas a la Facultad de Derecho, en aquel entonces al lado del Edificio Central de la Universidad. Conversamos con alguna frecuencia, algunas veces en el célebre Bar de Pierre Belmonte frente a la Plaza Bolívar, él con un vino de jerez, yo con una bien servida cubalibre estudiantil.

Recién graduado instalé mi Bufete en el Edifico Sábado en el centro de la ciudad. Eran los días en que Manuel Benítez "El Cordobés", el mechudo de los saltos de rana y del toreo heterodoxo en el ruedo, pero también de las faenas serias cuando el público lo exigía, causaba furor en los medios taurinos de España y de América. Le encargué un cuadro del torero y a los días me lo trajo, con una delgada madera a modo de bastidor. No me acuerdo cuanto le pagué, pero estoy seguro de que no fue mucho dinero. Confieso que fue el primer cuadro que adquirí en mi ya larga vida de coleccionista.

Poco tiempo después le compré dos cuadros de formato grande, una procesión y otro que el pintor me dijo que era una vendimia campesina. En Mérida no había una marquetería que tuviera cañuelas de calidad y que enmarcaran las obras de arte con las llamadas "mariasluisas", por lo que opté por llevarme los cuadros a Caracas y aconsejado por amigos les hice poner unos marcos clásicos en un establecimiento especializado.

A los días me llegaron los cuadros hermosamente enmarcados. Los coloqué en las paredes de mi casa e invité al pintor para que fuera a verlos. Se quedó contemplándolos y al rato vi que se llevó un pañuelo a los ojos, me preocupé y le pregunté qué le pasaba y me respondió: "Doctor, gracias, nunca había visto un cuadro pintado por mí tan bien enmarcado, usted ha honrado mis pinturas".

Le encargué un cuadro de Manolete, el torero que dejó su vida en las astas de Islero en la Plaza de Toros de Linares. Le dije que lo pintara tal y como quería que recordaran al diestro y así lo hizo: Manolete está enfundado en su traje de luces con su capote de paseo, y Viscarret, fiel a sus raíces pamplonesas, lo pintó con su sereno rostro y la cabeza cubierta con una montera que más bien parece una boina vasca que nos hace evocar el verso de Miguel Hernández: "un corazón vestido de difunto".

Ese fue el Juan Viscarret que yo conocí. Le compré los llamados "guaches", pinturas en pequeños formatos sobre fondo negro y con gran colorido, que obsequié en fiestas navideñas. Adquirí obras más grandes para regalar a familiares y amigos. Me visitó más de una vez en mi Bufete del Centro Comercial Las Tapias, donde compartimos algún café.

Una mañana se acercó a mi Despacho de Abogados y me dijo: "Doctor, me voy esta noche para Caracas en un autobús de Expresos Alianza. Estos tres cuadros son los últimos que pintaré en Mérida,

quiero que usted me los compre". De inmediato se los compré. Les coloqué los marcos apropiados. Hoy comparten las paredes con otras obras, premios nacionales de pintura, y los cuadros de Juan Viscarret allí están, de igual a igual.

No requirió de otros premios porque su obra, pintada con los pinceles y la paleta del afecto merideño, vivirá por siempre en la memoria de quienes le conocimos y admiramos.

Ese fue mi amigo Juan Viscarret, un gran pintor.

PIERRE BELMONTE

Pierre Belmonte, el "Musiu" Pierre o simplemente Pierre, como le decíamos, fue uno de los personajes que conocimos en nuestros tiempos de estudiantes universitarios y que dejaron huella en esta Mérida serrana.

Había nacido en uno de esos pueblos al borde de los Pirineos, en Pau, en Francia, muy cerca de la frontera con España, de allí sus muy hispanos apellidos, Belmonte López, en un tiempo en que era fácil estar en uno o en otro país, dependiendo de las condiciones sociales, políticas o económicas por las que atravesaran las familias.

La historia de Francia empieza con sus primeros pobladores, los celtas, que se fundieron con las antiguas tribus indígenas y formaron el pueblo galo. Los griegos, romanos y germanos ocuparon la Galia. Carlomagno sometió a lombardos, sajones y ávaros, antes de ser coronado emperador de Occidente. Los Capetos y Valois establecieron las nuevas monarquías. La Guerra de los Cien Años y la Guerra de los Treinta Años constituyen dos períodos históricos que entrelazan la acción heroica de Juana de Arco, símbolo del sentimiento nacionalista francés, pasando por Enrique IV el de la célebre frase "París bien vale una misa", de Luis XIII asistido por los hábiles Cardenales Richelieu y Mazarinos, el reinado personal y absolutista

de Luis XIV y su "Le etat ce moi" y de la Pompadour y de la du Barry, y de sus pocos competentes sucesores, los otros Luises, que culminan con la Revolución Francesa, la abolición de la monarquía, la proclamación de la I República y la guillotina que separó las cabezas de los reales cuerpos de Luis XVI y de su esposa María Antonieta.

Después vendría Napoleón con sus triunfos en la política y en los campos de batalla, su coronación en Notre Dame, su declinación y su ocaso hasta culminar en su histórica derrota en Waterloo y su exilio final en Santa Elena, el segundo imperio de Napoleón III y la sublevación de la Comuna de París que dio origen a la III República.

Más recientemente, apenas transcurridas las dos primeras decenas de años del siglo pasado, comenzó la Primera Guerra Mundial y veinte años después la Segunda Guerra Mundial. En estas conflagraciones bélicas Francia estuvo involucrada y fue uno de los países participantes tanto en su desarrollo como en los acuerdos que se firmaron entre las naciones triunfadoras y las derrotadas.

Francia y su historia no pueden sintetizarse en unas breves líneas, pero teníamos que llegar a la Segunda Guerra Mundial en la cual se dividió el país en dos, el que dirigía el Mariscal Petain y la resistencia que desde Londres comandaba el General De Gaulle, para ubicar a Pierre Belmonte en los grupos guerrilleros urbanos que lucharon con todos los medios posibles en territorio francés ante la ocupación alemana.

Pierre Belmonte nació cuando Francia saboreaba las amargas mieles del triunfo de la Primera Guerra Mundial, en la cual, como uno de los países vencedores de Alemania, había firmado en Paris el Tratado de Versalles que impuso al país derrotado severas sanciones, calificadas de humillantes, que provocaron el resentimiento que llevó a Hitler a exacerbar el sentimiento nacionalista alemán, a armarse en contravención de lo pactado en el Tratado, y a provocar con sus delirios el desastre que significó la Segunda Guerra Mundial.

Pierre era un joven veinteañero cuando Hitler invadió a Francia. Pronto se incorporó a los célebres "maquis", los guerrilleros franceses que desempeñaron un eficaz papel en la lucha contra el invasor alemán. La palabra "maquis" deriva de la abreviatura de "maquisard", que es una palabra francesa empleada para designar determinadas formaciones arbustivas secundarias, típicas de las regiones mediterráneas y es un matorral espeso y cerrado por el cual se camina con dificultad.

Fue acertado el nombre porque la actuación de los "maquis" dificultó el paso y el avance de los soldados alemanes en las ciudades y campiñas francesas. Los "maquis", en pequeños grupos, acosaron y hostigaron a los invasores y desempeñaron un eficaz papel para preparar la derrota final de los ejércitos alemanes en territorio francés. Emboscadas, ataques por sorpresa, retiradas súbitas y toda clase de estratagemas, incluyendo saboteos a vías férreas, a torres de electricidad y a instalaciones industriales fueron ejecutadas por los

"maquis" que utilizaban para estos fines armas ligeras y explosivos de gran potencia y de fácil manejo. Todos estos elementos formaron parte de sus tácticas porque eran los medios de que se valían los débiles en su lucha contra los fuertes. Aprovechaban cualquier paraje que les permitiera ocultarse porque hicieron uso de procedimientos de guerrilleros, entorpeciendo y haciendo casi imposible su persecución y exterminio. Utilizaban todas las ocasiones favorables que se les presentaban para actuar y siempre contaron con el apoyo de la población civil que los ayudaba, ocultándolos y suministrándoles comida y vituallas y armas y explosivos si estaban a su alcance. Mientras no se dio la invasión de los aliados en Normandía fue la mejor demostración de que Francia estaba dispuesta a luchar para recobrar su independencia y librarse de los invasores.

Pierre fue poco dado a comentar sus experiencias como integrante de los "maquis". Solo sabemos que luchó denodadamente a favor de su país y que en una acción guerrillera en la cual tuvo una actuación preponderante, perdió un ojo. La habilidad de los cirujanos no le rehabilitó el órgano dañado que pronto fue sustituido por uno de vidrio no siempre detectado por sus interlocutores cuando le miraban los ojos azules, uno más claro que el otro.

La Francia que surge después de la Segunda Guerra Mundial era un país devastado. El parque industrial estaba destrozado, los campos abandonados y la economía paralizada. Había que buscar

otros derroteros y como muchos de sus coterráneos no le quedaba otra opción que rastrear otro país para rehacer su vida. Pierre todavía era joven y se consideraba y era diligente y laborioso.

Tuvo la suerte de conseguirse con Janette Ormezano, una mujer pequeña de cuerpo pero de un espíritu inmenso, porque no todo podía ser tristeza y lágrimas, y entre los dos organizaron el viaje a Venezuela, una de las opciones que barajaron como destino. Llegaron a Mérida y Pierre, que además de su francés natal se expresaba bien en el idioma español, pese a algunas vocales y consonante mal tratadas y acentos no siempre bien empleados, pronto consiguió trabajo en la Reencauchadora Trasandina del empresario italiano Antonio Menesello, industria en la cual figuraba como directivo y socio accionario el reputado jurista merideño el Dr. Ramón Mazzino Valeri.

Pierre y Janette vivieron en una pieza alquilada durante los primeros tiempos y procuraron ahorrar todo lo que podían para invertirlo luego en algo que les fuera productivo. Se eximieron de asistir a las invitaciones que les hacían y evitaban todo contacto social que significara algún gasto. En la ciudad solo contaban con la amistad de Elizabeth Charabot, una francesa de cierta edad que había llegado años atrás y que se había relacionado con empresarios de Caracas a quienes representaba como distribuidora de las Rockolas Wurlitzer cuya parte gerencial estaba a cargo de otro francés, Jean Ringuisen. El otro amigo francés era Marcial Laffaille, ingeniero y constructor, quien

se convertiría en uno de los asiduos clientes del "Chez Pierre" una vez instalado el negocio.

EL BAR DE PIERRE - "CHEZ PIERRE"

Pronto se le presentó a Pierre la oportunidad de iniciar su propio negocio. Frente a la Plaza Bolívar había un bar con un pequeño restaurant anexo cuyo dueño de nacionalidad italiana, atravesaba por dificultades económicas derivadas de su afición al juego.

Se enteró del problema por amigos comunes y entró en conversaciones para adquirirlo. No le fue difícil porque el italiano estaba desesperado por vender el negocio. Pierre lo compró utilizando sus ahorros y con algún dinero prestado por uno de sus amigos. Lo rebautizó como "Chez Pierre" y pronto el nombre se hizo visible en un aviso de Cerveza Zulia situado encima de la puerta de entrada. Era su primer negocio propio, bueno, no solo de él, sino también de Janette, su solidaria mujer y compañera.

Pocos arreglos fueron necesarios para que el bar restaurant, ahora con nuevo nombre, abriera sus puertas. Pierre se encargaría del bar y Janette del restaurant, los dos eran trabajadores y sabían que la buena atención a los clientes redundaría en beneficio para el negocio recién iniciado.

El "Chez Pierre" estaba muy bien ubicado frente a la Plaza Bolívar. Ocupaba un local comercial en la vieja casona colonial de Don Enrique Dávila, franqueado a un lado de la entrada de la vivienda por una barbería y en la esquina la Ferretería Las Novedades de John Dávila Fonseca. Al lado en el Edificio San José estaba la Librería Mérida de Don José Eduardo Scheuren y la Farmacia Central. Más arriba el Bar Metropol de Bernardo Baamonde Teijido, que nunca compitió con el "Chez Pierre". Seguían, en el Edificio Salas Roo, los Almacenes Dovilla con su slogan "Dovilla, que maravilla" y sus ofertas en el mes de julio porque era el mes, según la propaganda comercial, en que había nacido el dueño de la cadena de esos almacenes, Don Julio Dovilla.

La cordialidad de Pierre y Janette en sus respectivos roles dentro del establecimiento fue pronto conocida sobre todo de los estudiantes universitarios y también de los profesores y de la comunidad en general. La cercanía con la Facultad de Derecho y del Edificio Central de la Universidad y más allá la Facultad de Odontología, facilitó que los alumnos de estas facultades se acercaran y se hicieran clientes, además era paso casi obligado para ir a los Cines Mérida y Cinelandia ubicados en el centro de la ciudad y al Teatro Universitario donde también se proyectaban películas, hoy denominado Teatro César Rengifo.

Las retretas de los días jueves y domingo con la Banda del Estado bajo la batuta de su Director el Profesor José Rafael Rivas, era propaganda gratuita para el establecimiento, porque los que iban a disfrutar de las melodiosas piezas musicales y a dar vueltas por la Plaza Bolívar tenían necesariamente que mirar hacia el local, sobre todo si alguna de las novias quería pescar "in fraganti" a su amado mientras éste disfrutaba de una cerveza o escanciaba una cubalibre sin el debido permiso de la suspicaz dama.

Al entrar al "Chez Pierre" se podía uno sentar en los taburetes de la barra del bar, situado a la izquierda, que ocultaba en su interior la nevera de las cervezas y el congelador que fabricaba el hielo, elemento necesario para las bebidas y refrescos que se expendían; enfrente estaban unos veladores en los cuales nos acomodábamos en los escaños en grupos hasta de seis, tres para cada lado, para pedir una botella de ron Santa Teresa, "pecho plano" le decíamos por la forma, o de ron Pampero, ambos al mismo precio de Bs 20 hasta la devaluación económica del gobierno del Presidente Betancourt y de su Ministro de Hacienda Eduardo Mayobre, en el año 1962, que elevó el dólar de su paridad cambiaria de Bs 3.35 a Bs 4.30 por dólar, y luego de la devaluación, el precio subió a Bs 25 la botella. El servicio incluía coca cola, hielo y los limones necesarios para preparar una buena cubalibre, a las que se le adicionaba, a veces, unas gotas de Amargo de Angostura para mejorar el sabor.

En la pared del velador central había una pintura de un guitarrista con cara triste pulsando las cuerdas del instrumento con la mano izquierda, tenía un nombre debajo del cuadro que lo identificaba: "El zurdo sentimental".

En esa época nuestros escuálidos bolsillos también sufrieron los embates de la devaluación cambiaria con los precios de la cubalibre servida que subió de Bs 1.25 a Bs 1.50 y las cervezas Zulia o Polar, no había otras marcas, que subieron de cinco "lochas", Bs 0.62½ a "real y medio", Bs 0.75. No por estos nuevos precios dejamos de asistir al "Chez Pierre" o a su vecino el Bar Metropol y unas cuadras más arriba, en el cruce de las Calles Independencia y Cerrada (hoy Avenida 3 con Calle 19), al Bar Kon Tiki del recordado "Compita" Paredes, para solo nombrar a los más conocidos y a los cuales acudíamos con más confianza, no solo por el servicio sino también por la amistad con los dueños.

Como la unión hace la fuerza a veces nos reuníamos un grupo de amigos y poniendo un "fuerte" Bs 5, por cabeza, pedíamos la botella de ron. Casi nunca se nos ocurría pedir pasapalos, de allí los ratones o resacas del día siguiente. El whisky era una "rara avis" para nosotros los estudiantes, su precio servido en vaso o por botellas, nos parecía inalcanzable y sólo cuando un profesor o algún amigo nos brindaba podíamos disfrutarlo.

El Bar de Pierre sirvió no solo para amainar nuestras inquietudes estudiantiles sino también como punto de convergencia de estudiantes de diversas toldas políticas venidos de todo el país. Allí nos sentábamos adecos, copeyanos y urredistas que habíamos accedido a los partidos políticos que revivieron después del 23 de enero de 1958, así como tal cual perezjimenista de bajo perfil. Pierre nunca aceptó discusiones políticas y menos en voz alta y estaba presto a intervenir para aplacar los ánimos encendidos bajo la amenaza de no volver los trasgresores a pisarle el Bar.

Pierre era muy cuidadoso de la conducta y del comportamiento de sus clientes habituales y cuando observaba que alguno de los "bachis" se había excedido en los tragos o "pasado de palos", discretamente lo llamaba a un lado y de ser necesario pedía un taxi a la Linea 3 Rojo, situada en la esquina norte de la Plaza Bolívar, para que lo llevara a la casa o a la pensión donde vivía y cuando volvía al día siguiente al bar a preguntar por la cuenta o "qué había pasado" porque tenía alguna "laguna" mental que más bien parecía un "océano", se conseguía con que se le habían adicionado a la factura Bs 5, que era el costo de la "carrera" hasta su destino en la perturbada noche.

El dueño del Bar, ese francés firme pero cordial, también se convirtió en consejero, asesor y confidente de muchos de los jóvenes estudiantes que eran sus clientes y más de una vez le vimos como llamaba aparte a alguno para decirle que no le gustaba como era el

proceder en sus obligaciones o que se había enterado de que no estaba estudiando lo suficiente y que por eso lo habían raspado en tal o cual materia. El fin del mes o el comienzo del siguiente y cuando la "mesada" o el "giro" no habían llegado a tiempo, Pierre prestaba el dinero necesario para esos gastos inminentes (vivienda, comida o transporte) sin que le hiciera cargo alguno por concepto de intereses, al fin y al cabo, no solo eran sus clientes, sino también sus amigos.

La vecindad del Edificio San José, al lado del "Chez Pierre", fue factor que facilitó que muchos de los estudiantes que vivían allí en esos apartamentos, casi todos de familias con altos recursos económicos, pronto se hicieran clientes del Bar y del Restaurant: Luis Alfredo Jugo de San Cristóbal, Chuchi Muchacho de Valera, Enrique Carmona Concha y Álvaro Medina de Barinas, Lucio Pisciutta y el "Flaco" Guillén de Barquisimeto, eran clientes habituales del Restaurant, con tal cual incursión por los predios del Bar, aunque en algunas ocasiones hicieran escala mientras se tomaban una cerveza o un cubalibre de aperitivo y se olvidaran de que habían entrado al local para disfrutar de los bien sazonados platos preparados por Janette.

Mención especial merece otro barquisimetano, Omar "Chivo" Ramos, simpático y afable, estudiante de bioanálisis, asiduo parroquiano del establecimiento, quien con su gracejo y especial modo de hablar y de tratar a la gente se hizo querer no solo de Pierre y Janette, sino de muchos de los que frecuentábamos el céntrico local.

Otros clientes habituales del Restaurant eran Carlos García Vallenilla y Elías Rad Rached, quienes compartían un apartamento frente al Seminario de Mérida, y los arquitectos Iván Cova Rey y Alfonso Vanegas y también Adolfo Paolini Pisani, quien trabajaba como topógrafo en las Obras Públicas Estadales. El ser usuales consumidores en el Restaurant no los eximía de hacerse presentes en el Bar porque la alcabala que representaban los amigos allí instalados, era a veces difícil de traspasar.

El primer velador a mano derecha entrando al Bar tenía unos clientes muy singulares dedicados a jugar "cachito" con los dados y a tomar cerveza, llegaban a eso de las seis de la tarde y eran fijos, porque se dedicaban a esa tarea de lunes a viernes: Pepe Matheus, Genesio Dean, Frank de Jongh, Mílmero González y Juvenal Quintero, todos muy buenas personas y con años suficientes para ser padres de cualquiera de los estudiantes que allí concurríamos. Para Pierre no eran grandes consumidores, pero en aquellas tardes en que el negocio estaba con poca asistencia, el ruido de los dados sobre la mesa de madera, las chanzas entre unos y otros y la solicitud de "Pierre, tráeme otra" le alegraban esas horas.

La rockola del Chez Pierre de marca Wurlitzer y adquirida de la empresa Elizabeth Charabot C.A. por la cantidad de Bs 8.000,oo lo mismo que valía un carro Volkswagen, como la de establecimientos similares, era una muestra de los gustos musicales de la época. Las canciones de Chelique Saravia Ansiedad y Cuando no se de ti en las

voces de María Teresa y Rosa Virginia Chacín, la música llanera de los Torrealberos de Juan Vicente Torrealba, las guarachas de la Billo's o el ritmo dominicano de Chapuseaux y Damirón y su cantante Sylvia de Grasse, La Pollera Colorá con Los Melódicos o Lamento Náufrago con Chucho Sanoja y su solista Victor Piñero, los inolvidables boleros interpretados por Olga Guillot, María Luisa Landin o Toña la Negra, Nat King Cole cantando en español o las rancheras de Pedro Infante, Jorge Negrete, Miguel Aceves y Mejia, las guitarras y las voces de Los Panchos, los Tres Ases y el Trío San Juan con John Albino y Siete Notas de Amor, los pasodobles de Los Churumbeles de España y algún guiño a las canciones de Edith Piaf: La Vie En Rose, Hymne A L'Amour o Toujours Aimer para complacer los gustos franceses de los dueños, formaban parte de la extensa selección de discos que se podían escuchar con introducir por la ranura de la rockola un medio 0.25 un disco, un real 0.50 dos discos y un bolívar cinco discos. Cuando se quedaba en silencio la rockola por un rato largo era el propio Pierre el que la ponía a funcionar colocando uno o dos bolívares al aparato y seleccionaba aleatoriamente los discos. Aunque no creo que conociera mucho la palabra seretonina, si sabía que la música era un elemento importante para mejorar el ambiente del local.

Como buenos venezolanos y amigos de tomar un café de vez en cuando, a Pierre nunca pudimos convencerlo de que instalara una máquina Gaggia para hacer café expreso o marrón o con leche o negrito (el café del restaurant era colado en la muy criolla bolsa de

tela) y nos daba como explicación que si la instalaba se le llenaría el bar de parejitas de novios a mirarse los ojos y a agarrarse de las manos mientras se tomaban cada uno un café que costaba en ese entonces un "medio" Bs 0,25, mientras si servía una cerveza o un cubalibre el precio y la consabida ganancia era distinta. De verdad que pocas parejas de novios frecuentaban el bar aunque si el restaurant, ubicado al fondo y separado del bar por una puerta en arco. El servicio del restaurant lo atendía Janette con la ayuda de una o dos muchachas según fueran los requerimientos de la clientela del momento.

El restaurant consistía en seis mesas para cuatro personas cada una con una capacidad para atender simultáneamente a 24 comensales que en un momento dado podían ampliarse hasta 32, con manteles de tela confeccionados por la propia Janette y la vajilla, platos y pocillos, tenían que ser, por supuesto, de la fábrica colombiana Corona y comprados en Cúcuta.

En las paredes compartían espacio algunos cuadros del pintor vasco-merideño Juan Viscarret con los "diplomas de grado", debidamente enmarcados, que tanto enorgullecían a Pierre y que consistían en los banderines y las firmas de los integrantes de algunas promociones egresadas de la Universidad de los Andes cuyos alumnos, además de clientes del Bar-Restaurant, habían tenido con los dueños una especial relación.

Entre esos "diplomas de grado" destacaban los de la Promoción de Ingenieros Civiles "Lic. Roberto Vargas" (1960) entre cuyos miembros estaban Román Eduardo Sandia Briceño, José Antonio Masini Díaz, Marcos Rodríguez, Enrique Vilela, Francisco "Chiquino" González, Oscar Montenegro y Martha Saldivia Chaar, entre otros.

La Promoción de Abogados "Dr. Ramón Vicente Casanova" (1962), integrada por Gilberto Sandia Briceño, Bernardo Celis Parra, Jairo Páez González, Enrique Carmona Concha, Víctor "Chiche" Leañez, Gustavo Orta, Cecilio "Chivo" Zubillaga, Nabys Josúe Rojas Ramírez, Mauro Rojas, Gilberto Moreno y Jesús Ramón Pérez Febres, entre los más consecuentes con el "Chez Pierre", también le entregó a Pierre el "diploma de grado", con una fotografía de todos con el Profesor Dr. Pedro Pineda León tomada al pie del busto del Libertador que estaba en el centro del patio de la Facultad.

Como Pierre y Janette se fueron para Francia en el año 1963, la Promoción de Abogados "Dr. Pedro Pineda León" (1964) de la cual formé parte, no pudo compartir con las otras promociones el lugar que le hubiera correspondido con el "diploma de honor" en las paredes del restaurant, para satisfacción de quienes fuimos no solo sus clientes sino mantuvimos con los dueños una relación de sólida amistad a través de los años.

En el restaurant el menú era muy sencillo y consistía en entrada, un segundo plato, postre y café, todo por Bs 8, aunque se podían pedir

por separado. Si bien la comida era criolla no dejaba por eso Janette de ponerle un "toque francés" y eso hacía atractivo el lugar que unía a la calidad del servicio, precios solidarios y atención esmerada y personalizada.

Al Bar no solo acudíamos los estudiantes, también era frecuentado por profesores de las Facultades de Derecho y Odontología, por la cercanía, y de otras más lejanas facultades y escuelas.

Muchas son las anécdotas que pueden contarse y las historias que vivimos en el "Chez Pierre" son casi inagotables, pero vamos a entresacar algunas que merecen recordarse:

Al comienzo de una noche del mes de julio, estaba en uno de los veladores con un grupo de estudiantes de segundo año de derecho que estaban muy eufóricos porque habían presentado el examen final de Derecho Civil II y según ellos, habían aprobado la materia. De la primera botella de ron ya habían pasado para la segunda y aquello amenazaba con alargarse y como decíamos en el argot estudiantil y emulando a los narradores del beisbol profesional, estábamos a punto de decir: "pica y se extiende".

Eran como las nueve de la noche cuando entran los miembros del jurado del examen, los doctores Germán Briceño Ferrigni, profesor de la materia, Luis Contreras Pernía y Jorge Francisco Rad Rached, quien además era el Director de la Escuela de Derecho. Los profesores

saludan con un cordial "buenas noches" a los bachilleres y pasan directamente al restaurant, y una vez sentados en la mesa le piden a Pierre, quien los fue a atender, que les sirviera unos whiskys. Yo estudiaba tercer año de derecho y por lo tanto nada tenía que ver con la materia presentada por mis amigos y con la celebración adelantada. Me acerqué a la mesa de los profesores para saludarlos y me senté un rato con ellos quienes me informaron que por lo tardío de la hora habían decidido suspender el examen para reanudarlo a las ocho de la mañana del día siguiente. Los exámenes finales en la Facultad de Derecho eran orales y públicos y cualquier persona podía entrar a presenciarlos, fuera estudiante o no de la facultad, y las notas se leían cuando todos los llamados por lista habían presentado la materia.

Al rato de estar con los profesores, Germán Briceño Ferrigni, quien está al lado mío, baja la voz y me dice: "Me guardas un secreto?" y ante mi gesto afirmativo, continúa: "Todos los que están en esa mesa echándose palos están raspados". Por supuesto que al regresar a la mesa pagué lo que había consumido y me fui para la casa. Fui incapaz de continuar celebrando sabiendo que mis amigos, todos raspados, deberían reparar la materia en el mes de septiembre y que recibirían las notas, bien enratonados, al día siguiente.

El Dr. Víctor Manuel Giménez Landínez fue Ministro de Agricultura y Cría en el gobierno del Presidente Rómulo Betancourt. Estudió en el Colegio San José de Mérida y fue compañero de mi padre, Acacio Sandia Ramírez, en las aulas y en el equipo de futbol

del Colegio en los torneos estadales. En la Exposición Agropecuaria de unas Ferias de Tovar nos presentó Germán Briceño Ferrigni, entonces Presidente del Partido Socialcristiano Copei y de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida. Desde allí nació una cordial amistad entre los dos.

El Dr. Giménez Landínez, siendo Ministro, vino a dictar una conferencia sobre Derecho Agrario en nuestra Facultad. Yo estudiaba segundo año y el Dr. Giménez Landínez me saluda con mucho afecto delante del Rector de la ULA, Dr. Pedro Rincón Gutiérrez. Al finalizar la conferencia el Rector me invitó para un almuerzo en el Hotel Belensate que le ofrecía al conferencista y le dice que su vehículo está la orden para llevarlo. El Dr. Giménez Landínez me pregunta si tengo carro y ante mi respuesta afirmativa le dice al Rector que él se va conmigo.

Cuando vamos a buscar el vehículo me dice el Dr. Giménez Landínez que tiene sed y a mí me pareció lo más normal invitarlo al Bar de Pierre que quedaba cerca de la Facultad. Entramos al Bar, nos sentamos en la barra y yo pido dos cervezas. Le presento mi vecino de barra a Pierre y le digo: "Sabes a quién te he presentado?" y el "Musiú" me hace un gesto negativo con la cabeza y yo le digo: "Es el Ministro de Agricultura y Cría del Presidente Betancourt". A Pierre por poco se le salen los dos ojos, el suyo y el de vidrio, y muy emocionado le dio la mano, no podía creer que un Ministro estuviera en su Bar y menos sentado en la barra.

Conversamos un poco y nos dio tiempo para tomarnos una segunda cerveza. Cuando pedí la cuenta, eran Bs 3 a Bs. 0.75 cada cerveza, Pierre no me cobró. En mi larga carrera como cliente del Bar de Pierre Belmonte, fue la única vez que no pagué una cuenta.

Entre los amigos de Pierre y Janette estaba el Dr. Carlos Febres Poveda, dirigente político y profesor universitario, quien fuera el primer Gobernador del Estado Mérida en el gobierno del Presidente Betancourt. Como una manera de distender las tensiones derivadas de su cargo, se hizo el propósito de ir a cenar una noche al mes al restaurant del "Chez Pierre". Llegaba manejando su propio vehículo, un modesto Chevrolet verde comprado en Mérida Motors y lo estacionaba enfrente del negocio. Se bajaban él y su esposa Doña María José y entraban como cualquier cliente hasta el restaurant donde en la mesa reservada para los dueños, se sentaban las dos parejas. Compartían y conversaban cordialmente, cenaban y se tomaban una copa de vino. El Dr. Febres Poveda nunca aceptó que Pierre no le cobrara e insistía en que tenía que pagar y así lo hacía. Con su proverbial simpatía volvía a atravesar el negocio y a saludar a todos mientras se despedía prometiendo volver "el mes entrante".

Como no todo podía ser trabajo, Pierre y Janette aprovechaban el asueto universitario del mes de agosto para tomar sus vacaciones y cada año se iban para Cartagena de Indias, en la costa colombiana, donde se hospedaban en el Hotel La Capilla del Mar, propiedad de sus amigos franceses Pierre y Jeanne Daguet. El sol, la arena y la playa

los distendían y además disfrutaban de las excelencias del restaurant con su especialidad en delicias del mar o de la cercana "boite", ubicados en el último piso del hotel, con una maravillosa vista panorámica de la bahía de Cartagena. En esta forma renovaban energías y regresaban a retomar sus labores en el "Chez Pierre".

Hay un viejo dicho que siempre hemos escuchado: todo comienzo tiene su final y un mediodía en que había ido al Bar con el ánimo de leer El Universal, mientras me tomaba una cerveza, ya que en mi casa compraban El Nacional, me dice Pierre que él y Janette están cansados del negocio, que era muy exigente en cuanto al horario y la atención, y que tenían una oferta de unos españoles para comprarlo. Le pregunto que si lo venden qué van a hacer y me responden que se regresan a Francia, donde piensan establecerse en Jean le Pin, en la Costa Azul, y que tienen en mente poner una venta de quesos con un pequeño espacio para degustarlos con unas copas de vino de la región.

Entendí el planteamiento de los dos. Hicieron la negociación y se lo vendieron a los españoles, naturales de la zona de Navarra y por eso le cambiaron el nombre, se llamaría Los Navarros.

Los clientes de siempre volvimos pero la relación con los nuevos dueños no era la misma, eso influyó para que al poco tiempo no volviéramos más. El negocio empezó a declinar y los navarros terminaron deshaciéndose del bar y restaurant.

Poco antes de regresar a su país natal, Pierre y Janette vendieron lo que tenían en el apartamento situado detrás del restaurant del bar, donde vivían en forma muy sencilla. Se fueron para Francia en primera clase en el vapor Antilles, acompañados por Lucky, la perra bóxer que le habían comprado siendo una cachorra a Bernardo Celis. Fue una grata travesía por mar, en circunstancias muy distintas de aquellas, hacía unos cuantos años, cuando vinieron a nuestro país.

Jean les Pins es una ciudad en la comuna de Antibes, en el suroeste de Francia, en la Costa Azúl. Es uno de los destinos turísticos preferidos por el jet set internacional por sus casinos, discotecas y hermosas playas.

Instalaron el negocio de quesos y me comentaban en sus cartas que les iba muy bien económicamente. Pronto se dieron cuenta de que los franceses no son amigos de hacer nuevos amigos. Pierre se quejaba de que aquí en Mérida era amigo del Gobernador del Estado y que allá, en su propia tierra, no era amigo ni del policía que hacía la ronda cerca de su establecimiento comercial.

Los brasileños llaman "saudades" al estado de ánimo en que se recuerda con nostalgia lo que tuvimos y dejamos atrás. A Pierre y a Janette les sucedió algo parecido. Añoraban a Mérida y a sus amigos, a la pequeña ciudad escondida al pié de la sierra nevada, el tañer de las campanas de la Catedral, el frío, la lluvia y la neblina, los estudiantes, a los profesores, las retretas, las visitas, los limpiabotas de

la Plaza Bolívar, la línea de taxis cercana, nuestro hablar a gritos, el orden dentro del desorden o el desorden dentro del orden.

A los pocos años volvieron a Mérida y mientras se ubicaban se hospedaron en la casa-quinta de Román Eduardo y Martha Sandia en la Urbanización Santa María, sus cercanos y estimados amigos, a quienes querían como hijos y a los hijos de estos como sus propios nietos.

Mérida volvió a acoger, con cariño, a Pierre y a Janette. Esta era su tierra de adopción y la querían, estoy seguro, más que a la propia. Llegaron y se quedaron muchos años más. Hicieron otros negocios, pero esas serán otras historias.

PADRE ECCIO ROJO PAREDES

¡De Trujillo es tan alta la gloria!
¡De Trujillo es tan alto el honor!
¡Niquitao es Valor en la Historia
Y Santa Ana en la Historia es Amor!

Cuántas veces cantaría el niño Eccio Ramón Rojo Paredes el Himno del Estado Trujillo, que se inicia con esta patriótica estrofa, cuando en la Escuela Federal de Niquitao y bajo la tutela del maestro Don Concho, se realizaba cualquier acto cívico o se recibía a alguna persona importante.

El Himno del Estado Trujillo fue oficializado por Decreto de fecha 5 de julio de 1911 del Presidente Constitucional del Estado Trujillo, General Víctor Manuel Bautista, cuando el jurado designado al efecto consideró los méritos de la composición poética y musical del doctor Antonio José Pacheco y del Presbítero Esteban Rázquin y los declaró ganadores del concurso promovido sobre la creación del himno oficial de esa entidad. En el artículo 3º del Decreto se

establecía: "Es obligatorio el aprendizaje del Himno de Trujillo en las Escuelas que funcionen en el Estado, y en ellas se cantará durante los actos públicos que se celebren". (Amílcar Fonseca "Orígenes Trujillanos". Fondo Editorial Arturo Cardozo, Trujillo. 2005). No hay duda de que el niño Eccio y los demás compañeros de aula aprendieron el himno y lo entonaban con fervor en los actos públicos que tenían lugar en Niquitao, el pueblo con "Valor en la historia", como lo canta la noble canción.

Eccio Ramón Rojo Paredes, el Padre Rojo, el "Cura Rojo", como se le conoció en Mérida, nació en la población de San Lázaro en el Estado Trujillo el 17 de febrero de 1924. Fue el mayor de once hermanos de la pareja formada por don Juan Bautista Rojo, nacido en el mismo San Lázaro, y de Graciela Paredes, nacida en Timotes. A los pocos días de nacido fue llevado a la pila bautismal de la Iglesia del pueblo donde se le administró el primero de los sacramentos, con el cual se le dio el ser de gracia y el carácter cristiano, y fueron sus padrinos don José María Briceño y su esposa Asunta Ricci de Briceño.

San Lázaro es un pequeño pueblo del Estado Trujillo, rodeado de montañas y ubicado a 22 kilómetros de la capital del estado y a 810 metros sobre el nivel del mar. Sus casas coloniales con techos de teja le dan una fisionomía muy particular. La iglesia principal es muy hermosa y aparte de la Plaza Bolívar destaca la plaza dedicada a Andrés Linares, nombre que lleva la Parroquia donde está el pueblo que, como algo singular, lo atraviesa totalmente el río Jiménez. Fue

fundado en 1640 por el obispo Fray Mauro Tovar. La actividad principal es la agricultura y sus primeros pobladores fueron los indios tirandáes y chachues.

La familia Rojo Paredes, en busca de mejores medios de vida, se muda de San Lázaro a Niquitao, otro pueblo pequeño del mismo estado que aún conserva el estilo colonial y está rodeado de montañas que conforman un bello paisaje. Con un clima frio por sus 1.937 metros sobre el nivel del mar, está ubicado al pie de las montañas de Estallijú, cerca del río Buratesu.

En las inmediaciones del pueblo tuvo lugar la batalla de Niquitao, donde una columna patriota al mando de José Félix Ribas, Rafael Urdaneta, Vicente Campo Elías y José María Ortega derrotó el 2 de julio de 1813 al ejército realista comandado por el Gobernador de Barinas Antonio Tiscar y Pedrosa y el capitán José Martí, ocasionando numerosas bajas y obligándolos a retirarse a Nutrias y a San Fernando de Apure. Fue una acción de guerra que se enmarca dentro de la Campaña Admirable, que en sucesivas victorias llevó a Bolívar a entrar triunfante en Caracas el 14 de octubre, cuando la Municipalidad le da el grado de Capitán General de los Ejércitos y lo aclama como Libertador de Venezuela.

Otro hecho histórico tiene lugar en lo que hoy es el estado Trujillo cuando poco después de la Batalla de Niquitao, el 15 de junio, Bolívar dicta en la ciudad de Trujillo su Decreto de Guerra a Muerte

en que deslinda a los españoles y canarios por una parte y a los americanos por la otra. Manuel Vicente Magallanes en su "Historia Política de Venezuela" dice al respecto: "El Decreto de Guerra a Muerte Bolívar lo escribe con absoluta conciencia de lo que hace y de los fines que se propone. No es nada clandestino. Por el contrario, le da la mayor publicidad y lo utiliza como medio de presión para señalar a los enemigos su firme propósito de impulsar la lucha en serio para lograr la completa emancipación". (Manuel Vicente Magallanes. "Historia Política de Venezuela". Editorial Mediterráneo. Madrid. 1972).

Sin pensar mucho en batallas y en decretos y ya asentado en ese pueblo tranquilo y de gente amable, con sus cuatro calles principales y no muchas transversales, don Juan Bautista inicia sus actividades comerciales con una pequeña finca agrícola.

Cuando la familia ya está establecida en Niquitao y el niño Eccio tiene cuatro años de edad, sus padres lo inscriben en la Escuela Federal. Su maestro, don Concho, pronto vislumbra las cualidades del niño no solo por su inteligencia y aplicación en las tareas escolares, sino por la facilidad de expresión hasta el punto de que cuanto visitante llega a Niquitao y tienen que darle la bienvenida, es el niño Eccio, sin miedo escénico y con gran facilidad para hablar en público, el encargado de las palabras en el acto.

En ese entonces el Arzobispo de Mérida era Monseñor Acacio Chacón Guerra, nacido en la aldea Loma Verde del Municipio Lobatera del Estado Táchira, el 8 de junio de 1884.

Acacio Chacón Guerra hizo sus estudios en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús en La Grita que dirigía el ilustre sacerdote Jesús Manuel Jáuregui. Entre sus compañeros estuvieron Eleazar López Contreras, Diógenes Escalante, Félix Román Duque y Román Pantaleón Sandia. Fue ordenado sacerdote por el Obispo de Mérida Monseñor Antonio Ramón Silva el 1º de noviembre de 1907. Pronto fue a su estado natal como Vicario de la Iglesia Mayor de San Cristóbal y luego Párroco en Pregonero, Rubio y La Grita.

Culminada su labor como cura de almas en el Estado Táchira, el Presbítero Chacón regresó a Mérida y fue designado Vicario General, Provisor del Obispado y Capellán de Nuestra Señora de El Espejo. El 10 de mayo de 1926 fue nombrado por su Santidad el Papa Pio XI Obispo Titular de Milevo y Arzobispo Coadjutor de Monseñor Silva, quien había sido elevado a la dignidad de Arzobispo por el mismo Papa en ese año.

Al fallecimiento de Monseñor Silva asumió Monseñor Chacón como Segundo Arzobispo de Mérida el 1º de agosto de 1927. Su largo y fecundo pontificado fue pródigo en la construcción de innumerables iglesias, capillas, casas curales, colegios y muchas obras más que beneficiaron a las comunidades que, a lo largo y ancho de la geografía

merideña y del extenso territorio episcopal que estuvo bajo su mitra, y que llegó a ocupar el espacio que hoy constituyen las diócesis de Trujillo y Barinas, desmembrados de la Arquidiócesis de Mérida. Sus obras cumbres en la ciudad de Mérida fueron el Palacio Arzobispal, el Seminario Arquidiocesano de Mérida y la hermosa Catedral de Mérida, hoy Basílica Menor.

De Monseñor Acacio Chacón Guerra escribiría el Cardenal José Humberto Quintero, entonces el Padre Quintero, allá por 1932, lo siguiente: "Era alma que puede fraternizar en blancuras con las purísimas nieves de la Sierra y en suavidad con la sedeña felpa de nuestros frailejones, corazón manso como un cordero y humilde como la violeta, vigilante Pastor en cuyos hombros reposa dignamente el glorioso Palio de esta Iglesia Metropolitana". (Vinicio Romero Martínez, "Mis Mejores Amigos". Editorial Larense, Caracas. 1987).

En una visita pastoral del Arzobispo Acacio Chacón Guerra por tierras trujillanas entonces bajo su jurisdicción episcopal, llegó el ilustre prelado a Niquitao y por supuesto que no podía ser otro que el niño Eccio el encargado de decir las palabras de bienvenida en nombre de los pobladores y de las autoridades. Monseñor Chacón se admiró de la elocuencia del niño y solicitó hablar con los padres a quienes les ofreció becarlo para traerlo al Seminario. Los padres accedieron al pedimento del Arzobispo y Eccio Rojo Paredes tiene 12 años cuando ingresa al Seminario de Mérida en el año 1936.

El joven Eccio, venido de un pueblo montañés, debió sentir el impacto de una ciudad como Mérida, tan distinta, con sus 12.000 habitantes, ocho calles longitudinales y 23 transversales, al compararla con los muy pequeños San Lázaro y Niquitao. La ciudad era sede arzobispal y universitaria, con tres Facultades y dos Escuelas alojadas en una vieja edificación con 260 alumnos y 38 profesores.

Pronto se aprendió los nombres de los sitios aledaños y que luego le serian familiares: El Valle, La Hechicera, La Otra Banda, El Arenal y más allá del Llano Grande, por una estrecha carretera de tierra, se llegaba a un poblado llamado La Parroquia, casi en la punta de la meseta, rodeado de haciendas sembradas de café y cañamelares.

El Seminario está bajo la dirección de los padres eudistas con quienes dialoga y hace preguntas interesantes sobre los temas más variados. Poco a poco se va acostumbrando a su nuevo entorno. Cumple con sus obligaciones escolares y religiosas y practica algún deporte en las canchas del Colegio San José, de los padres jesuitas, ubicado a una cuadra del Seminario.

Estudia, medita, reza, escribe. Se destaca por su apego a los libros y la práctica de los deberes religiosos. Al culminar el bachillerato el Arzobispo Chacón, con la recomendación de los directores del Seminario, decide que debe continuar sus estudios en el Seminario Interdiocesano de Caracas, donde llega en 1941 para cursar Filosofía, Lenguas y Sociología.

Escribe sobre asuntos cotidianos, santos y pontífices, doctrina y dogmas e incursiona en el campo de la poesía, con estrofas que salen de su mente y de su corazón enhebrando palabras y sentimientos.

La Caracas de su tiempo es una pequeña metrópoli que apenas despierta del largo letargo a la que la sometió la dictadura de Juan Vicente Gómez. Se desplaza en los tranvías que recorren la capital, se admira de las mansiones de la Urbanización El Paraíso y del abigarrado comercio del casco central, con familias que van de paseo al pueblo de Petare y a temperar en el mejor clima de Los Teques. Aprueba las materias del pensum con notas sobresalientes. Regresa a Mérida y el Arzobispo Chacón, siempre pendiente del joven seminarista quien se destaca por su pluma ágil y juicio sereno, decide que debe ir a Bogotá para que haga la Licenciatura en Teología.

En el año 1944 viaja a la capital de Colombia. Allí consigue una hermosa urbe que en sus costumbres y modo de vivir es plena reminiscencia de su pasado virreinal y que recientemente había celebrado los 400 años de fundada por Gonzalo Giménez de Quesada, en 1538, con el nombre de Santa Fe de Bogotá.

Visita el Palacio de Nariño, la Quinta de Bolívar en las afueras de la ciudad, disfruta del buen decir y hablar de los bogotanos. Sigue en la prensa y en las transmisiones radiales los debates que en el Congreso de la Republica libran Senadores y Representantes de los partidos Conservador y Liberal e integrado por políticos,

historiadores, letrados y poetas de gran altura intelectual, que hizo escribir a Rufino Blanco Fombona que "Colombia es el único país donde se sube al Capitolio con la gramática debajo del brazo". (Miguel Ángel Burelli Rivas "Del Oficio de Ministro". Caracas. 1997).

En la Universidad Javeriana de Bogotá estudia Teología y los culmina recibiendo la Licenciatura. La Universidad Javeriana, fundada en 1623, es regentada por la Compañía de Jesús, la orden religiosa fundada por San Ignacio de Loyola, Iñigo de Loyola, "un vasco apasionado que puso el mismo ardor en la búsqueda de la felicidad terrena, antes de su conversión, que en la de -la mayor gloria de Dios-, después de consagrarse al servicio del rey del cielo". (Alain Woodrow Los Jesuitas. Historia de un dramático conflicto. Planeta. 1984). La Universidad Javeriana está considerada como la primera universidad de Colombia y una de las más importantes de América Latina. De sus claustros han egresado presidentes, científicos y figuras públicas de relieve y ha sido el centro de formación de la élite colombiana.

Es oportuno de resaltar aquí, que solo los alumnos más destacados de los Seminarios de Mérida y de Caracas, eran enviados a Bogotá o a Roma a continuar sus estudios. Eccio Rojo Paredes fue uno de ellos. Volvió a Mérida y el Arzobispo Chacón, con gran satisfacción, lo ordena sacerdote en la vieja Catedral de Mérida el 25

de abril de 1948. Antes, el 3 de febrero, a los 23 años de edad y dos meses antes de ser ordenado sacerdote, fue nombrado Director de El Vigilante.

El diario El Vigilante "periódico de la curia merideña", fue fundado en 1924 por el Arzobispo Silva. El diácono Eccio Rojo Paredes fue nombrado Director de El Vigilante, el 3 de febrero de 1948, a los 23 años de edad y dos meses antes de ser ordenado sacerdote. Los predecesores del joven diácono en la dirección del diario habían sido Monseñor Antonio Ignacio Camargo, luego Obispo de Calabozo y el Presbítero y doctor en derecho Luis Negrón Dubuc, quien fuera posteriormente Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes.

La primera sede de El Vigilante fue en la Calle Vargas, hoy Calle 23, en unos locales del viejo Seminario cuyo frente daba a la Calle Zerpa, hoy Avenida 5, con una vereda de pinos que servía de vía peatonal y también de ancha acera. Allí estaban el viejo linotipo, las máquinas impresoras y las oficinas administrativas.

Luego El Vigilante se mudó, muchos años después, para su nueva sede en la Avenida 5, en un edificio construido en los terrenos de la casa donde vivió Monseñor Mejía, quien fuera durante muchos años Dean de la Santa Iglesia Catedral de Mérida. Las viejas prensas fueron sustituidas por modernos equipos durante el arzobispado de

Monseñor Miguel Antonio Salas y el periódico pasó del tamaño tabloide al tamaño standard.

El Padre Rojo estuvo al frente del periódico hasta el 25 de enero de 1987, donde no solo fue su Director sino linotipista, administrador y hasta distribuidor del periódico. Fueron treinta y nueve años en los cuales escribió de todo y para todos.

Las fiestas nacionales y las religiosas, el Papa y el comunismo, el Dogma de la Asunción, el censo nacional, la Virgen de Fátima, el futuro de Mérida, los problemas de los campesinos, inmigración y colonización, los Mensajes Pontificios, el Santuario de la Virgen de Coromoto, el Banco Obrero, los Sindicatos, fueron algunos de los muchos artículos que el Padre Rojo escribió en El Vigilante. No había problema de la ciudad o de los merideños que no tuvieran cabida en el periódico. Era el vocero de quienes no tenían otra manera de expresarse.

Sus fustigantes editoriales eran leídos, con respeto y hasta con temor por los merideños. No hubo empresa en beneficio de la ciudad o del estado en que las páginas de El Vigilante y de su Director no estuvieran involucradas. El Sanatorio Antituberculoso Venezuela, el Puente sobre el río Chama en tiempos de Pérez Jiménez, el Cuatricentenario de Mérida, el Teleférico de Mérida, la sucursal en Mérida del Banco de Fomento Regional Los Andes, la fundación de MERENAP, la carretera Mérida Panamericana, el Hospital

Universitario de los Andes, la Plaza Monumental de Toros de Mérida, entre muchas otras iniciativas, fueron auspiciadas por el Padre Rojo con sus fogosos artículos en el periódico.

Siendo el Ingeniero Edgar León Burguera Presidente del Aeroclub de Mérida me informó, con gran preocupación de su parte, que el proyecto del aeropuerto de El Vigía era pavimentar la pista de granzón y hacer un terminal para que los aviones que no pudieran entrar al de Mérida, por mal tiempo, aterrizaran allá, y dejaran y recogieran pasajeros. Iba a ser un aeropuerto convencional. Le hice el comentario al Padre Rojo y éste, en un editorial iracundo, se refiere al proyecto y lo tilda de aeropuertico, dice que Mérida se merece más respeto, y le reclama al entonces Presidente Carlos Andrés Pérez su compromiso con la ciudad y el estado. Manos amigas hicieron llegar un ejemplar del periódico al Presidente Pérez quien de inmediato cita al Ministro de Comunicaciones Leopoldo Sucre Figarella y le dice: "Arregle este problema, dicte instrucciones para que se haga un aeropuerto de primera categoría, no quiero estar ni en la pluma ni en la lengua del Padre Rojo" y así fue. El Aeropuerto de El Vigía tiene la segunda pista de aterrizaje más larga del país después de la de Maiquetía y el sistema modular del terminal permitirá ampliarlo cuando las necesidades lo requieran.

Como periodista desarrolló una intensa actividad dentro del gremio. Formó parte de la Asociación Nacional de Periodistas que dio paso al Colegio Nacional de Periodistas de esta entidad del cual fue

fundador. Ocupó la Secretaria General en el año 1976. Se preocupó de todo lo que tuviera relación con el comportamiento del periodista en la comunidad donde se desenvuelve como premisa fundamental para la dignificación de la profesión. Siempre fustigó a los palangristas y a quienes utilizaban la condición de periodistas para provecho personal y para amenazar, insultar y hasta llegar a creerse que tenían una patente de corso.

En el año 1977 recibió el Premio Regional de Periodismo que le fue entregado por el Gobernador del Estado Mérida, Dr. Rigoberto Henríquez Vera.

El Padre Rojo nunca tuvo parroquia en Mérida. No era necesario. Su parroquia fue toda la ciudad y el estado. Sus numerosos amigos, entre los cuales me cuento, supimos de su labor pastoral. En cuántos matrimonios, bautizos y primeras comuniones estuvo en el altar o en la pila bautismal y contaron con su asistencia espiritual. También ofició misas, escuchó confesiones, dispensó santos óleos y acompañó a dolientes en velorios y entierros. Se trasladó a Bogotá, Madrid, Caracas, San Cristóbal y Táriba, Valera, Barquisimeto, Maracaibo y por supuesto a Chiguara, para cumplir con los amigos que requirieron su presencia. Así como Adriano González León escribió "País Portátil", yo le dije al Padre Rojo que él era un "Cura Portátil".

Fue el primer sacerdote en Mérida en adoptar el cleriman, el "cuellín" con el traje que sustituyó a la añeja sotana. Recuerdo que un sábado se presentó el Padre Rojo vestido con un cleriman en el Aeropuerto de Mérida. Por casualidad estábamos conversando Miguel Ángel Liendo, corresponsal del diario El Nacional de Caracas y yo. Se acerca a saludarnos y Miguel Ángel aprovecha para pedirle al fotógrafo que nos tome una fotografía. A los pocos días en la Sección de Provincia de El Nacional salió la foto en la cual estamos Liendo, el Padre Rojo y yo. No pasó mucho tiempo sin que los demás sacerdotes de la curia, aún los más conservadores y recalcitrantes, estuvieran luciendo el cleriman y dejaran las sotanas solo para los actos religiosos.

Incursionó en las redes televisivas con su programa "Al Rojo Vivo" en la Televisora Andina de Mérida TAM, fue editorialista en Radio Cumbre, en Radiodifusora Andina, en Éxitos 15 60 y columnista de opinión en el diario Frontera.

Nadie puede negar que el Padre Rojo fue un hombre polifacético, primero sacerdote y luego periodista. Orador de tronío, tanto sagrado como profano, de verbo encendido que sabía llegar tanto al docto como al iletrado.

Siempre estuvo vinculado a las causas nobles y progresistas que significaron un avance para Mérida.

En el año 1957 fue fundador con otros merideños emprendedores como César Guillen Calderón, Manuel Méndez León, Miguel Delgado Febres, Alfredo Dini Ruiz, Pedro Pulido Hernández, Enrique Febres Arria y Manuel Camacaro del Cuerpo de Bomberos de Mérida, y como su Capellán oficiaba en la sede la misa los días domingo a la cual asistían, no solo los efectivos del Cuerpo y el personal administrativo, sino muchos feligreses de las urbanizaciones cercanas a quienes atraía además del cumplimiento del precepto dominical, la acertada explicación de las homilías centradas en el pasaje del Evangelio del día.

Como representante del diario El Vigilante formó parte de la Junta Directiva de la Cámara de Comercio e Industria del Estado Mérida en el bienio 1969-1970, que estuvo integrada así: Presidente, Miguel Delgado Febres; Vicepresidente, Eccio Rojo Paredes; Secretario Ejecutivo, José Gibert; Tesorero, Pedro Rendón Márquez; Vocales, Rafael Ramón Uzcátegui Lamus, Gil Abad Parada, José Valero Montilla y Eugenio Duran Useche; Comisario, Ángelo Imparato; Consultor Jurídico, Álvaro Sandia Briceño. Las reuniones tenían lugar en un local comercial del Edificio Tacarica, propiedad de Don Luis Alipio Burguera, ubicado en la Avenida Tulio Febres Cordero, cedido gentilmente por su propietario, quien nunca aceptó que se le pagara canon de arrendamiento alguno.

El Padre Rojo le dio amplia publicidad en El Vigilante a las actividades de la Cámara de Comercio cuya Junta Directiva integró y como estaba empezando el sistema de fotograbado en el periódico, todos los directivos posamos para las fotos que luego fueron publicadas.

Su amistad con los componentes de las Fuerzas Armadas Nacionales acantonadas en Mérida lo acercaron a los hombres de cuartel. La Guardia Nacional lo designó su Capellán. Con el tiempo fue asimilado con el grado de Capitán y ascendió hasta el grado de Teniente Coronel. No solamente fue el asesor espiritual de oficiales y soldados del Destacamento de esta ciudad, sino le correspondieron las duras tareas de ir a las guerrillas del estado Apure para desempeñar igual cometido entre las tropas que defendían la integridad de nuestro territorio de la amenaza de grupos paramilitares.

Fue Cronista de Mérida nombrado por el Concejo Municipal del Distrito Libertador, cargo en el cual sustituyó al historiador y genealogista Don Ramón Darío Suárez.

Siempre estuvo vinculado a los sectores que propiciaron el turismo. Su defensa del Teleférico de Mérida, cuando antes de inaugurarlo sectores del gobierno nacional de entonces quisieron venderlo a México como chatarra, fue de antología. Fue Asesor de la

Junta Directiva de la Cámara de Turismo del Estado Mérida en los años 1983, 1984 y 1985 en la Presidencia del empresario hotelero Felipe Puleo Pisani.

En diciembre de 1967, dentro del programa para la inauguración de la Plaza Monumental de Toros, y en acto especial celebrado en el Palacio de Gobierno del Estado Mérida, recibió de manos del Gobernador del Estado, Profesor Gustavo Amador López, la Medalla al Mérito Turístico, distinción que también les fue impuesta a connotados personajes vinculados a distintos sectores de la ciudad y del país, entre ellos, líderes empresariales, ejecutivos de líneas aéreas y de cadenas hoteleras, directores de medios de comunicación radial y escrita, nacionales y locales, productores de cine, intelectuales, artistas, políticos y legisladores.

Fue un apasionado de la fiesta de los toros. La construcción de la Plaza Monumental de Toros, que hoy lleva el nombre de Román Eduardo Sandia, tuvo en El Vigilante eco y resonancia. Integró algunas de las Juntas de Ferias y Fiestas y fue el primer Capellán de la Plaza de Toros designado por la Comisión Taurina Municipal que presidió Don Luis Alipio Burguera y que estuvo integrada por Luis Alfonso Cárdenas, Rafael Ángel Orta Añez, Oscar Otaiza y Raúl Febres Cordero.

Cuando se inauguró la Plaza Monumental de Toros y luego de la procesión que trasladó la imagen de la Inmaculada Concepción, Patrona de la ciudad de Mérida, desde la Catedral hasta el recinto taurino y después de las aguas lustrales impartidas por Monseñor José Rafael Pulido Méndez, Arzobispo Metropolitano de Mérida, se celebró una Misa Taurina que concelebraron el Padre Juan Eduardo Ramírez Roa y el Padre Eccio Rojo Paredes, ante una multitud emocionada integrada por merideños y visitantes.

En el Anuario "A los Toros", Manual del Aficionado Taurino, que publica la Comisión Taurina Municipal, en el No. 28 correspondiente a febrero de 2009, escribió el Padre Rojo lo siguiente: "Como escenario de la fiesta brava –que para ello nació- la Monumental de Mérida se ha ganado sitial de honor en el país, ha ido forjando su propia historia y es un cofre de recuerdos que conserva en su acontecer nombres, experiencias y anécdotas, como síntesis de lo que en su seno ha acontecido".

El Padre Rojo asumió la dirección de El Vigilante en el año 1948 siendo Rector de la Universidad de los Andes el Dr. Edgar Loynaz Páez y vio pasar unos cuantos rectores por el solio de Ramos de Lora. Su relación con la Universidad y con las autoridades académicas fue siempre cordial, aunque no exenta de algunos desencuentros. Entendió que Mérida y la Universidad han estado y siempre estarán

unidas. A través de sus Editoriales quiso dar luces e indicar el camino acertado cuando rectores y decanos no siempre estaban en sintonía con la realidad de la ciudad y del país.

Recibió del Rector Magnífico Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, la Distinción Bicentenaria de la Universidad de los Andes, por su colaboración y defensa de los ideales universitarios.

Como Mariano Picón Salas, comprendió que "El destino de Mérida se asocia desde entonces e indisolublemente, al de esta casa universitaria que ha sido, tal vez, nuestra mayor empresa histórica. Y en el auge y la defensa de ella, en el cuidado con que debemos ayudarla y mejorarla siempre, se involucra y responsabiliza nuestro civismo regional como parte entrañable de nuestro común deber de venezolanos". (Mariano Picón Salas "Viaje al Amanecer – Nieves de Antaño". Mérida. 1981).

El Padre Rojo fue un buen amigo y gozó del afecto y del respeto de la comunidad merideña. Hizo de la amistad un culto y lo demostró a través de sus múltiples relaciones sociales.

Profesó una devoción filial a quien fue su mentor y guía el Arzobispo Chacón, igual al Cardenal José Humberto Quintero y al Arzobispo José Rafael Pulido Méndez. La amistad nacida en el Seminario la continuó con los Presbíteros Luis Negrón Dubuc, Juan Eduardo Ramírez Roa, Pedro Moreno, Alfonso Rojas y Alfonso Albornoz Pérez.

Disfrutó por igual de los Hoteles de Cinco Estrellas y de la Casa Cural de La Azulita con su amigo el Padre Deogracias Corredor Rojas.

Jugó dominó con el Presidente Caldera y compartió mesa y manteles con el Presidente Carlos Andrés Pérez y con los empresarios Siro Febres Cordero y Rafael Ramírez Castellano. Fue cercano al General del Ejército Ángel Evelio Rodríguez Corro y al General de la Guardia Nacional Luis Ramón Contreras Laguado. Las casas de los Gobernadores Luciano Noguera Mora, Edilberto Moreno Peña, Germán Briceño Ferrigni y Rigoberto Henríquez Vera, cuando estos estuvieron en funciones y aún después, siempre estuvieron abiertas para el consejo oportuno y el palique social.

Las responsabilidades en el Cuerpo de Bomberos lo hizo estrechar vínculos con César Guillén Calderón y con José de Jesús Avendaño, fue siempre cordial con sus vecinos Enrique y Ligia Febres Arria y Claudio y Lilia Corredor Muller, pero particularmente fue amigo de Virgilio Angulo Mata, Gerente del Hotel Prado Rio, con quien departió en los gratos ambientes de la institución hotelera o en su cabaña donde conversaban sobre las menudencias de la cotidianidad merideña o veían los culebrones de las novelas de la televisión venezolana.

Veló siempre por sus padres don Juan y doña Chela a quienes dotó de confortable y modesto hogar, sirvió de guía a sus hermanos menores y particularmente fue afecto con Auxiliadora quien le sirvió de apoyo en la casa y en su vida de sacerdote, de periodista y en sus encuentros sociales.

Hizo de la caridad cristiana, una de las tres virtudes teologales, uno de los principios de su vida, porque fue solidario con el sufrimiento ajeno. No hubo pobre ni necesitado que se acercara a su casa o al taller de El Vigilante que saliera con las manos vacías. Mantuvo un sistema de becas para estudiantes sin recursos para que pudieran proseguir su educación.

Autoridades eclesiásticas, políticos y escritores se refirieron con frases amables que quisieron dibujar la impronta que había significado el Padre Rojo para la ciudad.

El hoy Cardenal Baltasar Enrique Porras Cardozo, Arzobispo Metropolitano de Mérida, en el Liminar del libro "Desde El Linotipo -1950-", que recoge los Editoriales del Padre Rojo al frente de la dirección de El Vigilante durante ese año, expresa lo siguiente: "Vale la pena leer las páginas de aquellos editoriales llenos de la juventud y arranques de un hombre apasionado, que hizo de la máquina de escribir y el linotipo, su púlpito para predicar el Evangelio y su

concreción en la vida de esta tierra merideña que la amó e hizo suya hasta la muerte". (Pbro. Eccio R. Rojo Paredes Desde el Linotipo - 1950- Mérida. 2006).

Su hermano Helímenas, Arzobispo Emérito de Calabozo, escribió en la Presentación del mismo libro lo siguiente: "El Padre Rojo luchó con el arma de su pluma y el verbo de oro, como el Crisóstomo, y librando batallas, a veces descomunales, por la justicia, por la verdad y por la paz, como el Cid, con quien solían compararlo sus amigos".

El ex Gobernador, político, parlamentario y diplomático, Rigoberto Henríquez Vera, se expresó así: "Ser dotado de extraordinarias facetas humanas, reunía las más eximias cualidades para distinguirse como genial protagonista de un quehacer cotidiano difícil de superar. Venezolano con un elevado sentido de responsabilidad, sacerdote, escritor, periodista, militar asimilado, tenía necesariamente que cosechar multiplicados frutos en sus delicadas funciones eclesiásticas, intelectuales, castrenses y civilistas". (Rigoberto Henríquez Vera "Cultores y Forjadores Merideños". Publicaciones "RIHEVE", Mérida. 2001).

El Dr. José Humberto Ocariz, trazó en un simpático soneto su semblanza, que dice:

ECCIO ROJO
Cuando entre los buenos oradores
alguien decía, sin reticencia alguna:
al Padre Eccio le roncan los motores
cuando le echa la pierna a la tribuna.

Si le hablamos de edad, arruga el ceño,
impulsando eficaz a "El Vigilante"
demuestra fortaleza de gigante
a pesar que parece tan pequeño.

Es buen amigo y fablistán ameno,
le gusta el vino cuando el vino es bueno
y si lo pican, en respuesta muerde.

Debo aclarar dos cosas de este hermano:
aunque muy merideño, es trujillano
y en colores no es rojo sino verde.
(José Humberto Ocariz E. "Molino de Piedra". Mérida. 1981).

El soneto de Ocariz resalta dos aspectos del Padre Rojo, es trujillano aunque muy merideño y es verdad, porque nació en un hogar de padre trujillano de San Lázaro y de madre merideña de Timotes. Allá, en los desayunos de la casa en Niquitao, cuando era un

muchacho, doña Chela supo combinar el mojo trujillano con la arepa de trigo mucuchicero amasada con las curtidas pero amorosas manos de quien le dio el ser.

Sobre sus coterráneos, Mario Briceño-Iragorry en "Mi infancia y mi pueblo", anota lo siguiente: "Cuando los trujillanos llamamos "tierra de María Santísima" a nuestra región nativa, más que por recordar el mariano y pacifico patrocinio original, o por imitar a los alegres sevillanos, lo hacemos movidos del deseo de testimoniar en forma sencilla el arraigado afecto para nuestro lugar de origen" y prosigue: "No ha sido el trujillano hombre recoleto, pegado con ombligo de bejuco a la montaña nutricia. Cuando sale de sus lides nativas, bien enterrado lo deja, como signo de religiosa unión con la tierra natal, para darse a la vida nacional, sin otro afán que los intereses indiferenciables de la Patria". (Mario Briceño-Iragorry "Obras Selectas". Ediciones Edime, Madrid. 1966).

El Padre Rojo llegó a Mérida muy joven. Venía de sus tierras trujillanas. Aquí se consiguió con una ciudad, como la describe Simón Alberto Consalvi "asentada en una altiplanicie de 1.640 metros sobre el nivel del mar, rodeada por cuatro ríos (el Chama, el Milla, el Mucujún y el Albarregas), que kilómetros después de erosionar los cerros se juntan para perderse en los tremedales adyacentes al Lago de Maracaibo, donde se confunden la tierra y las aguas, donde tierra y aguas forman un estero y pierden su nombre para llamarse

simplemente barro. Al frente de la ciudad está la Sierra Nevada que se recorta en las mañanas en la trasparencia del aire y en los reflejos del sol sobre la nieve". (Simón Alberto Consalvi "Profecía de la Palabra". Tierra de Gracia Editores. Caracas. 1996). Esa ciudad, esos ríos y esas tierras, amén de la Sierra Nevada, todo lo hizo suyo ese trujillano-merideño que se llamó Eccio Ramón Rojo Paredes.

Fue ordenado sacerdote el 25 de abril de 1948 y se acercaba a cumplir los 45 años de vida sacerdotal el 25 de abril de 1993. Días antes acordamos almorzar en el Hotel Prado Rio, muy de sus querencias, para conversar sobre el programa que había dispuesto para conmemorarlos. Quería concelebrar una misa en la Catedral Basílica de Mérida, con sus hermanos más cercanos en el sacerdocio, y luego "sentarse a manteles", una frase típica suya, en un almuerzo familiar que compartiría con unos pocos amigos. Casi al final de la reunión le pregunto: "Por qué no esperas a cumplir los 50 años de sacerdocio y lo celebras por todo lo grande?" Y me respondió con otra pregunta: "Y si no llego?...y no llegó!"

German Briceño Ferrigni, expresó en la oración fúnebre pronunciada en la Catedral Basílica Menor de Mérida en el acto de sus exequias: "Limitare mis palabras…a poner de resalto algunas de las muchas virtudes que adornaron la vida de este hombre singular, pequeño de estatura, enjuto y magro de cuerpo, pero a quien el Señor enriqueció con una inteligencia aguda y poderosa, una ciclópea

reciedumbre espiritual y un enorme y generoso corazón". ("A los Toros" Manual del Aficionado Taurino. Febrero de 1977).

Murió el 2 de noviembre de 1996 a la edad de 72 años. Su hermano, Monseñor Helímenas Rojo Paredes, entonces Obispo de Calabozo, presidió las exequias. En la misa de cuerpo presente celebrada en la Catedral de Mérida, el Dr. Germán Briceño Ferrigni pronunció el Elogio Final y calificó al Padre Eccio Rojo Paredes como nuestro "Pequeño Cid", acertado calificativo, porque el Padre Rojo sigue librando y ganando batallas por Mérida, después de veinticinco años de haber sido sembrado en esta su tierra merideña donde nunca dejó de ser el trujillano raigal de siempre.

ABELARDO RAIDI

Abelardo Raidi nació en Valencia el 25 de diciembre de 1914 y falleció en Caracas el 27 de enero de 2002. Fue periodista, narrador deportivo, empresario de corridas de toros, promotor del turismo y admirador de las mujeres bellas.

Mis primeros recuerdos de Abelardo Raidi datan de cuando era narrador de los juegos del béisbol profesional venezolano. Me remonto a los tiempos del viejo Estadio Cerveza Caracas, propiedad de la empresa cervecera del mismo nombre, y ubicado en la zona de San Agustín de Caracas. Eran cuatro los equipos que disputaban el campeonato y el derecho a representar a Venezuela en la Serie del Caribe: Cervecería Caracas, Magallanes, Vargas y Venezuela, a los que también conocíamos como como los Lupulosos del Cervecería, los Turcos del Magallanes, los Sabios del Vargas y los Patriotas del Venezuela. Los domingos había un doble juego y el primero se iniciaba a las 9:30 de la mañana y el segundo veinte minutos después que terminaba el primero y ambos a nueve ininngs, a veces la transmisión se alargaba hasta las dos o tres de la tarde. Abelardo tenía una manera de narrar muy particular. A la segunda base la llamaba la

base adúltera, porque la cuidan el short stop y el segunda base y cuando el pitcher daba una base por bolas, decía "va a primera suavecito como "Suelespuma" en alusión a unos zapatos de suela de goma muy vendidos en ese tiempo y de nombre "Suelespuma".

Eran los tiempos en que muchos de los jugadores criollos tenían sobrenombres simpáticos: Alejandro "Patón" Carrasquel, Alfonso "Chico" Carrasquel, "Carrao" Bracho y su primo "El Brujo" Bracho, ambos pitchers y zulianos, "El Ovejo" Finol, "Zamurito" Berbesía, "Pipita" Leal, Carlos "Terremoto" Ascanio, Víctor García, primera base, "El hombre de goma", porque se estiraba para fildear las pelotas que le lanzaban los infilders hasta casi pegar las piernas a la base, "Tirahuequito" Machado, Luis "Camaleón" García, "Chucho" Ramos, "El indio" Cueche, Vidal López "El muchachote de Barlovento", "Dumbo" Fernández, "Tarzán" Contreras, el "Cambao" Oliveros, "El Pollo" Malpica, "El Conejo" Fonseca, "Buzo" Nelson, "Colorao" Monasterios, Luis Aparicio "El Grande de Maracaibo" y su hijo Luis "El Junior" Aparicio, y a los jugadores norteamericanos importados también le endilgaban algunos sobrenombres: "Viraito" Anderson, Morris "El flaco" Mozali, "El Galgo" Wade, todos estos del Cervecería Caracas.

El short stop del Venezuela era un venezolano de nombre Pantaleón Espinoza. Muy buenas manos para fildear pero muy malo en el bateo. Se ponchaba con mucha frecuencia y Abelardo lo bautizó "Poncheleón" Espinoza. En un juego de un domingo a Espinoza le

habían propinado los pitchers rivales tres ponches en sus primeros turnos al bate y cuando vino a batear por cuarta vez anunció: "Viene a batear Eliodoro González P." Hago la advertencia de que Eliodoro González P. era el dueño de la fábrica de licores donde se embotellaba el célebre Ponche Crema, "delicia de los paladares venezolanos", como decía la propaganda de este producto en la prensa y en la radio.

No sé por qué pero Abelardo le tenía "tirria" u "ojeriza" a un pitcher venezolano que jugaba con el equipo Venezuela propiedad de Juan Antonio Yánez, "Yanecito", de nombre Julián Ladera y cuando éste lanzaba la bola al home decía "tira el negrejo Ladera y es bola, como siempre". Hago la acotación de que Ladera fue un buen pitcher y llegó a jugar en la Liga AAA de la Asociación Americana de los Estados Unidos con los Sugars Kings, los "Reyes del Azúcar" del empresario cubano Roberto "Bobby" Maduro. Otros venezolanos que jugaban en este equipo fueron Emilio Cueche, Pompeyo Davalillo y "Carrao" Bracho, entre los que recuerdo. Estos juegos estos también los narraba Abelardo Raidi, haciendo su propia versión de lo que escuchaba por radio desde La Habana, sede del equipo.

Abelardo gozaba narrando el béisbol y nosotros, todos muchachos, disfrutábamos de su particular manera de narrar y describir las jugadas por las emisoras de radio de Caracas, porque la televisión no se ocupaba en aquellos tiempos de transmitir el béisbol y es bueno recordar que la televisión llegó oficialmente a Mérida el 9

de octubre de 1964, cuando Radio Caracas Televisión transmitió un especial dedicado a nuestra ciudad y a nuestro estado.

Fue de los primeros narradores de béisbol en la televisión venezolana, precisamente por Radio Caracas Televisión teniendo como comentarista a otro periodista venezolano de renombre, Omar Lares, quien publicaba su muy leída columna "De todo y para todos" en el diario El Universal los días jueves y la columna "Sprit", dedicada a las estrellas del cine y la televisión, los días domingo.

Como dirigente deportivo Abelardo fue el Jefe de la Delegación venezolana en el Campeonato Mundial de Béisbol que se celebró en La Habana en 1941 y que ganó Venezuela, superando en el juego final al equipo de Cuba, con un magistral recital de pitcheo de Daniel "El Chino" Canónico.

El barco que trasladó al equipo venezolano cuando arribó al puerto de La Guaira, fue recibido con salvas disparadas por los buques de nuestra marina de guerra surtos en el puerto y seguido por centenares de pequeñas embarcaciones y ese mismo día el Presidente de la República, General Isaías Medina Angarita, les hizo un homenaje en el Palacio de Miraflores. Es importante destacar que la habilidad de Abelardo Raidi, en su condición de representante de la Delegación de Venezuela, fue fundamental al lograr que el partido final se pospusiera un día más, para que Canónico tuviera también un día más de descanso en su brazo de lanzar.

Abelardo Raidi se destacó fundamentalmente como periodista. Se inició en su Valencia natal escribiendo sobre basketbol en los diarios Mundial y El Cronista.

Durante muchos años fue Director de las páginas deportivas del Diario El Nacional de Caracas y Presidente del Círculo de Periodistas Deportivos de Venezuela. Su columna semanal "La Pantalla de los Jueves" era seguida con especial delectación por quienes queríamos estar informados del acontecer social, deportivo, político y de la farándula de Venezuela y el mundo. Inició la publicación de la columna en el diario El Universal y luego en diario El Nacional, desde la fundación de este periódico en 1943, donde la mantuvo hasta su muerte en el año 2002, casi 61 años.

Como Presidente del Círculo de Periodistas Deportivos de Venezuela, fue el organizador de las exitosas "Corridas de la Prensa" que tuvieron lugar primero en el Nuevo Circo de Caracas y luego, para aprovechar el mayor aforo, en la Plaza Monumental de Valencia, en las cuales hicieron el paseíllo en el ruedo las primeras figuras de la torería de España, Venezuela, México y Colombia, siempre con toros mexicanos porque no se habían iniciado las ganaderías de lidia venezolanas, salvo la de Guayabita, de Juan Vicente Ladera, que muchos años atrás había pertenecido a los hijos del General Juan Vicente Gómez y cuya sangre no había sido renovada con sementales de dehesas españolas.

Abelardo siempre salía retratado con bellas mujeres en las notas sociales, deportivas y taurinas de la prensa nacional.

Según el periodista Néstor Trujillo fue el fundador del Circuito del Magallanes en nuestro béisbol profesional, concurrió a 11 Copas Mundiales de Futbol y fue 237 veces jurado en concursos de belleza, tanto en el Miss Venezuela como en otros reinados de belleza dentro y fuera del país.

En una Corrida de la Prensa, con un buen cartel y toros mexicanos de la prestigiosa ganadería de Reyes Huerta, los toros resultaron sosos y aplomados y ninguno de los seis permitió el lucimiento de los toreros. En esa tarde aburrida, lo único que hizo alegrar y provocar risas a quienes plenaban el Nuevo Circo de Caracas, fue el grito de un aficionado en el tendido de sol: "Abelardo, llévate esos toros para una discoteca".

Era frecuente verlo en los mejores restaurantes de Caracas. En una visita a Caracas de la bella actriz nacida en Túnez y radicada en Francia, Claudia Cardinale, Abelardo la invitó a cenar en el Restaurante Franco de Sabana Grande, del conocido Franco de Andreis. La noticia corrió como pólvora y muchos caraqueños se acercaron al restaurant para entrar, ver a la bella actriz y poder "echar el cuento". La cantidad de curiosos y de pretendidos comensales le dio dos veces la vuelta a la manzana y la mayoría se regresó a sus casas

frustrados al no poder entrar al prestigioso sitio de comidas, donde la proverbial atención de su dueño hacía que el sabor de todo lo que allí se disfrutaba mejorara en todo sentido.

En su columna de los jueves, Abelardo publicaba fotos de actrices y cantantes de fama. No podían faltar la Cardinale y su otra italiana favorita Sophia Loren, y de las cantantes españolas Sarita Montiel, Carmen Sevilla y Lola Flores. La única columna en que no publicó foto de alguna exuberante mujer fue cuando falleció Monseñor Gregorio Adam, Obispo de Valencia, y quien había sido su maestro en el Colegio La Salle de esa ciudad. El mismo Abelardo explicó en su columna que por respeto a su amigo el Obispo Adam, no publicaba la esperada foto de alguna belleza.

Fue un trotamundos y se vanagloriaba de coleccionar pasaportes. Visitó los cinco continentes y conoció 65 países. En el mes de enero de 1988 coincidimos en Madrid en FITUR la Feria del Turismo Internacional que se reúne allí todos los años por esas fechas. Yo asistí en mi condición de Consultor Jurídico de la Asociación Nacional de Hoteles de Venezuela ANAHOVEN, que presidía el empresario merideño Rafael Ramírez Castellano. Nos vimos en varias reuniones y recuerdo que estábamos en el Hotel Meliá Madrid, esperando para entrar al espectáculo de La Scala, cuando se me acercó para decirme que le habían comunicado de Caracas la infausta noticia del fallecimiento de Curro Girón. Creo que fui el segundo venezolano después de Abelardo, que en España se enteró de la ingrata noticia.

El turismo en Venezuela fue siempre noticia en los "tips" de su columna. Abogó por la puesta en marcha de los hoteles de cinco estrellas y de crear las condiciones apropiadas para atraer al turismo internacional.

Cuando estaba por inaugurarse el hotel que estaba construyendo la Corporación Nacional de Hoteles y Turismo de Venezuela (CONAHOTU) en Caraballeda, le iban a colocar el nombre de Hotel Guaicamacuto, no sé si era para unir los nombres del cacique Guaicaipuro y del lugar de ubicación, Macuto. Abelardo le dedicó varias columnas a solicitar se cambiase el nombre escogido y decía que se imaginaba a un gringo tratando de pronunciar tan enrevesado nombre. Por suerte la Cadena Sheraton se hizo cargo de la operación del hotel y le cambió el nombre, se llamó acertadamente Macuto Sheraton.

Cuando la aerolínea VIASA empezó a volar por los cielos de Europa y de América acuño un verbo: "Viasar" y fue el autor del eslogan "En VIASA el tiempo pasa volando". La Juntas Directivas de VIASA y la de AVENSA le otorgaron sendos carnets de cortesía que le permitían viajar en primera clase para todos los destinos, nacionales e internacionales, de estas dos acreditadas líneas aéreas.

Como narrador deportivo obtuvo dos Guaicaipuros de Oro y el Premio Ondas de España por su programa de televisión "El Penthouse de Abelardo".

Fue Presidente de la Asociación de Periodistas de América, Miembro de la Asociación Internacional de Periodistas Deportivos, fundador de la Federación de Periodistas Deportivos de América (ESPEDA), sección continental de la Asociación Internacional de la Prensa Deportiva que instituyó el Premio Abelardo Raidi para premiar a los más destacados reporteros del área.

Perteneció a la Confederación Americana de la Prensa Turística, de la cual fue su primer presidente entre 1973 y 1979, además fue Presidente Honorario del Círculo de Periodistas Deportivos de Venezuela (CPD).

Fue Director de la emisora Radiodifusora Venezuela.

En 1998 fue exaltado al Salón de la Fama del Deporte Venezolano y el 3 de julio de 2003, a un año de su fallecimiento, al Salón de la Fama del Béisbol Profesional Venezolano.

Aunque Abelardo Raidi no fue un hombre político, su columna "La Pantalla de los Jueves" tenía tal alcance en el país y era tan grande el número de lectores, que en las elecciones de año 1963 fue llevado a la Cámara de Diputados en las listas del Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) por el Estado Anzoátegui y en las elecciones de 1968 y en los siguientes tres periodos en las listas de COPEI por el Zulia y el Distrito Federal.

Fue un diputado conciliador y respetado por las demás fracciones representadas en el Congreso Nacional y siempre fue electo por unanimidad Presidente de la Comisión de Turismo de la Cámara de Diputados.

Cuando el Presidente Rafael Caldera inició su primer periodo presidencial en 1969, le ofreció a Abelardo Raidi la Dirección de Turismo del Ministerio de Fomento o la Presidencia de la CONAHOTU, la empresa del estado venezolano propietaria y operadora de la red hotelera integrada por los hoteles Maracay, Cumanagoto en Cumaná, Miranda en Coro, Bella Vista en Margarita, Trujillo, Llano Alto en Barinas, Moruco en Santo Domingo, Prado Río en Mérida, Aguas Calientes en Ureña y El Tamá en San Cristóbal, además del Teleférico de Mérida. No aceptó el ofrecimiento para no comprometer su independencia política, pero apoyó siempre todas las iniciativas de Diego Arria, designado luego por el Presidente Caldera como Presidente de la CONAHOTU, hoy CORPOTURISMO.

Aprovechaba la coincidencia de su cumpleaños, 25 de diciembre, con la fiesta de Navidad, para reunir en su Quinta "Chulísima" de la Urbanización Cerro Verde de Caracas, a sus amigos y relacionados de las esferas políticas, social, económicas, artísticas y de la farándula. En uno de esas fiestas, entre los invitados, estaban el Presidente Caldera, el Dr. Gonzalo Barrios, Presidente de AD, el Dr. Jóvito Villalba, Secretario General de URD, el empresario Eugenio Mendoza y nuestro artista Simón Díaz. La simpática fotografía de ese

grupo al cual se agregó el anfitrión en una demostración de cordialidad y acercamiento político, fue destacada en la primera página del diario El Nacional del día siguiente y en las sociales de los demás diarios caraqueños.

Cuando estábamos en plena construcción de la Plaza de Toros de Mérida, que hoy lleva el nombre de Román Eduardo Sandia, invitamos a los periodistas taurinos de los diarios de Caracas. Vinieron José Cabello Arizaleta, quien firmaba sus crónicas y fue siempre conocido como Pepe Cabello, don Antonio Aragón, José Vicente Fossi, los corresponsales de las agencias internacionales EFE de España y ANSA de Italia, dos periodistas de apellido Navarro, españoles y que advirtieron que no tenían nexos de familia y por supuesto, Abelardo Raidi. La tarde anterior tuvimos una reunión de trabajo en el Hotel Prado Rio para planificar la bienvenida y el programa para agasajar a los visitantes.

Los recibimos en el aeropuerto. La aerolínea Avensa había obsequiado los pasajes y el Hotel Prado Río y su Gerente don Virgilio Angulo Mata, el hospedaje. Ya habíamos acordado que cada miembro de la Junta de Ferias y Fiestas tendría a su cargo uno de los periodistas, a mí me correspondió atender a José Vicente Fossi del diario La Esfera y de la Cadena Capriles.

Del aeropuerto fuimos al Hotel Prado Río donde los invitados disfrutaron de un desayuno que incluyó huevos a la ranchera, arepas de trigo paramero, mantequilla criolla de El Vallecito, café y jugo de naranja. Luego los llevamos a conocer la nueva Mérida que, gracias al esfuerzo de los empresarios merideños, se estaba iniciando.

El almuerzo fue en el Mérida Turismo, hoy sede del Club Demócrata, obsequiado por su propietario Nectario González, y luego visitamos el Hotel La Pedregosa, entonces en construcción, al Mérida Country Club, recién inaugurado, y finalmente nos acercamos a la joya de la corona, la Plaza de Toros, con sus graderíos y encofrados apenas levantándose. Román Eduardo Sandia, el ingeniero residente de ese coloso, expuso con lujo de detalles el proyecto del coso taurino y atendió las preguntas que se le hicieron en relación a la obra. Don Marciano Uzcátegui Urdaneta, Presidente de la Junta de Ferias explicó el programa, apenas incipiente, de lo que se pensaba hacer en esa Feria de la Inmaculada, que así se denominaban las Ferias de Mérida antes de llamarse Ferias del Sol.

Abelardo Raidi fue un enamorado de Mérida y creo que también de las mujeres merideñas. Desde el primer momento se emocionó con Mérida y con nuestra Plaza de Toros. Nos sugirió un lema "Una Feria Cumbre en las Cumbres" para esa Feria de la Inmaculada, y así se colocó en las vallas que se contrataron con la empresa Publicidad Vepaco, y que fueron ubicadas en puntos

estratégicos de Caracas y en las principales carreteras que conducían a Mérida, con un hermoso toro saliendo del ruedo, diseñado por Manuel de la Fuente.

En sus diversos viajes a nuestra ciudad, Abelardo Raidi se paseó por nuestros páramos, disfrutó de los paisajes, trató con la gente humilde y trabajadora del Mercado Principal, fue a la Plaza de Toros y allí vio a los estudiantes enferiados que lo reconocieron y saludaron con especial cariño.

En una de sus visitas lo acompañé a visitar diversos sitios de la ciudad, entre ellos el Parque de los Chorros de Milla y el Parque Acuario y recuerdo que, en el Libro de Visitantes de este singular atractivo turístico, en aquel entonces con peces de los diversos ríos y lagunas de la región y del país en sus múltiples acuarios, estampó una simpática frase: "Mérida, deja que te mire y te admire".

Cuando cumplió cincuenta años al frente de las páginas deportivas de El Nacional, hizo un recuento de su historia periodística, evocó muchas de sus columnas de prensa y demostró una vez más su gran afecto por nuestra ciudad cuando escribió algo memorable: "Mérida es la ciudad que le encargó Dios a Walt Disney". Que mejor elogio para nuestra ciudad que esta frase de Abelardo Raidi, periodista, parlamentario, taurino, y sobre todo un eterno enamorado de la bella Mérida.

MARTHA SALDIVIA DE SANDIA

Martha Gisell Saldivia Chaar nació en Barquisimeto y pronto fue llevada a la pequeña población de Guarico, en el mismo estado Lara, donde sus padres Juan Abraham Saldivia y Layla Chaar, ambos de origen libanés, habían establecido un fondo de comercio.

Guarico tiene extensas siembras de café, hortalizas y frutos menores y ganadería de leche en menor escala y está ubicada a unos cuantos kilómetros de la capital del estado. Es la menor de dos hermanas. Estudió la primaria en el Colegio María Auxiliadora de las hermanas salesianas en Barquisimeto y luego en el Liceo Lisandro Alvarado donde obtuvo el título de Bachiller. Con 18 años y el pergamino de bachiller en la mano se vino a Mérida y se inscribió en la Facultad de Ingeniería Civil en una época en que pocas muchachas estudiaban esta carrera ya que la mayoría de ellas prefería las carreras de derecho, odontología, farmacia y bioanalisis y hasta medicina.

En Mérida vivió en sus tiempos de estudiante en las Residencias Teresianas, regentada por las hermanas religiosas de la comunidad Teresiana, que estaba situada en el Edificio Del Olmo, donde hoy funciona el Hotel Plaza en la Avenida 5. Fueron sus

compañeros de estudio Marcos Rodríguez, José Antonio Masini, Francisco Chiquino González, Enrique Vilela y Román Eduardo Sandia entre otros. Los profesores de la Facultad de Ingeniería Civil eran todos muy destacados, entre ellos Luis Fargier Suárez, Leopoldo Garrido, Manuel Padilla, Miguel González Jaimes, Francisco Lluch, Andrés Zabroski, Rosendo Camargo y Roberto Vargas. Se graduó en la Promoción de Ingenieros Civiles "Lic. Roberto Vargas" en el año 1960. En ese mismo año contrajo matrimonio con quien había sido su compañero de estudios Román Eduardo Sandia Briceño. Tuvieron seis hijos Román José, ingeniero civil y politólogo, Ignacio Javier, médico siquiatra, María Elena, abogado, y Beatriz Elena, Gabriel Eduardo y Marta Elena, ingenieros civiles.

Su esposo Román Eduardo Sandia Briceño tuvo una destacada actuación en la comunidad merideña, fue Ingeniero Adjunto y luego Director de Obras Públicas del Estado Mérida, Encargado de la Secretaría General de Gobierno y Presidente de la Corporación de los Andes (Corpoandes). Presidente del Colegio de Ingenieros del Estado Mérida. Fue factor fundamental en la construcción de la Plaza Monumental de Toros de Mérida que hoy lleva su nombre y Secretario General del Complejo Recreacional Albarregas (COREALSA), hoy COREMER, propietaria del coso taurino.

Román Eduardo, siendo Presidente de Corpoandes, y en un vuelo del Aeropuerto de La Carlota a Mérida, en la avioneta siglas YVO-CAD-1, no llegó a su destino. Pese a todos los esfuerzos desplegados desde el momento en que se supo la infausta noticia y a la colaboración de organismos públicos y privados, de familiares y amigos, el pequeño avión solo pudo ser localizado 37 años después, estrellado en la Sierra de La Culata en las cercanías de Mérida. El piloto el Capitán León y su único pasajero Román Eduardo, perecieron en el accidente. Martha se hizo cargo de sus seis hijos a quienes educó en el Colegio La Salle y luego en la Universidad de los Andes, en la cual se graduaron en las carreras que habían escogido y hoy son todos profesionales exitosos. Fue profesora fundadora de la Facultad de Arquitectura y se le recuerda como una magnífica profesora en la Facultad de Ingeniería Civil en la cual fue Miembro del Consejo de la Facultad, Jefe de Departamento, Directora y luego Decana. Ha sido la única mujer Decana de la Facultad de Ingeniería Civil desde su fundación en el año 1932. Ocupó cargos de importancia en la ciudad entre ellos Concejal y Administradora en el Concejo Municipal del Distrito Libertador. Senadora por el Estado Mérida en el extinto Congreso Nacional y como tal su representante en el Primer Congreso Interparlamentario Árabe Mundial.

Fundadora de la Asociación de Guías Scouts en el estado Mérida. Ha sido una mujer firme y discreta que supo llevar adelante a los seis hijos que le quedaron cuando desapareció su esposo, Román

José, el mayor, fallecido hace pocos años, apenas tenía ocho años cuando desapareció la avioneta en que venía su padre a Mérida. Fue una buena esposa y madre ejemplar. Hoy, jubilada de sus compromisos universitarios se mantiene activa como integrante de diversas asociaciones civiles, religiosas y comunales, y disfruta, en la tranquilidad de su casa de la Urbanización Santa María, del cariño y del respeto de los vecinos y de quienes bien la conocen en la comunidad merideña. Sus hijos, nietos y bisnietos, hoy regados en varios continentes, la reciben cuando los visita con la alegría de una navidad permanente porque como las mujeres de Israel saben que es sabia y prudente y les lleva su corazón lleno de esa ternura que solo las madres pueden prodigar.

ZOILA TERESA DÍAZ

Hablar de Zoila Teresa Díaz es remontarse a la Mérida de hace muchos años. Fue una mujer polifacética.

La recuerdo con su sencillo pero elegante vestir cuando ingresaba, muy temprano en las mañanas, para iniciar sus tareas en la Dirección de Administración de la Universidad de los Andes, antes en el vetusto edificio que albergaba las oficinas del Rectorado y luego en el Edificio Central luego de su inauguración en diciembre de 1956, siendo Rector el Dr. Joaquín Mármol Luzardo.

Además de sus labores como miembro del personal administrativo de nuestra máxima casa de estudios, Zoila Teresa formaba parte del Orfeón Universitario que en esos años estuvo bajo la dirección del Profesor Luis Arconada Merino.

También formó parte del Teatro de la Universidad de los Andes, dirigido también por el Profesor Arconada. En el Teatro Universitario, hoy denominado Teatro "César Rengifo", la vi desempeñar papeles como actriz dramática en el escenario y por eso es una de las figuras del Mural que está en el foyer de la sala, junto

con otras personas vinculadas a la actividad teatral universitaria de esos tiempos.

Zoila Teresa fundó en Mérida el primer instituto, si se le puede dar ese nombre ahora, en que se daban clases de contabilidad aplicando las normas conocidas sobre esa materia. Fueron muchos los alumnos que allí estudiaron y que luego tuvieron un medio de subsistencia en el restringido mercado laboral de la época.

Le gustaba la política ejercida como actividad de los que rigen o aspiran a regir los asuntos públicos y como arte, doctrina u opinión referente al gobierno local, regional o nacional y como actitud del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto o de la manera más adecuada para alcanzar el bien común.

Fue fundadora del partido Acción Democrática en Mérida como simple militante y por eso su nombre no figura entre los personeros que dieron inicio a ese partido cuando fue legalizado el 28 de mayo de 1942, firmando la solicitud de legalización Rigoberto Henríquez Vera, Víctor Olegario Carnevali, Luis Felipe Barreto, Benjamín de Jesús, Mauricio Molero, Milton Provenzali Heredia y Jesús Leopoldo Sánchez, según refiere el historiador Jesús Rondón Nucete en su libro "Acontecer de Mérida".

Su militancia en Acción Democrática se mantuvo incólume llegando a ocupar la Secretaria de Asuntos Femeninos en el Comité Ejecutivo Seccional. Fue postulada en las planchas de este partido para la Asamblea Legislativa del Estado Mérida.

Cuando el viejo caudillo y fundador de Acción Democrática el Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa se deslindó de este partido y creó tienda aparte con el Movimiento Electoral del Pueblo, el MEP, Zoila Teresa siguió al Maestro Prieto. Figuró entre los líderes en el estado junto con José Miguel Monagas, Alberto Newman, Justo Miguel Bonomie, Mario Camejo Oberto y Manuel Eloy Calderón, solo para nombrar a los más importantes dirigentes de este partido.

En las elecciones del año 1968, en las cuales el Dr. Rafael Caldera fue llevado a la presidencia de la República con los votos mayoritarios del Partido Social Cristiano COPEI e independientes y en las cuales también el Dr. Prieto Figueroa fue candidato presidencial, Zoila Teresa fue electa Concejal del Distrito Libertador del Estado Mérida en las planchas del MEP. Fue una Concejal receptiva a los planteamientos de los problemas de los merideños, no solo de los militantes de su partido sino de cualquiera que se le acercara a solicitarle que interviniera para solucionar las carencias de los habitantes de los barrios que iban creciendo en la periferia de la ciudad.

Siempre mantuvo relaciones cordiales con los directivos de los demás partidos políticos que hacían vida en la ciudad y en el estado. Cuando el partido socialcristiano COPEI festejaba la fecha aniversario los 13 de enero de cada año, casi siempre con una recepción de casa abierta en los salones del Hotel Prado Río, era grato ver a Zoila Teresa fundirse en un fraternal abrazo con los líderes copeyanos como Germán Briceño Ferrigni, Carlos Febres Poveda, Luciano Noguera Mora o Edmundo Izarra y pasearse y confundirse con los asistentes con una sonrisa de afecto y solidaridad.

Zoila Teresa Díaz fue una mujer festiva en el mejor sentido de la palabra. Formó parte de las Juntas de Ferias y Fiestas de la Inmaculada que después se transformaron en las hoy exitosas Ferias del Sol. Como unía cordialidad y seriedad, estuvo vinculada a las elecciones de las Reinas de las Ferias, por eso disfrutaba cuando alguien acuñó una frase que la identificaba como la "Reina Madre". Se le veía en las corridas de toros de nuestra Plaza Monumental "Román Eduardo Sandia" derrochando gracia y simpatía, asistía a los templetes de los barrios de la ciudad, a las fiestas de los hoteles y clubes, a los almuerzos que se brindaban a los visitantes con asistencia de periodistas, empresarios, ganaderos, apoderados y todo lo que tuviera relación con el llamado "mundo del toro". Era la "Reina Madre" a la cual los asistentes a estas reuniones se acercaban a saludar porque siempre tenía una sonrisa y una frase amable para todos.

Esta es la Zoila Teresa Díaz que yo recuerdo. Zoila Teresa dejó su impronta en esta ciudad a la que dedicó sus mejores esfuerzos y se destacó siempre por su don de gentes, su servicio a la comunidad y debe ser catalogada como una de las llamadas Figuras de la Merideñidad.

EDECIO LA RIVA ARAUJO

Edecio La Riva Araujo nació en Timotes el 23 de abril de 1921 y falleció en Caracas en el año 1997.

Se están cumpliendo veinticinco años de su fallecimiento. Fue fundador y Primer Vicepresidente del partido Social Cristiano COPEI, fogoso parlamentario, Embajador en Francia, Gobernador del Estado Mérida y autor del libro Elogio de la Adulancia, de varias ediciones.

Al fallecimiento del dictador Juan Vicente Gómez el 17 de diciembre de 1935, le sucede en la presidencia el General Eleazar López Contreras, su Ministro de Guerra y Marina. López Contreras fue ratificado el siguiente año por el Congreso Nacional y cumplió con el mandato entre los años 1936 a 1941.

Fueron tiempos difíciles, regresaron los exiliados y se abrieron las cárceles gomecistas.

Se organizaron los primeros sindicatos, los partidos políticos y en la Universidad Central de Venezuela los estudiantes se agruparon en torno a la Federación de Estudiantes de Venezuela (FEV) bajo la dirigencia de Raúl Leoni, Jóvito Villalba, Miguel Otero Silva, Kotepa Delgado, unos jóvenes y otros no tan jóvenes, casi todos integrantes de la llamada "Generación del 28" que había luchado valerosamente

en las calles y sufrido cárceles y torturas por sus protestas contra la dictadura del llamado "Hombre de La Mulera".

Las ideas marxistas de los dirigentes de la FEV con los propósitos de eliminar la educación católica de las escuelas privadas y la solicitud de expulsar a la Compañía de Jesús, a los jesuitas del país, chocaron pronto con los jóvenes provenientes de las familias católicas que estudiaban en las únicas universidades venezolanas, la Universidad Central de Venezuela y la Universidad de Los Andes.

En el Senado de la República, el Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa presentó el 25 de abril de 1936 un Proyecto de Ley de Educación Nacional que fue considerada lesiva a la libertad de enseñanza y fundamentalmente a la enseñanza privada y religiosa. El polémico Proyecto de Ley suscitó enconados debates, no solo en la Cámara del Senado, sino en los periódicos y en el seno de las agrupaciones sociales del país. El Proyecto de Ley pronto contó con el apoyo de Jóvito Villalba desde la Federación de Estudiantes de Venezuela. Rafael Caldera enfrentó el Proyecto de Ley en forma decidida. La unión de los estudiantes universitarios y también de los liceístas ya no fue posible y la división en dos sectores claramente identificados, el uno marxista y el otro católico, fue indetenible.

Los jóvenes Rafael Caldera, Pedro José Lara Peña, Eduardo López de Ceballos, Carlos Rodríguez, Víctor Manuel Giménez Landínez, Lorenzo Fernández en Caracas y en Mérida Víctor Muller

Masini, Jaime Fossi Villasmil, Plinio Alterio, Manuel Cardozo, Abel Santos y Héctor Ramírez Méndez, a los cuales pronto se agregaron José Román Duque Sánchez, José Desiderio Gómez Mora, Homero Sánchez Berti, Pedro Vetancourt Lares, Luis González Berti, Elbano Paredes y muchos otros, renunciaron a la Federación de Estudiantes de Venezuela y crearon la Unión Nacional Estudiantil (UNE).

Transcurridos unos cuantos años, los jóvenes que iniciaron la Unión Nacional Estudiantil (UNE) fueron posteriormente dirigentes del Partido Social Cristiano COPEI, que se fundaría el 13 de enero de 1946, después del golpe militar que derrocó al General Isaías Medina Angarita el 18 de octubre de 1945 y que llevaría a la Presidencia de la República a Rómulo Betancourt, al frente de lo que se llamó la Junta Revolucionaria de Gobierno.

En el año 1946 se celebraron elecciones para elegir diputados a la Asamblea Nacional Constituyente. El Br. Edecio La Riva Araujo, estudiante universitario, fue electo diputado por el Partido Unión Federal Republicana (UFR) y uno de los más jóvenes representantes a esa Constituyente. En las elecciones de 1947, ya graduado de abogado, fue también diputado al Congreso Nacional por el Partido Unión Federal Republicana (UFR). Es de advertir que UFR fue un grupo político regional fundado en el Estado Mérida por el Dr. Hugo Parra Pérez y por el General Golfredo Masini y tuvo entre sus dirigentes a José Rafael Febres Cordero, Humberto Ruiz Fonseca, Armando González Puccini, Homero Sánchez Berti, José Ramón Barrios Mora,

Carlos Quintero Delgado, Ramón Gómez Castro, Augusto Gabaldón Parra, Luis Enrique Dávila, Pablo Celis Briceño, Francisco Fonseca, Carlos Febres Poveda, José Rogerio García y Pedro Vetancourt Lares.

También UFR dio cabida a las damas y en su Comité Femenino figuraron Gozzi Lares de Hilzinger, Clara Muraccioli de Dávila, Cira Dávila de Parra Pérez, Consuelo Parra de Celis, Clara de Ruiz, Sofía de Febres Cordero y Josefa Elina Fonseca de Dávila.

Unión Federal Republicana (UFR), el llamado "Fru Fru" fue la simiente del Partido Social Cristiano COPEI en el Estado Mérida. En COPEI, Edecio La Riva Araujo ocuparía posiciones importantes, llegando a ser Primer Vicepresidente del Comité Nacional del Partido.

Tengo un especial recuerdo de Edecio La Riva Araujo cuando se celebró la Primera Convención de la Juventud Revolucionaria Copeyana la JRC, aquí en Mérida a finales de 1958, en la vieja casa del partido que estaba ubicada en la Avenida 4 donde hoy está la Agencia Centro del Banco de Venezuela. Asistí como delegado de los estudiantes del Colegio San José, los otros delegados fueron José Rafael Pérez Febres y Luis Alberto Celis Dávila, todos cursantes de bachillerato. El Director de Debates fue el joven estudiante de cuarto año de derecho, Jorge Francisco Rad Rached.

En el acto de clausura de la Convención y como estábamos disfrutando del llamado "Espíritu del 23 de enero", se colocaron cuatro sillones en la tarima de oradores los cuales fueron ocupados por el Dr. Carlos Febres Poveda, Presidente de COPEI, el señor Víctor Olegario Carnevali, en representación de Acción Democrática, el Dr. Ramón Mazzino Valeri, de Unión Republicana Democrática, y el bachiller Chajin Buaiz, del Partido Comunista de Venezuela. Estos partidos políticos eran los cuatro pilares que sostenían el precario edificio de la democracia venezolana en esos tiempos. Edecio La Riva Araujo, como Delegado del Comité Nacional del Partido, clausuró la Convención con una vehemente intervención sobre el papel de la juventud venezolana y las responsabilidades que teníamos que asumir en esos difíciles tiempos que se avecinaban, si queríamos consolidar la democracia apenas en ciernes. Al final no solo recibió los atronadores aplausos de los militantes del partido, sino las felicitaciones de los dirigentes de las otras agrupaciones políticas que estaban allí presentes.

En las elecciones que se celebraron en 1958 y en los quinquenios sucesivos, Edecio La Riva Araujo fue Senador por COPEI y se distinguió por sus fogosas participaciones en la Cámara del Senado. Como Miembro de la Comisión de Defensa y cuando solicitaba el derecho de palabra en las sesiones en que se discutían los ascensos a

los grados superiores de Generales y Almirantes, todos estaban pendientes porque unía a su encendido verbo, inteligencia, conocimiento, gracia, sarcasmo y un uso sin igual del idioma español.

Durante los días 29, 30 y 31 de octubre de 1965 se celebró en Timotes la III Convención Regional de Municipalidades que reunió a los representantes de los ocho Concejos Municipales del Estado Mérida. La organización de la Convención estivo a cargo del Instituto de Cooperación y Ayuda Técnica de los Concejos Municipales del Estado Mérida (INCOATE), del cual era Director General el Dr. Luciano Noguera Mora y yo era Secretario Ejecutivo. Se designó Presidente de la Convención al Dr. Ramón Beltrán Espinoza del Concejo Municipal del Distrito Miranda y como Secretario al Br. Adolfo Paolini Pizani, delegado del Concejo Municipal del Distrito Libertador. Eran tiempos de cordialidad democrática y munícipes de los partidos Social Cristiano COPEI y de Acción Democrática y algunos independientes, se repartieron por igual las presidencias y secretarías de las distintas Comisiones. De la Dirección Nacional de COPEI vinieron a esa Convención Edecio La Riva Araujo, Primer Vicepresidente, Carlos Villarroel, Secretario Nacional de Asuntos Municipales y Luis Alberto Machado y Eduardo Acosta Hermoso, quienes presentaron ponencias sobre comportamiento social y política petrolera, respectivamente. El Ingeniero Fortunato Adrián, Director de la Zona del MOP y figura destacada de AD a nivel regional, fue otro de los invitados especiales.

El Dr. La Riva Araujo dictó una conferencia sobre el sentido y vigencia de los Concejos Municipales en la prestación de los servicios públicos y la importancia de que los ayuntamientos atendieran las necesidades de los pobladores de las aldeas y comunidades alejadas de las capitales de los distritos y que debían estar pendientes de sus peticiones de escuelas, medicaturas rurales, viviendas, caminos, puentes y vías de penetración, para tratar de buscarles solución mediante acuerdos con el gobierno regional en materia presupuestaria. Fue agradable verlo tratar con cordialidad y afecto a los convencionistas y particularmente a sus paisanos timoteros.

Pocos recuerdan que Edecio la Riva Araujo fue Embajador en Francia en el primer gobierno de Rafael Caldera.

Edecio La Riva Araujo fue precandidato en las elecciones internas de COPEI para elegir al sucesor de Caldera en las elecciones de 1973, utilizando como recurso de propaganda el símbolo de "El Machete".

En esa Convención Nacional, celebrada en el Teatro Radio City de Caracas, compitieron por la candidatura presidencial Lorenzo Fernández, Luis Herrera Campins, Arístides Beaujon y Edecio la Riva Araujo. En la primera votación los que recibieron mayor apoyo fueron Lorenzo Fernández y Luis Herrera Campins, quienes fueron a la segunda vuelta. Beaujon dejó a sus partidarios en libertad para votar por el candidato que les pareciera más conveniente. Una comisión del

Comando de Campaña de Lorenzo Fernández fue a solicitarle a Edecio La Riva los votos de sus seguidores para la candidatura. Edecio los recibió de la manera más cordial y les prometió los votos, pero dijo algo muy interesante: "Que venga Lorenzo a entrevistarse conmigo" y así fue. Lorenzo Fernández, fue al hotel cercano donde se encontraban Edecio y los suyos y después de un gran abrazo y de una conversación a solas, los votos de "El Machete" fueron a engrosar a los de Lorenzo para imponerse en la contienda interna de COPEI.

En esas elecciones nacionales para el período 1973-1978, celebradas en diciembre de ese año, se impuso el candidato presidencial de Acción Democrática Carlos Andrés Pérez.

Cinco años después, en el péndulo de la política venezolana, triunfó en la lid electoral el candidato de COPEI Luis Herrera Campins, quien fue Presidente durante los años 1978-1983. Edecio La Riva Araujo fue uno de los Gobernadores del Estado Mérida en ese periodo de mandato copeyano.

Interlocutor agudo y simpático, tenía una teoría de lo que denominaba "el homo adecus" y decía que los adecos habían nacido en el paraíso terrenal en presencia de Adán y Eva y desarrollaba el tema y lo aplicaba a las frutas, a los animales, al cuerpo humano, a los días de la semana, a todo lo que se le iba ocurriendo en una historia de nunca acabar que provocaba la hilaridad de quienes lo escuchaban.

Era un invitado frecuente en los programas de televisión matutinos con unas respuestas rápidas y graciosas. En una de esas entrevistas y en el programa de Carlos y Sofía Rangel le preguntó Carlos que cuándo se había dado cuenta de que COPEI ya no era gobierno y ya no estaban en el poder y respondió: "Cuando me llamaron del Banco Industrial para cobrarme un pagaré que tenía vencido". El director del programa tuvo que "ponchar" la cámara para que no se vieran las carcajadas de los entrevistadores y del propio Edecio.

Edecio La Riva Araujo, en sus polifacéticas andanzas, escribió el libro "Elogio de la Adulancia", que tuvo el mérito de haber sido muy bien recibido por los lectores en el país, políticos y no políticos.

Dice Edecio en su libro que la adulación es un verdadero arte y forma parte de la propia naturaleza humana y se encuentra diseminado en toda la geografía nacional. Señala que hay varios tipos de adulante entre los cuales sobresalen los de "toga y birrete". Según el autor, adulador es el que ejerce este oficio y adulado el que lo recibe y ambos son abominables. Cita a Dante Alighieri y dice que éste situaba a los aduladores al lado de los cínicos y los hipócritas, los ladrones y los de igual ralea, condenándolos en las pailas del infierno y que cuando eran freídos, el olor que emana es espantoso y nauseabundo.

Edecio La Riva Araujo fue un personaje importante de la política venezolana. Congresista, Embajador, Gobernador de Estado, líder nacional de su partido y uno de los mejores tribunos de su tiempo, porque fue el orador político que mejor sabía cómo arengar a las masas con su elocuencia fogosa y apasionada.

He tenido en Timotes muchos amigos, entre los cuales quiero destacar fundamentalmente a tres de ellos: Mi compañero de estudios universitarios Luis Alfredo (Tito) Rivas Mazzei, la empresaria Benita Araujo de Chacón y Edecio La Riva Araujo, los tres timoteros y fervientes devotos del Patrono del Pueblo: San Benito.

ARÍSTIDES CALVANI

EL AMIGO

Conocí a Arístides Calvani por los lejanos días de diciembre de 1959 en la antigua sede del Colegio San Ignacio de Loyola de Caracas, entre las esquinas de Veroes y Jesuitas, y como en las tardes de alternativa en las plazas de toros tuve un testigo de excepción, el joven estudiante de bachillerato Román José Duque Corredor.

Por razones familiares tuve que viajar a Caracas en ese mes y le había solicitado a Román José que me consiguiera una entrevista con el Padre Damborriena, sacerdote jesuita, quien había sido el último Director de Orientación Profesional en mis estudios en el Colegio San José de Mérida. Román José estudiaba el último año de bachillerato en el Colegio San Ignacio, en los espacios de la Facultad de Derecho de la Universidad Católica Andrés Bello, que aún no se había mudado para sus modernas edificaciones de la zona de Montalbán, en la zona oeste de la ciudad capital.

En la búsqueda de las proyecciones profesionales más cónsonas con nuestras aptitudes y habilidades, y siempre orientados por un sacerdote jesuita de vasta experiencia en la materia, habíamos llenado múltiples encuestas en ese sentido los jóvenes que

cursábamos estudios en el Colegio San José. Esas encuestas las iniciamos en 6º grado y las culminamos en 5º año de bachillerato con dos evaluaciones, una en 3º año para escoger entre Ciencias y Humanidades, y otra en 5º año para definir la carrera universitaria.

En el cuestionario del último año de bachillerato había señalado Estudios Internacionales (Diplomacia), Economía y Derecho, en ese mismo orden, como mis opciones en la Universidad. Deseché Estudios Internacionales (Diplomacia), porque hubiera significado tener que trasladarme a Caracas para cursarla en la Universidad Central de Venezuela, lo que desde el punto de vista económico y familiar no me era fácil.

Economía se había iniciado en nuestra Universidad de los Andes en 1958, por lo cual yo entraría a ser uno de los primeros estudiantes de esa carrera, circunstancia que pesó para que tampoco me inscribiera en esa Facultad y finalmente seleccioné Derecho porque estaba consolidada en nuestra Universidad desde hacía muchos años y al graduarme de abogado tenía la posibilidad de ejercerla en Mérida y en cualquier otra parte del país. Para el momento de la entrevista con el Padre Damborriena era yo un novel estudiante de primer año de Derecho en la Universidad de Los Andes.

El Colegio San José como institución jesuítica veló siempre porque sus alumnos estuvieran claros en la carrera universitaria que deberían escoger, y por ello era obligatorio llenar las encuestas y

cuestionarios de la Dirección de Orientación Profesional. Al escoger la tercera opción, Derecho, tuve mis dudas y nada mejor para aclararlas que entrevistarme con el Padre Dambiorriena.

De allí mi solicitud a Román José para la cita con el respetado sacerdote jesuita. Demás está decir que el Padre Damborriena me instó a seguir la carrera de derecho y cuando recibió mi tarjeta de invitación al grado de abogado me escribió una hermosa carta de felicitación, que aún conservo, augurándome éxitos en el ejercicio profesional.

El Padre Ángel Dambiorriena había nacido en Echalar (Navarra) en 1919, ingresó a la Compañía de Jesús en 1936, se ordenó sacerdote en 1952 y pronunció sus últimos votos el 2 de febrero de 1955. Licenciado en Filosofía por la Universidad Javeriana de Bogotá, Licenciado en Teología por la Universidad de Chicago, Estados Unidos de América, y Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Javeriana de Bogotá. Estudió además en la Universidad Gregoriana de Roma (1). Cuando le solicité la cita ante mis dudas sobre la carrera universitaria, era Profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica Andrés Bello de la cual fue posteriormente Director.

En plena entrevista con el Padre Damborriena y estando presente Román José, mientras compartíamos un café, se acercó el Dr. Calvani, quien llegaba presuroso a dictar su clase de Sociología

Jurídica en la Facultad de Derecho. Nos presentó el Padre Damborriena e intercambiamos unas breves palabras, casi todas preguntas sobre sus amigos y colegas profesores de la Universidad de Los Andes, particularmente los que comulgaban con su mismo credo socialcristiano, como los doctores Carlos Febres Pobeda, Germán Briceño Ferrigni, Luciano Noguera Mora y José Juan Rivas Belandria.

Después fueron muchas las oportunidades en que hablé con el Dr. Calvani y tuve la satisfacción de atenderlo en algunas de sus visitas a nuestra ciudad. En el proceso electoral de 1968 dirigí en Mérida, y puedo decirlo orgullosamente, en forma relevante, lo que fue llamado el PEX, el Programa Extraordinario de Gobierno. Se dictaron conferencias por reconocidos expertos en las diferentes materias para elaborar el Programa que sería presentado a los electores y que culminaría con la elección de Rafael Caldera a la presidencia de la República. El PEX estaba orientado fundamentalmente a los independientes de tendencia socialcristiana. Viajé con frecuencia a Caracas y en la vieja Casa Nacional de Copei, de Mercedes a Mijares, asistí a muchas reuniones con los Directores Nacionales del PEX, los doctores Lorenzo Fernández, Arístides Calvani y Enrique Pérez Olivares y con el Coordinador Nacional Ramón Illaramendi.

Ya en la presidencia del Dr. Rafael Caldera, tuve la oportunidad de compartir un almuerzo en el Hotel El Conde con el Dr. Lorenzo Fernández, Ministro de Relaciones Interiores y con el Dr. Arístides

Calvani, Canciller de la República. En una mesa del restaurante y discretamente alejados de los demás comensales, departimos gratamente los tres. Hablamos de todo, de política, de los logros y otros no tanto del gobierno, y de Mérida. En uno de los apartes me ofreció el Canciller el cargo de Segundo Secretario de la Embajada de Venezuela en Bélgica, lo rechacé alegando que no sabía inglés y todavía me acuerdo cuando me dijo el Canciller Calvani: "Álvaro, te conozco lo suficiente para saber que si te vas para Bruselas, en tres meses estarás en capacidad de hablar en inglés con el mismo rey Balduino". No acepté la designación. De haber dado mi asentimiento para el cargo y continuado la carrera diplomática, a lo mejor estaría integrando la bancada de diplomáticos jubilados de la Academia de Mérida, que hoy preside en solitario y con garbo y solera, nuestro apreciado amigo el académico José Manuel Quintero Strauss.

EL CANCILLER

En tiempos antiguos se llamaba Canceller al canciller o secretario del sello real, la Cancellería era la Oficina real donde antiguamente se registraban los despachos y provisiones y Cancellero es el nombre ya arcaico del canciller real.

La palabra Canciller denominaba antiguamente al secretario del rey, a cuyo cargo estaba la guarda del sello real. El empleo fue creado en España por Alfonso VII. Hoy se da el nombre de Canciller al ministro que dirige las relaciones internacionales de un país. En Alemania y en algún otro país, es el Jefe de Gobierno o Presidente del Consejo de Ministros (2).

Arístides Calvani fue acertadamente nombrado Ministro de Relaciones Exteriores por el Presidente Rafael Caldera en su primer gobierno (1968-1973) y lo acompañó durante todo el quinquenio presidencial. En las elecciones de diciembre de 1968 y en la historia de Venezuela se dio por primera vez el caso de que, por la vía electoral y en forma pacífica, el principal partido de oposición (COPEI) pasó a ser gobierno y el partido que dejaba el gobierno (AD) pasaba a encabezar la oposición. Se continuaba de esta manera el ciclo iniciado por los Presidentes Rómulo Betancourt (1958-1963) y Raúl Leoni (1963-1968) de entregar la presidencia al ganador de las elecciones y de continuar las obras de gobierno iniciadas por la administración anterior con proyectos a corto, mediano y largo plazo, con planes quinquenales y decenales o a futuro como el Metro de Caracas o el desarrollo de la Guayana venezolana.

Dice Oswaldo Páez Pumar en "Arístides Calvani y la Diplomacia Venezolana" (3) que "La primera categórica afirmación (del Canciller Calvani) en su rendición de cuentas consistió en reafirmar dos postulados básicos…el celoso mantenimiento de los

principios que históricamente han caracterizado nuestra conducta en el seno de la comunidad internacional, y la decisión de que esos principios adquieran efectiva vigencia universal".

El gobierno de Caldera, en la persona del Canciller Calvani, se apartó de la llamada Doctrina Betancourt de no reconocer los gobiernos que no fueran expresión de la voluntad popular traducida en legítimos comicios, que si bien dio resultados prácticos en el caso del dictador Trujillo en República Dominicana, hubiera resultado contraproducente en los años en que se iniciaba el primer mandato de Caldera y provocado el aislamiento de Venezuela en el consenso de los estados americanos.

Una de las principales preocupaciones del Canciller Calvani fue el área del Caribe. Visitó República Dominicana, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras, Costa Rica y Panamá y apoyó la incorporación de Jamaica a la Organización de Estados Americanos. Suscribió a nombre de Venezuela el Convenio Andrés Bello en enero de 1970. Amplió la visión de la cancillería venezolana con el resto del mundo y como tal se establecieron relaciones diplomáticas de Venezuela con Costa de Marfil, Kenia, Senegal y Uganda y la apertura de la Embajada en Etiopía. Representó a Venezuela en Persepolis cuando el Sha de Irán, Mohamed Reza Pavlevi, celebró los dos mil años del imperio persa.

Designó al embajador Carlos Sosa Rodríguez como negociador para delimitar las áreas marinas y submarinas con Colombia, tema delicado en ese momento y aún ahora, recordando Calvani, en sus propias palabras, que "No debemos olvidar que, en los comienzos de nuestra vida republicana, una irreflexiva actitud análoga dio por resultado la no aprobación de un tratado mediante el cual, de haber sido ratificado por Venezuela, no habría surgido el problema planteado ahora". Se refería Calvani a la línea del Tratado Pombo-Michelena que al fijar la frontera en el Cabo de La Vela dejaba a Colombia sin jurisdicción de las aguas del Golfo, sin recurrir, desde luego, a la fantasiosa tesis de la Costa Seca (Páez Pumar, ob cit.).

La cancillería itirenante de Calvani lo llevó a Barbados y a las Antillas Neerlandesas en el año 1970 y a Saint Vincent y Granada en 1971.

En el propio año 1971, Venezuela suscribió el Convenio Hipólito Unanue, y en 1972 denunció el Tratado con los Estados Unidos y se designó una comisión especial para negociar las condiciones del ingreso de Venezuela al Pacto Andino. En 1973 se firma el denominado Consenso de Lima, en el cual se fijaron las condiciones mediante las cuales Venezuela se convirtió en el sexto país miembro del Pacto Andino.

El concepto de Mare Nostrum practicado por los griegos y luego por los romanos en relación con el Mar Mediterráneo, fue la política que el Canciller Calvani llevó en sus relaciones con los países del área del Caribe, lineamientos acertados que fueron continuados por los gobiernos que se sucedieron en nuestro país hasta llegar a la desteñida Casa Amarilla actual. La política exterior de Venezuela en su cancillería estuvo fundamentada en las ideas del bien común universal, de la justicia social internacional, del pluralismo ideológico, del nacionalismo democrático, de la integración latinoamericana y de la defensa de la soberanía.

Arístides Calvani asumió, como Canciller de Venezuela, la responsabilidad de suscribir el Protocolo de Puerto España que, al término de su vigencia, nos hizo retornar al Acuerdo de Ginebra, y que hoy, peligrosamente, nos está llevando a la Corte Internacional de Justicia, situación que siempre ha rechazado Venezuela desde que se iniciaron las conversaciones con la Gran Bretaña poco antes de la independencia de la Guayana Británica. La mala experiencia de Venezuela en este sentido y la manera como el gobierno actual ha llevado las negociaciones por diplomáticos sin carrera y a la carrera, nos hacen presagiar oscuros horizontes en la solución de este problema, que ha llevado a que Guayana Británica haya otorgado concesiones petroleras y mineras y asentado poblaciones en la llamada zona de conflicto, haciendo caso omiso a nuestras

pretensiones de reivindicar ese territorio que históricamente nos pertenece.

He tratado de resumir en estas líneas la labor de Arístides Calvani como Canciller de Venezuela en el primer período presidencial del Dr. Rafael Caldera.

A Arístides Calvani se le ha llamado con justicia Apóstol de la Democracia y Canciller de la Paz, y en sus Mensajes en la Asamblea General de las Naciones Unidas así lo afirmó en forma categórica: Paz y Justicia, Justicia y Paz, fueron sus llamados en cada una de sus intervenciones en este Foro Mundial.

Arístides Calvani se destacó como profesor universitario, como esposo ejemplar y padre de familia, como parlamentario, magistrado, promotor de sindicatos, político honesto e íntegro, como canciller y como internacionalista de la más alta categoría. En la Conferencia de Tlatelolco en México, fue el vocero de los países de América Latina.

Se fallecimiento en Tikal, Guatemala, el 18 de enero de 1986, en un accidente de aviación, junto con su esposa Adelita y dos de sus hijas, dejó un sentimiento de pesar en quienes lo conocimos, en nuestro país y en la diplomacia americana.

Arístides Calvani fue "ciudad fortificada, columna de hierro y muralla de bronce frente a toda esta tierra", como lo dice el Libro del Profeta Jeremías (Je 1,4-5. 17-19).

Como Miembro de la Comisión Centenario del Natalicio de Arístides Calvani (1918-2018), me siento orgulloso de evocar la memoria de Arístides Calvani, hombre público de luminosa trayectoria y católico ejemplar, vivencia profunda y espíritu de la universalidad, "quien nunca separó la ética de la política", en palabras del Padre Jenaro Aguirre (4).

NOTAS:

1.- El Colegio San José. Los Jesuitas en Mérida (1927-1962), Carmen H. Carrasquel Jerez. UCAB. Caracas 1998.

2.- Guillermo Cabanellas, Diccionario Enciclopédico de Derecho Usual. 17ª edición. Editorial Heliasta, S.R.L. Buenos Aires, República Argentina.

3.- Vida, pensamiento y obra de Arístides Calvani. Colección Centenario. Celebración de la vida de Arístides Calvani. IFEDEC-Fundación Alberto Adriani.

4.- Padre Jenaro Aguirre, Homilía en el Colegio San Ignacio en la Misa del Novenario correspondiente al 26 de enero de 1986. Vida, pensamiento y obra de Arístides Calvani. Colección Centenario. IFEDEC-Fundación Alberto Adriani.

GERMÁN BRICEÑO FERRIGNI

El Dr. Germán Briceño Ferrigni fue un destacado merideño que durante su vida representó a Mérida como Diputado, Senador, Legislador, Profesor Universitario, Escritor, Gobernador y, en especial Político, como líder del partido Social Cristiano COPEI, único partido político en el que militó toda su vida. Desde las trincheras del partido verde, como su dirigente, recorrió palmo a palmo el estado donde dejó sembrada obras en beneficio de los merideños.

Nació en Chiguará el 7 de agosto de 1932, y partió de este mundo el 19 de marzo de 1999. Fueron sus padres Don Hilarión Briceño y Doña María Ferrigni Varela, casado con la Sra. Marina Colmenares Finol, de estirpe taribera, con quien tuvo tres hijos: Germán Alberto, abogado, Natalia, médico y Adriana, arquitecto.

Este 27 de enero, la Gobernación del estado Mérida le estará rindiendo un homenaje en el Salón Tulio Febres Cordero del Palacio de Gobierno, cuyo orador de orden será el Dr. Carlos Guillermo Cárdenas. El Dr. Briceño Ferrigni cursó primaria en la escuela Manuel Gual en Lagunillas y Monseñor Jáuregui en Ejido, estado Mérida.

Inició sus estudios de bachillerato en el Colegio San José, graduándose de bachiller en el Liceo Libertador. En éste último instituto participó en el concurso con motivo del ducentésimo año natal del Generalísimo Francisco de Miranda, ganando el primer premio con ensayo biográfico sobre la vida y obra del precursor. Cursó su educación superior durante el quinquenio 1950-1955 en la facultad de derecho de la Universidad de Los Andes, confiriéndole ésta casa de estudios el grado de doctor en derecho el 25 de julio de 1955. Siempre fue un estudiante sobresaliente, además de fundador de la revista Abril, una de las mejores publicaciones aparecidas en la ciudad de Mérida.

Al terminar sus estudios de derecho se marchó a Maracaibo, donde fue Director de Cultura de la Universidad del Zulia desde al año 1956 hasta el 23 de enero de 1958, Profesor de Derecho Civil en la Facultad de Derecho entre 1955 y 1958, Director Fundador de la Revista Ciencia y Cultura de la misma Universidad en el rectorado del Dr. José Domingo Leonardi, y ejerció la profesión de abogado en el prestigioso Escritorio León Briceño-Pinto Salvatierra, del que era socio principal el Dr. Francisco León Briceño, acreditado jurista del foro marabino.

Regresó a Mérida al despuntar la democracia el 23 de enero de 1958 con la caída del gobierno de Pérez Jiménez y fue nombrado Secretario de la Universidad de Los Andes por el Dr. Julio de Armas, Ministro de Educación de la Junta de Gobierno que presidía el

Contraalmirante Wolfgang Larrazábal Ugueto. Las otras autoridades universitarias designadas fueron el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, como Rector, y el Dr. Ramón Vicente Casanova, como Vicerrector, en el periodo de 1958 a 1959. Se incorporó en la Facultad de Derecho sustituyendo en la cátedra de Derecho Civil al Dr. Eloy Febres Cordero y fue Profesor Adjunto de Derecho Procesal Civil que regentaba su ilustre maestro el Dr. Pedro Pineda León. En la ULA fue miembro del Consejo Cultural, del Consejo de Catedráticos de la Facultad de Derecho, Delegado de la Facultad de Derecho de la Universidad de los Andes en el Congreso de Facultades de Derecho Latinoamericano celebrado en Ciudad de México en 1959 y al Congreso, de las mismas facultades, en Santiago de Chile en 1961.

Germán Briceño Ferrigni como parlamentario fue Diputado y Senador al Congreso de la República en representación del Estado Mérida, Miembro de la Comisión de Reforma de la Constitución del Congreso de la República, representante de la Cámara de Diputados, con rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial ante El Vaticano, con motivo de imponerle S.S. el Papa Juan XXIII el capelo cardenalicio a Monseñor José Humberto Quintero Parra, Arzobispo de Caracas en el año 1960. Fue Diputado a la Asamblea Legislativa del estado Mérida y su Presidente en los períodos electorales 1959-1963 y 1963-1968.

En la primera presidencia de Rafael Caldera fue Gobernador del estado Mérida entre el 14 de marzo de 1969 hasta el 7 de agosto 1973, dejando una gran obra en cada uno de los rincones de su Mérida, con su eslogan "HECHOS Y NO PALABRAS", escuelas, canchas deportivas, estadios, comedores escolares, viviendas, plazas, parques, vialidad rural y urbana, puentes, avenidas, electrificaciones, acueductos, sistemas de riego, medicaturas y hospitales, entre otras muchas. Se destacan entre estas obras el Viaducto "Campo Elías" y la Avenida que lo une con la Avenida Tulio Febres Cordero, el primero que incorporó a la meseta de Mérida con el sector La Otra Banda, la Avenida "Andrés Bello" y la nueva vialidad entre Ejido y el Puente Los Mamones, primer tramo de la Autopista "Rafael Caldera", que hoy comunica a Mérida con El Vigía e inauguró el Hospital Universitario de Los Andes.

Como militante y dirigente del Partido Social Cristiano COPEI desde sus años juveniles ocupó diferentes cargos, entre ellos, fue Secretario de Organización designado en la Primera Convención Regional del partido celebrada en febrero de 1958 en la ciudad de Mérida, siendo Presidente de COPEI el Dr. Carlos Febres Poveda y Secretario General el Dr. Luciano Noguera Mora. Como Secretario de Organización del partido le correspondió reestructurar los cuadros de la militancia a nivel de Distritos, Municipios y Parroquias, realizando un magnífico trabajo. En la Segunda Convención Regional fue

designado Presidente del partido, cargo que ejerció hasta que se separó del mismo para asumir la Gobernación del Estado en el año 1969.

Fue Presidente de la Convención Nacional del Partido Social Cristiano COPEI celebrada en Caracas en 1970, y como Gobernador del Estado Mérida pronunció el discurso de clausura de la Convención Anual de Gobernadores en el Palacio de Miraflores en 1971. Presidente del Comité Regional de COPEI por varios años, precisamente en aquellos en que este partido obtuvo la mayoría absoluta de los votos del electorado merideño.

German Briceño Ferrigni fue Individuo de Número fundador del Centro de Historia del Estado Mérida creado por el Gobernador Pedro Espinoza Viloria, Miembro Correspondiente Extranjero de la Academia de Historia de Santander, Bucaramanga, Colombia, Miembro Honorario del Colegio de Abogados de México, Distrito Federal y Miembro Correspondiente Estadal de la Academia de Mérida. Si como escritor dejó una impronta positiva en la vida intelectual merideña, como orador tuvo el don de la palabra y la fogosidad de los tribunos. Su verbo contagiante le permitió una oratoria cargada de emoción y erudición. Podía levantar esa emoción casi mágica tanto en el campesino de la aldea más remota de la geografía merideña como del profesor y en el académico selecto y conspicuo.

En su vida pública, a Briceño Ferrigni se hizo merecedor de numerosas distinciones y condecoraciones nacionales y regionales, placas y diplomas de diferentes sectores.

Su admirable pluma lo llevó a escribir discursos que dejaron su sello intelectual, entre sus obras jurídicas se destacan "Naturaleza y Carácter del Factor Comercial" y "La Tutela en los Códigos Civiles de Venezuela". Mantuvo por varios años una columna semanal en el diario Frontera y fue colaborador de periódicos y revistas nacionales.

Viajó por América y por Europa y de cada nueva ciudad parecía un viejo conocido porque la historia, los acontecimientos, los personajes y la geografía no le eran ajenos dada su infatigable labor de lector impenitente. Jubilado de las actividades parlamentarias y políticas se dedicó a leer y escribir, hizo de su apacible retiro en el cercano Cacute y del fundo familiar Quizná en Chiguará, dos polos de convergencia familiar, donde disfrutaba de la cercanía de hermanos, cuñados, primos y sobrinos en paseos campestres, sazonados con tal cual sancocho y alguna carne asada, mientras acudía a su prodigiosa memoria para relatar cuentos y anécdotas referidas a parientes de dos o tres generaciones atrás. Su prematuro fallecimiento, cuando todavía se podía esperar mucho más de su fecunda vida intelectual y de su afecto familiar, aún no tiene sustituto ni creemos que se consiga después de casi veintidós años de su partida. "El poeta de civil", lo llamó Don Antonio Febres Cordero Salas, sonetista emeritense.

GERMÁN Y LA SAL DE LA SABIDURÍA

En el acto celebrado en el Salón Tulio Febres Cordero de la Gobernación del Estado Mérida, para rendir homenaje al Dr. Germán Briceño Ferrigni, llevaron la palabra el Dr. Carlos Guiillermo Cárfdrenas y el Ingeniero Oscar Lujano.

No voy añadir nada más a la semblanza que hizo en forma por demás brillante el Dr. Carlos Guillermo Cárdenas sobre la figura de Germán Briceño Ferrigni, en la cual puso de relieve sus condiciones de político, gobernante, intelectual y sobre todo de merideño raizal y tampoco al video de su compañero de luchas partidistas el Ingeniero Oscar Lujano, por eso quiero referirme en estas ocasión para destacar a ese otro Germán, a quien rodearon muchas historias familiares y algunas anécdotas que quiero compartir con mis lectores.

Comenzaré por decir que los padres de Germán son andinos pero de vertientes diferentes. El padre de Germán, Hilarión Briceño, nació en Isnotú del Estado Trujillo y por lo tanto es paisano del Beato José Gregorio Hernández, a cuya familia conoció de joven, y es descendiente del General Federico León, nacido en Betijoque, de esa

recia estirpe de caudillos trujillanos que también integraron, en esa última parte del siglo XIX, los Araujo y los Baptista, que pasaron su vida entre guerrillas y montoneras con tal cual paso por las cárceles, a las cuales los llevaban "apersogaos con un cabresto", cuando los enemigos se encumbraban en funciones de gobierno.

Por el lado materno, el abuelo, Pascual Ferrigni, era oriundo de la Isla de Elba y vino como tantos de sus paisanos a integrarse a estas montañas de los andes y añadir su apellido a los Mazzei, Adriani, Braschi, Burelli, Paoli, Dini, Spinetti, Orsolani, Valeri, Poggioli, Cernevali, Consalvi, Berti, Pardi, Lupi, Paparoni, Botaro, Miliani, Sardi, Provenzali, Masini, y tantos otros que se entrelazaron con los nuestros. Nadie sabe qué le llamó la atención o por qué fue a dar Pascual a Chiguará, un pequeño montón de casas arrecostadas a unos cerros, de calles inclinadas como si fuera un tobogán de piedras, con una iglesia, una escuela, un cura, un maestro y un boticario. Lo llamaron "el jurungo", que según el Diccionario de Voces Trujillanas de Segundo Barroeta es "el extranjero que habla otro idioma".

Pascual se casó con Lucinda Varela, de las principales familias del pequeño pueblo. Su padre, Matías Varela, fue propietario de extensas posesiones de tierras que llegaban desde lo que se llama "La Boca del Monte", un poco más allá de Chiguará, hasta lindar con el Lago de Maracaibo. Del matrimonio de Pascual y Lucinda nacieron

Amadeo, María (la madre de Germán), y Teresa o Tera o Terita, la menor, como fue conocida en los círculos familiares.

Lucinda Domitila, por su nombre de pila, o María Lucinda Domitila como reza la rectificación legal de su Partida de Nacimiento, o María, a secas, como se le conoció siempre, nació en Ejido, por un movimiento telúrico, aunque parezca extraño. El terremoto de 1894, que azotó a las principales ciudades de los andes y cuyas ondas devastadoras llegaron hasta Cúcuta, destruyó algunas casas de Chiguará, averió las paredes de la iglesia y las consecuencias se hicieron sentir en toda la comarca, además del tremendo susto de los pobladores del pequeño pueblo y de los campos vecinos.

Como consecuencia del terremoto fallecieron miembros de la familia Varela, algunos en sus propias camas, cuando les cayó encima el techo de la casa mientras dormían. Pascual Ferrigni, temiendo que las "réplicas" se hicieran cada vez más violentas, decidió trasladar a su familia a Ejido, donde le habían asegurado que no habría peligro. Él volvió al pueblo a continuar con sus labores en las haciendas de la familia. Lucinda, la esposa, estaba encinta cuando se hizo el viaje y en Ejido, la tierra de los cañamelares, nació María. Tranquilizada la tierra y sosegados los espíritus, la familia regresó a Chiguará, donde nacería el tercero de los hijos, Teresa.

Hilarión llegó a Chiguará siendo muy joven, si acaso de veintiún años cuando apenas había adquirido la mayoría de edad. Don Gonzalo Pulido refería que el mozo trujillano le causó una viva impresión. Montado en una fina mula, bien aperada, con traje y corbata pese al clima canicular, sombrero de fieltro, botines y polainas y espuelas de plata, se presentó así: "Soy Hilarión Briceño, vengo desde Trujillo para hacer negocios de ganado". No solo hizo los negocios de ganado que pretendía, sino quizás el mejor negocio de su vida: se casó con María, una hermosa joven, hija de un "jurungo" y de una chiguarera de prosapia, se hizo cargo de las haciendas de la sucesión, un tanto abandonadas por el hijo mayor de los Ferrigni, y llamó en su ayuda a sus hermanos Raúl y Gustavo para que se viniesen desde Isnotú y colaboraran en las faenas agrícolas.

En la Venezuela de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, existía la figura del mayorazgo, es decir, el hermano mayor que, a falta de los padres, administraba el patrimonio familiar. Amadeo Ferrgini Varela, era el hijo mayor de los hijos del matrimonio que constituyeron Pascual Ferrigni y Lucinda Varela.

Amadeo, fue un hombre singular. De joven quiso ser militar. Formó parte de los primeros alumnos de la Escuela Militar de Venezuela fundada por el General Juan Vicente Gómez en el año 1915. La fotografía con sus compañeros de clase, en uniforme de gala, se puede admirar en el Salón de Honor del Instituto. Allí conoció a Isaías

Medina Angarita, integrante de la segunda promoción egresada de la Escuela Militar, con quien mantuvo una amistad que perduró hasta el fallecimiento de Amadeo en 1944.

Cuando la gira del Presidente Medina Angarita a Mérida, en 1942, cuando vino a inaugurar entre otras obras importantes el Cuartel Rivas Dávila y la sede del Liceo Libertador, el Presidente le envió un telegrama a Chiguará manifestándole sus deseos de verlo. Amadeo accedió e hizo el camino de Chiguará a Estanques a lomo de mula, allí se entrevistaron durante largo rato en la casa de la familia Molina, y recordaron los viejos tiempos cuando siendo unos muchachos compartieron aulas y dormitorios en la Escuela Militar.

Atemperado el espíritu guerrero, abandonó la carrera militar. Con pocas ganas de regresar a su pueblo y con mucho dinero, Amadeo decidió conocer otros mundos. Se fue a Nueva York, donde hizo vida de sibarita llegando a alquilar, para disfrutar con sus amigos, un dirigible o zepelín para admirar a la ciudad desde lo alto y darse ese gusto, mucho antes de que se construyera el Empire State, con sus famosos miradores del piso 109, que permiten observar la ciudad y sus contornos hasta el Estado de Nueva Jersey.

Amadeo, el joven aventurero de Chiguará, viajó luego a Europa, pasó temporadas en París y disfrutó de los espectáculos del Moulin Rouge y del Follies Bergere, como émulo de Tolouse Lautrec. Veraneó en Biarritz y compartió las terrazas donde dejaban

transcurrir las tardes los personajes de la nobleza inglesa. Esquió en los Alpes Suizos. Viajó a Egipto, remontó el Nilo hasta su nacimiento y aunque algunos afirman que bailó hasta con las Pirámides, no hay documentos gráficos que lo atestiguen. Aprendió el inglés y el francés, idiomas que le fueron de poca utilidad cuando aburrido de la vida dispendiosa y mermados sus ingresos, volvió a su Chiguará de origen, a administrar las tierras que le quedaban, que no eran pocas, después de aportar miles de hectáreas para una fallida empresa de prospección de petróleo con un amigo zuliano, que se quedó nada más que en los papeles. Los "talegos" de morocotas que había llevado para sus viajes se habían vaciado. Nunca se arrepintió de lo que vivió y gastó y contaba con gracia y simpatía las muchas anécdotas de sus andanzas por esas lejanas tierras.

Germán Briceño Ferrigni, el sobrino de Amadeo, llevó una vida más sosegada y más cónsona con la realidad de los hechos. Fue el séptimo de los once hijos de Hilarión y María, nació en Chiguará, en la casona familiar, situada en la esquina de la Calle Comercio, donde Hilarión llegó a tener, en una de sus incursiones comerciales, lo que podía llamarse una "tienda de abarrotes", que surtía al pueblo y a los propietarios de las haciendas vecinas de cuantos productos eran necesarios para el consumo diario, además de convertirse en un importante comprador y exportador de café.

En el título adquisitivo de esta propiedad, en uno de los linderos, dice: "Por el frente, camino del lago". Sí, porque Chiguará era un pueblo de tránsito obligado para quienes viajaban a lomo de mula y por caminos de herradura, desde Mérida y los pueblos vecinos hacia los puertos sobre el Lago de Maracaibo, Palmarito, Encontrados o La Ceiba, para abordar la chalana o la embarcación que los llevaría hasta Maracaibo, o más allá, si decidían ir a Estados Unidos o a Europa.

También debían hacer el mismo viaje los que querían trasladarse a Caracas, por vía marítima, porque los pasajeros debían tomar un vapor de la línea inglesa Red Line, proveerse de pasaportes en las Oficinas de la Extranjería de aquellos tiempos y de visa del Reino de los Países Bajos en el Consulado en Maracaibo, ya que la nave primero hacia escala en Curazao, donde pernoctaban los pasajeros, para proseguir luego hasta el puerto de La Guaira.

El padrino escogido por el abuelo Hilarión para bautizar a Germán fue su gran amigo Amando González Puccini, médico y uno de los colaboradores del Dr. Arnaldo Gabaldón en las labores para "pacificar sanitariamente" el país. Los compromisos oficiales del padrino alejaron el acto del bautizo y cuando por fin pudo ir a Chiguará, el ahijado había crecido. El día indicado fueron hasta la Iglesia de San Antonio de Padua, el patrono del pueblo. Allí estaban,

frente a la pila bautismal, el párroco, los padres, los padrinos, algunos familiares cercanos, y el párvulo. La ceremonia del bautizo fue más larga de lo acostumbrado y el neocristianado dio muestras de fastidio, tendría unos tres años, y cuando el sacerdote le colocó el grano de sal en la lengua, el recién sacramentado la escupió. Uno de los asistentes expresó: "Ese niño va a ser muy bruto, porque escupió la sal de la sabiduría". Menos mal que escupió la sal, porque si se la traga, Germán hubiera sido un genio.

Germán Briceño Ferrigni fue un gran familiar, cercano y amigo de todos. Presto para la consulta y la solución ante el problema surgido. Dispuesto siempre a ayudar a quien lo necesitara, aún desde el punto de vista económico.

Asumió el cargo no estipulado en los cánones de ser Jefe de la Familia cuando falleció el abuelo Hilarión el 1º de octubre de 1956. Germán tenía 24 años, estaba residenciado en Maracaibo donde era Director de Cultura de la Universidad del Zulia, regentaba las cátedras de Derecho Civil I y II en la Facultad de Derecho de la misma Casa de Estudios, y ejercía la profesión de abogado en el prestigioso Escritorio León Briceño-Pinto Salvatierra, del cual era socio principal nuestro tío Francisco León Briceño, acreditado jurista del foro marabino.

Militante del Partido Social Cristiano COPEI desde sus años juveniles, fue designado en la Primera Convención Regional del partido celebrada en Febrero de 1958 en esta ciudad, Secretario de Organización en el Estado Mérida.

Le correspondió con el Presidente del Partido Dr. Carlos Febres Poveda y el Secretario General Dr. Luciano Noguera Mora, reestructurar los cuadros organizativos a nivel de Distritos, Municipios y Parroquias. Hizo una eficiente labor porque si bien COPEI había acudido a las elecciones celebradas el 30 de noviembre de 1952 para elegir a la Asamblea Nacional Constituyente que debería reunirse el 19 de abril de 1953 para elegir al Presidente de la República para el período 1953-1958, muchos de sus dirigentes abandonaron el partido y se convirtieron en cercanos colaboradores del régimen dictatorial, así es que se tenía que empezar casi desde los cimientos. Las elecciones de diciembre de ese año en que fue electo Presidente de la República Rómulo Betancourt, fueron un significativo triunfo para COPEI en Mérida, con un Senador y dos Diputados en el Congreso Nacional, 10 de los 16 Diputados en la Asamblea Legislativa del Estado y la mayoría de los Concejos Municipales de los Distritos. La labor organizativa fue pródiga en sus frutos electorales.

Las actividades políticas y universitarias nunca alejaron a Germán de la coyunda familiar. Ocupó altas posiciones, Diputado y Senador al Congreso de la República, Presidente de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida, Gobernador del Estado. Jubilado del Parlamento Nacional le dedicó más tiempo a las tareas intelectuales, fue designado Miembro Correspondiente Estadal de la Academia de Mérida, escribía una columna semanal en el Diario Frontera siempre bien recibida por sus muchos lectores y pronunciando densos discursos cuando las circunstancias lo ameritaban.

Nunca se separó en el afecto de Mérida, aún en sus incursiones profesionales y universitarias en Maracaibo o en las parlamentarias de Caracas. Viajó por América y por Europa y de cada nueva ciudad parecía un viejo conocido porque la historia, los acontecimientos, los personajes y la geografía no le eran ajenos dada su infatigable labor de lector impenitente.

Hizo de su apacible retiro en el cercano Cacute y del fundo familiar Quizná, en Chiguará, dos polos de convergencia familiar, donde disfrutaba de la cercanía de hermanos, cuñados, primos y sobrinos en paseos campestres, sazonados con tal cual sancocho y alguna carne asada, mientras acudía a su prodigiosa memoria para relatar cuentos y anécdotas referidos a parientes de dos o tres generaciones atrás.

Su prematuro fallecimiento, cuando todavía se podía esperar mucho más de su fecunda vida intelectual y de su afecto familiar, aún no tiene sustituto ni creo que se consiga después de estos veintiún años de su partida.

Cuando moría alguna persona importante, Germán solía decir: va a ser un hombre "faltoso".

Yo quiero utilizar también esta palabra para referirme a él, decididamente Germán Briceño Ferrigni, es un hombre "faltoso".

MICHELE LEE DE LEÓN (*)

Guatemala es un país situado en el istmo centroamericano y limita con México, Honduras, El Salvador y Belice. La palabra Guatemala del náhualt – Cuauhtemallen, quiere decir "lugar de muchos árboles". En la época colonial perteneció al Virreinato de la Nueva España y declaró su independencia el 15 de septiembre de 1821. Luego se anexó a las Provincias Unidas de Centroamérica hasta 1839 en que esta se disolvió y retomó su independencia. Tiene una superficie de 108.889 kms2 y 17.110.000 habitantes, plena de volcanes, bosques tropicales y antiguos sitios mayas. Tiene la población más joven en promedio de América Latina. Uno de sus lugares más atractivos, el lago de Atitlán, está formado en un enorme cráter volcánico, rodeado de inmensos sembradíos de café y de numerosas aldeas. En su capital Ciudad de Guatemala se pueden admirar el Palacio Nacional de la Cultura y el Museo Nacional de Arqueología y Etnología. El mandato presidencial por disposición constitucional es

(*) Palabras en el Centro Americano de Mérida CEVAM en el acto de bautizar con el nombre de Michele Lee De León el Auditorio de la institución

de cuatro años y prohíbe expresamente la reelección. Su actual Presidente es Alejandro Giammattei Falla, médico y político.

Los Estados Unidos de América es un enorme país continental que se extiende desde el océano Atlántico hasta el océano Pacífico, además de Alaska y Hawái e islas que no están dentro de estos linderos geográficos. Sus límites son al norte Canadá y al sur México. Tiene una superficie, incluyendo tierras y aguas, de 9.826.675 kms2 y 331.900.000 de habitantes con una esperanza de vida de 80.6 años. Su PIB es de 23.32 billones de dólares con una tasa de desempleo (2022) de 3.5 por ciento aunque en el 2020 alcanzó al 14.7 por ciento.

La Constitución establece un periodo de cuatro años con reelección. Solo el Presidente Franklin Delano Roosvelt (1933-1945) fue reelecto para un tercer periodo presidencial que no culminó por su fallecimiento. El actual Presidente Joseph Biden estudió en la Universidad de Delaware y derecho en la Universidad de Syracuse. Fue uno de los senadores más jóvenes en ser electo a la Cámara, a los 29 años y fue senador durante 36 años, habiendo presidido numerosas misiones con singular éxito y representado a su país como Vicepresidente del Presidente Barack Obama ante los gobiernos de los cinco continentes. La Vicepresidente Kamala Harris, de padres que emigraron de la India y de Jamaica, estudió y se graduó en derecho en la Universidad de California.

Venezuela es un bello país tropical. Limita con el mar Caribe, Colombia, Brasil y Guyana. Está situado al norte de América Latina y es puerto de entrada para el sur del continente. Tiene una superficie de 916.445 kms2 y 28.946.101 habitantes según los últimos datos de investigaciones particulares, que no son precisamente los oficiales, y ante el futuro incierto para los jóvenes, se estima que más de seis millones de venezolanos han optado por emigrar del país y muchos de ellos se encuentran en condiciones económicas precarias y apenas ganan lo necesario para sobrevivir. El periodo presidencial es de seis años y con reelección indefinida. El Presidente es Nicolás Maduro de quien se ignora el lugar y fecha de nacimiento y los estudios que hubiera cursado, dada la opacidad que rodea todo lo que se refiere a la figura presidencial.

Guatemala, Estados Unidos de América y Venezuela son los tres países que rodean al personaje que hoy estamos homenajeando, nuestra amiga Michele Lee De León. En Guatemala nació su madre Aída Raquel De León de Lee que hoy, a los 96 años vive en St. Petersburg, Florida. En Estados Unidos, en Memphis, Tennessee, nació Michele. Su padre Robert Lee, veterano de la Segunda Guerra Mundial y quien llegó a la devastada Nagasaki apenas tres días después de que la segunda bomba atómica hubiera sellado la derrota definitiva de Japón en la Segunda Guerra Mundial, se graduó de abogado en la Universidad de Vanderbilt. En Venezuela Michele Lee

De León ha echado raíces tan profundas como un almendrón y formado una copa tan ancha como un ombú, porque a todos los que nos acercamos nos cobija con su fortaleza y con su sombra.

Historiar a Michelle no es fácil porque no es muy dada a soltar prenda sobre su vida. Sabemos que antes de venir a Venezuela estuvo en Bolivia como integrante del Cuerpo de Paz, esa organización de jóvenes americanos que fuera creada por el Presidente Kennedy para acercar un poco más su país a las demás naciones del mundo. Aquí llegó a Mérida en el año 1979 para trabajar en el CIDIAT, entonces dirigido por el Ingeniero Germán Enrique Uzcátegui Briceño, y prontamente se vinculó a los sectores culturales de la ciudad. Ha sido Directora Ejecutiva del CEVAM desde la fundación.

En el CEVAM vemos a Michele laborando desde muy temprano hasta que se oculta el sol, bien en el área administrativa o en un aula impartiendo clases, o va a revisar la restauración de la Casa Sette que tantos dolores de cabeza le ha dado, u organizando un concierto o una Exposición en la Galería del CEVAM o en la Galería La Otra Banda que dirige nuestro amigo Julio Lubo, o programando el bautizo de un libro, o en un ensayo o en la puesta en escena de una obra de teatro o de un musical en el Teatro César Rengifo, de las cuales es una exitosa productora como lo reconocen el Director Juan Carlos Liendo y los músicos y actores de los elencos con quienes ha

compartido estas responsabilidades. De verdad que Michele es una mujer extraordinaria y de múltiples facetas.

El Centro Venezolano Americano de Mérida CEVAM fue fundado el 5 de mayo de 1992 por un grupo de personas e instituciones vinculadas a la actividad política, económica y social de Mérida y que tiene por objeto fundamental el fortalecimiento de los lazos de amistad y cercanía entre los pueblos de los Estados Unidos de América y Venezuela, con el interés primario de que ese acercamiento redunde en un positivo intercambio intelectual y cultural entre los dos países, por medio de relaciones directas entre sus ciudadanos e instituciones, que, a la luz de estos treinta y un años transcurridos desde la fundación del CEVAM hasta nuestros días, no podemos menos que calificarlos de positivos desde todo punto de vista.

El 18 de agosto de 2012 inauguramos con gran orgullo esta nueva sede. A ese acto asistió el señor James M. Durham, Encargado de Negocios de los Estados Unidos de América en Venezuela y la señora Sally Hodgson, Agregada Cultural de la Embajada. También estuvieron presentes el Alcalde del Municipio Libertador, el Rector de la Universidad de los Andes, ex Alcaldes y ex Gobernadores, Autoridades Universitarias, el Presidente de la Cámara de Comercio e Industria del Estado Mérida, ex Presidentes del CEVAM y personalidades vinculadas a los sectores más importantes y

representativos de la ciudad, además de los profesores y alumnos del instituto. En esta ocasión, por razones que todos conocemos, no puede estar presente ningún personero de la Embajada de los Estados Unidos de América como hubiera sido nuestro deseo para así dar mayor realce a este evento.

Hoy estamos haciendo un acto de justicia al designar con el epónimo de Michele Lee De León el Auditorio del Centro Venezolano Americano de Mérida CEVAM, institución a la cual le ha dedicado buena parte de su vida y poniendo su alma, lo mejor de su voluntad, su aquilatada inteligencia y lo mejor de su corazón.

En las páginas de El Quijote podemos leer lo siguiente: "A un día sigue otro día y a otro día, otro…Para quien no tiene alicientes ni esperanzas, qué más da un día que otro. Llevar esperanza a la vida Sancho, amigo, eso sí que es ser grande. Evitar sufrimientos y calamidades, aliviar los dolores, sanar las heridas del cuerpo y también las del alma, impartir justicia allí donde no la hay, sacar de su ignorancia al ignorante, buscar el bien común y el progreso de los pueblos. ¡Eso sí que hace grandes a los hombres! A éstos, y no a otros, es a quienes deberían erigirse monumentos y dedicar las calles y plazas de nuestras ciudades para perpetuar su ejemplo y su memoria".

La anterior cita la escribió hace más de 500 años don Miguel de Cervantes y Saavedra y son palabras de Don Quijote en uno de los tantos diálogos con su escudero. Vamos a dar pleno cumplimiento a este consejo y por eso estamos perpetuando en el Auditorio del Centro Venezolano Americano de Mérida CEVAM el nombre de Michele Lee De León, por sus múltiples merecimientos y para que las generaciones, la actual y las futuras, y los numerosos alumnos que aprenden el idioma inglés en sus aulas, conozcan que esta gran mujer de raíces guatemaltecas y sangre norteamericana y con un profundo amor por nuestra patria y que todo horizontes y todo caminos, se ha hecho símbolo y emblema de esta institución para orgullo y satisfacción de quienes somos sus amigos. Por eso, a partir de hoy, su nombre distingue esta sala dedicada a la enseñanza y a la difusión de la cultura, para que la Mérida señorial y altiva, como lo expresara Don Tulio Febres Cordero y enmarcada en la meseta de Tatuy por los cuatro ríos que la circundan, tenga en esta singular dama el faro que ilumine los venideros años de este centro binacional y que nos permita el acercamiento de nuestras dos naciones, separadas ahora por la incomprensión y la intransigencia.

El Centro Americano de Mérida –CEVAM- se siente orgulloso al colocar el nombre de Michelle Lee de León al Auditorio y brindar por su salud y prosperidad, para que continúe acompañándonos en todos los años en que el Supremo Hacedor la siga llenando de vida

útil y productiva, para así dar cumplimiento a los objetivos del CEVAM y para la plena satisfacción de todos los que queremos y admiramos a esta magnífica mujer, cada día más merideña.

MARIO SPINETTI BERTI - ELBANO Y MERIDEÑO (*)

La pandemia, que nos tuvo confinados en nuestras casas durante casi dos años, fue aliciente para investigar en los libros de mi biblioteca y con la colaboración de algunas personas cercanas, información suficiente para escribir la biografía de un merideño nacido en la Isla de Elba, el Dr. Mario Spinetti Berti.

El ilustre biografiado nació el 8 de mayo de 1920 en esa isla del Mediterráneo y falleció en nuestra ciudad el 19 de agosto de 2007. En sus 87 años de vida dedicó sus esfuerzos a la docencia y a la investigación, fue Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de los Andes, Doctor Honoris Causa por nuestra Alma Mater, escribió libros científicos y de gastronomía, Embajador en Grecia, fundador y Presidente de la Academia de Mérida y fundamentalmente, fue un merideño no solo de adopción sino de

(*) Palabras de presentación de la Biografía del Dr. Mario Spinetti Berti en la Academia de Mérida, el 5 de octubre de 2022.

convicción porque fue un enamorado de la "verde altiplanicie andina guarnecida de cumbres nevadas" para decirlo en palabras de Don Mariano Picón Salas.

Hoy ha vuelto Don Mario a esta vieja casona de sus querencias académicas, si no personalmente lo hace a través de las páginas de la Biografía que he tenido la oportunidad de escribir y que el afecto y ese deseo de trascender en el espíritu universitario, en este año en que se están cumpliendo cincuenta años en que la Ley de Universidades dio vigencia legal al Vicerrectorado Académico, hoy bajo la certera tutela de la Dra. Patricia Rosenzweig Levi, digna Vicerrectora Académica de la Universidad de los Andes, quien ha propiciado su publicación.

En consecuencia, he de agradecer a la Dra. Rosenzweig Levi, a su cercana colaboradora la Dra. María Teresa Celis Aranguren, Coordinadora del Vicerrectorado y a la Dra. Marysela Coromoto Morillo Moreno del Sello Editorial Publicaciones del Vicerectorado Académico, por su tesón y espíritu de colaboración en la corrección y cuidado del libro. Estas gentiles damas, representantes todas de la esencia universitaria, han hecho posible esta edición digital y es el Sello Editorial del Vicerrectorado Académico de nuestra Alma Mater en su Colección Clásicos del Pensamiento Andino, el que lo hace realidad, para que la vida de Don Mario y la historia que se escribió en nuestra ciudad y en el país desde que arribó a nuestra ciudad por ese lugar que tiene un nombre tan original y tan nuestro, La Vuelta de

Lola, en un lejano 3 de septiembre de 1928 y en una soleada tarde merideña, con su madre doña María y su hermana Sonridea, en un vetusto vehículo lleno de polvo por la Carretera Trasandina, esa trascendental obra construida por el General Juan Vicente Gómez, que le dio carta de nacionalidad a los andes venezolanos en un país que se había olvidado de que en estos estados cordilleranos había gente valiosa, intelectuales, políticos, prelados y gente sencilla del pueblo, que también habían sido emancipadas por ese caudillo caraqueño que todos respetamos y veneramos, Simón Bolívar, a quien las autoridades y el pueblo merideño aclamaron por primera con el título de Libertador.

Yo quiero imaginar los azules ojos del niño Mario, apenas de ocho años, cuando vio por primera vez nuestra ciudad con su imponente sierra nevada y con los picos Humboldt y Bonpland, todavía con sus crestas blancas, que se podían apreciar desde algunos sitios de la pequeña urbe. Seguramente compararía el paisaje montañoso y el frío clima con las suaves planicies y el mar cercano y la calidez de su isla de Elba, donde había dejado su tierra, sus viñedos, su familia y sus querencias infantiles.

Pero Mario era un niño despierto, inteligente e inquieto. En el Colegio San José de los padres jesuitas, donde pronto fue inscrito, se hizo amigo de sus compañeros de clase. Apenas había aprendido algunas palabras del nuevo idioma y se refería a los otros niños y los

llamaba con su nombre en italiano, les decía "bambini" o "bambinos". Nunca se imaginó Mario que ese nombre "bambinos" trascendería en tal forma, que fue adoptado por las mismas autoridades del Colegio, y así, en toda la historia del Colegio San José, desde que Mario Spinetti Berti empezó a llamar a sus compañeritos con el nombre de "bambini" o "bambinos" hasta que el instituto educacional cerró sus puertas en el año 1962, los niños que cursaban desde primero hasta sexto grado, se les llamaba o se nos llamó "bambinos", a los de primero a tercer año de bachillerato "medianos" y a los de cuarto y quinto años "mayores". Mario escribió, sin saberlo, esta página grata para los cientos y miles de alumnos que recorrimos aulas, patios, campos deportivos, comedores, dormitorios, y la capilla del inolvidable Colegio San José.

Culminados sus estudios de primaria y bachillerato en el año 1938, Mario Spinetti Berti se inscribió en la Facultad de Medicina de la Universidad de los Andes, siendo Rector el Dr. Manuel Antonio Pulido Méndez y desde sus primeros años de estudiante hasta su graduación el 27 de julio de 1944 en que recibió el Título de Doctor en Ciencias Médicas, su incorporación como profesor de las Facultades de Medicina, Odontología y Farmacia y dictara su primera clase el 6 de octubre de 1945, sus tres periodos como Decano de su Facultad, la primera vez el 17 de abril de 1947, como Decano interino en sustitución del Dr. Joaquín Mármol Luzardo quien había renunciado, ratificado por la Asamblea de Facultad para el periodo 1947-1949 y

luego entre 1959-1961 y 1969-1970, hasta su jubilación el 1º de enero de 1971, después de 26 años al servicio de la Universidad de los Andes, y por último, en el otoño de su vida, cuando recibió el Doctorado Honoris Causa en Medicina en acto solemne celebrado en el Aula Magna el 14 de abril de 2005, de manos del Rector Lester Rodríguez, quince rectores pasaron por el solio de Fray Juan Ramos de Lora y pusieron su impronta y dejaron su huella en aquel joven elbano, que con el tiempo se hizo tan merideño como el Albarregas rumoroso que acaricia a nuestra ciudad en su suave desandar hasta deslizarse suavemente en el impetuoso Chama.

Además de haber sido Mario Spinetti Berti un universitario integral, se ocupó de la política, hizo una activa vida social, fue un amante esposo y padre y abuelo.

Representó a nuestro país como Embajador ante la Confederación Helénica con altura y elegancia y con su inmenso don de gentes, fue fundador de la Academia de Mérida, ocupando el Sillón 21, redactó el Reglamento que aún rige nuestra institución y su Presidente durante seis períodos consecutivos. A su fallecimiento dejó una estela de afecto entre todos los que lo conocimos y disfrutamos de su inmenso calor humano.

De la vida de Mario Spinetti Berti y algo más trata la Biografía de este elbano y merideño, que hoy se presenta en este ilustre recinto, precedido por un generoso Prólogo del Dr. Mariano Nava Contreras,

Individuo de Número de esta Academia y Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Lengua, además de estimado amigo.

Quiero agradecer también al Dr. Luis Alfonso Sandia Rondón, Presidente de esta Academia y a la Dra. Patricia Rosenzweig Levi, Vicerrectora Académica de la Universidad de los Andes, por las bondadosas palabras en este acto, y al Dr. Eleazar Ontiveros Paolini, Individuo de Número de esta corporación, por el enjundioso discurso de orden, que con gran emoción hemos escuchado. Debo también reconocer la colaboración del Arquitecto Leonardo Arellano Spinetti, por la hermosa plumilla del biografiado que engalana la portada y a Ana Gabriela Muñoz López, la cordial "Burusa", por la fotografía de la contraportada que me hace lucir como un auténtico lord, no inglés pero si chiguarero.

Quiero también expresar mi fraternal gratitud a mi primo Javier Augusto Uzcátegui Briceño, por su prodigalidad y colaboración para el "Vino de honor" con el que brindaremos al finalizar este acto formal, y por su permanente estímulo para mis actividades de prosista en la búsqueda de nuestra historia y de las raíces escondidas y secretas que aún guarda esta Meseta de Tatuy.

En carta de fecha 11 de enero de 1943, le escribía Don Mariano Picón Salas al ilustre intelectual mexicano Don Alfonso Reyes, al acusar recibo de su libro "Última Tule", lo siguiente: "Hay que leerlo despacio, regustándolo, y advirtiendo no sólo los caminos reales que

abre su sagacidad, sino aún otros pequeños caminitos, un poco velados y como soslayados, que deja siempre su prosa y donde, también, puede lograrse una primorosa cacería de conceptos" (Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. Correspondencia 1927-1959. Compilador Gregory Zambrano. Fundación Casa de las Letras "Mariano Picón Salas". Consejo Nacional de la Cultura, 2001).

Jamás osaría compararme con Don Mariano y Don Alfonso, dos maestros de la literatura latinoamericana, en el dialogo de amigos que traduce esta cordial misiva, pero si sugiero seguir no solo los caminos reales, sino los pequeños caminitos, los secundarios de esta biografía, transitándolos a través de la lectura y que permitirán conocer aún más el entorno del país natal, del de adopción y de esta su ciudad querida, que rodearon el tránsito vital del ilustre biografiado.

Finalmente, solo deseo que quienes lean esta Biografía de Mario Spinetti Berti, vean en ella al amigo que se ha atrevido a escribir en forma respetuosa y guiado por la amistad y la cercanía que siempre hubo entre ambos, su vida por esta la Mérida de sus desvelos, al docente y universitario, al escritor de variados temas, al diplomático y académico, al familiar afectuoso, y por eso rindo modesto homenaje a quien me vio nacer en el viejo Hospital Los Andes cuando hacía la pasantía como interno en sus estudios de quinto año de Medicina, a mi profesor en las aulas del Colegio San José, a quien me recibió con

afecto en sus casas aquí en la ciudad y en su villa de La Pedregosa y al compañero bondadoso con quien compartí en amables tertulias viandas y vinos, pero sobre todo, al personaje que dejó una huella que el paso de los años no podrá borrar.

¡Por todo eso y mucho más, gracias Mario!

EL LIBRO DE CORA CONTRERAS (*)

Cuando mi estimada amiga Cora Contreras de Rodríguez me llamó para informarme que pronto haría el bautizo del libro que contiene parte de sus Memorias y que me había designado padrino del mismo, he de confesar que, aparte de sentirme honrado por la distinción que me hacía, también fue motivo de preocupación porque a mis años no es muy fácil que lo designen a uno padrino de un muchacho, aunque en este caso se trate de un libro.

Recuerdo que cuando nació uno de mis hijos mi madre me sugirió que designara madrina a una persona que gozaba de todo mi aprecio y cariño, pero lo objeté porque me parecía que tenía demasiada edad para asumir esa responsabilidad. El padrino o madrina debe coadyuvar con sus consejos a la educación del párvulo y en caso extremo sustituir al padre o a la madre en caso del

(*) Palabras en la sede de la Cruz Roja Venezolana, Seccional Mérida, con motivo del bautizo del libro "ENFERMERA, Una vida con propósito"

fallecimiento del uno o del otro o de ambos. Creo que en este caso el asunto se facilita, porque aparte de la difusión de las excelencias del libro, no creo que se me requiera para algo más.

El libro de Cora tiene un nombre sugerente: "ENFERMERA, Una vida con propósito" y considero que, a través de sus páginas, va desgranando lo que ha sido una labor útil en beneficio de las comunidades a las cuales ha servido en diferentes partes del país.

Comienza por narrar su nacimiento y primeros años en un pequeño pueblo del Táchira, San Simón, casi en la zona limítrofe con nuestro estado y al que antes se accedía por la vía de Zea desde Tovar. Con la construcción de la Carretera Panamericana se hizo más fácil llegar desde la población de La Tendida. San Simón es la capital del Municipio Simón Rodríguez del estado Táchira, está enclavado entre las aldeas de Santa Lucía, San Roque, San Isidro, San Miguel y San Andrés, apenas superaba los dos mil habitantes según el último censo y por sus cercanías pasa el río Escalante. Está situado a 1.215 msnm. Leyendo un tanto la geografía del sitio de nacimiento de Cora y los nombres de las aldeas cercanas, todas con nombres de santos, pienso que Cora ha debido estudiar para monja y no para enfermera.

Con el propósito de ampliar sus estudios Cora llegó a Caracas para inscribirse en el Colegio El Pilar en Santa Rosalía, pero el pellizco de una monja hizo que se arrepintiera y cambiara su intención inicial. Cora estaba viviendo en la casa de dos familiares míos, Josefa Valero

de Ferrigni y su hija Yolanda Ferrigni, quien era Directora de Enfermeras de la Beneficencia Pública del Distrito Federal. Yolanda, nacida en Chiguará, había estudiado en la Escuela Nacional de Enfermeras de Caracas. La recuerdo con su porte elegante, su bella sonrisa, su amabilidad innata. Su hijo Nelson fue Decano de la Facultad de Farmacia de la Universidad Central de Venezuela.

El arrepentimiento de Cora, sin remordimiento ni acto de contrición, la llevó a estudiar enfermería, con dudas al comienzo pero convencida después, como lo confiesa, porque el cargo que desempeñaba Yolanda, y las atenciones y cariño que le prodigó su mamá Josefa o Chepa como le decíamos, y las casualidades, como unas vacaciones en el Club Puerto Azul en el litoral, del cual Yolanda era socia, permitió que conociera a la Directora de la Escuela de Enfermería "Dr. Francisco Antonio Rísquez" de la Cruz Roja Venezolana, quien le facilitó su ingreso a la Escuela como oyente porque no tenía la edad mínima que se requería para ser alumna regular.

Cora narra con gracia y simpatía sus primeras peripecias como alumna del internado de la Cruz Roja, el susto y la carrera que pega cuando le toca atender a su primer enfermo, que de paso era negro y estaba desnudo, el episodio en el retén de niños recién nacidos, la imposición de la cofia y en septiembre de 1959, su graduación como Enfermera Profesional de la Cruz Roja Venezolana.

La coincidencia de que el día en que cumplía 15 años tuviera que atender a un anciano en su casa, cansada por las labores del día y frustrada por no poder celebrar tal fecha y que ese anciano fuera el Dr. Augusto Pinaud, es simpática a la par de interesante. El Dr. Pinaud, con quien se confesó Cora en gesto juvenil, comprendió el estado de ánimo en que ésta se encontraba y la relevó de su obligación de atenderlo, no sin dejar de estar pendiente ella de los medicamentos prescritos al enfermo.

Al día siguiente compartieron el desayuno en su casa, la envió en su vehículo al internado de la Cruz Roja y luego le hizo llegar un hermoso regalo como presente de cumpleaños. Este bello gesto dice mucho de la caballerosidad del Dr. Pinaud y de cómo la sinceridad de Cora, al confesarle su estado de ánimo, obró el prodigio de que el ilustre paciente se condoliera de su joven enfermera.

Cora continúa narrando a lo largo del libro sus experiencias como enfermera en la Maternidad Mérida que dirigía el Dr. Antonio José Uzcátegui Burguera, a quien el Dr. José Humberto Ocariz dedicara un soneto que en su primer cuarteto así lo elogia:

De estirpe campesina se levanta
Quijote por la vida modelado
Y Quijote a la vida dedicado
En la Madre, en el Niño y en la Planta.

Mucho debió aprender Cora del Dr. Uzcátegui, serio y afable, y escuchar en sus conversaciones sobre la importancia de la disciplina en todas las actividades, de su pasión por el país, de su afán conservacionista, de su inmensa cultura, de su vehemencia por todo lo que tuviera relación con la Madre y el Niño.

Cora hace especial referencia al rescate de las víctimas y de los sobrevivientes del avión de Aeropostal que se estrelló el 26 de enero de 1971, en un lugar cercano al Caserío Piedras Blancas, cerca de Jají. No puedo olvidar ese lamentable hecho porque ese día yo regresaba de las Ferias de San Sebastián en San Cristóbal en un avión privado y en el terminal del Aeropuerto Alberto Carnevali coincidí con los pasajeros que estaban pronto a abordar la aeronave comercial, entre ellos mi estimado compañero de estudios y compadre Néstor Luis Trejo, quien afortunadamente solo sufrió la fractura de un brazo. Más tarde pude llegar al campamento de campaña que se estableció para hacer las primeras curas a los heridos que iban llegando, mientras se les preparaba para llevarlos en ambulancias hasta el viejo Hospital Los Andes.

La experiencia en el rescate de esas víctimas del accidente aéreo, convenció a Cora de la necesidad de que se creara la Cruz Roja en esta entidad federal, se propuso conseguirlo e hizo las diligencias y contactos para hacerla realidad.

La fundación de la Cruz Roja en Mérida, los primeros pasos en un pequeño local en Los Curos, la moderna edificación que hoy sirve de sede en la Avenida 1º de Mayo de Santa Juana, el apoyo del Gobernador Jesús Rondón Nucete para la construcción y dotación de este Ambulatorio y la escogencia del epónimo "Dr. Joaquín Mármol Luzardo", ocupan otros bien delineados párrafos de la obra.

El primer viaje a España como Delegada de la Cruz Roja Venezolana, en su condición de Presidenta del Comité Ejecutivo de la Cruz Roja Venezolana Seccional Mérida, para asistir a un Curso de Atención Primaria en Salud que sería dictado por personeros de la Cruz Roja Española, y la manera como conoció al niño Antonio y a la familia de éste en el pueblo Jarandilla de la Vera, en la región de Extremadura, es de los capítulos más agradables del libro.

Su segundo viaje a España, veinte años después, con una amiga de la Cruz Roja Argentina que había sido también integrante del curso de su primer viaje, y el reencuentro con la familia de Antonio, y a éste, ya hecho un hombre, emociona de verdad.

El último capítulo lo dedica Cora, con especial afecto a su familia. Allí están su esposo César, sus hijos Milagros, Karla, Daniel y Karl y también sus experiencias como madre, abuela y bisabuela y como veterana en esas lides, creo que ya está preparada para cuando le corresponda ser tatarabuela.

Este es un libro para saborearlo y acompañarlo con las arepas de harina de trigo, chicha y pasteles que son típicos de San Simón, el pueblo que vio nacer a Cora, porque es un libro con sabor a pueblo andino aderezado con las múltiples experiencias de nuestra querida Cora a través de su laboriosa vida porque estudió en Universidades e Institutos especializados en Venezuela y España, fue Presidenta durante dieciocho años de la Cruz Roja Venezolana Seccional Mérida y ha recibido numerosas distinciones y condecoraciones.

Cora tiene muchos méritos y hay que reconocérselos. Desde un modesto pueblo andino fue a estudiar en la ciudad capital, se hizo enfermera casi sin proponérselo y ha ocupado cargos importantes en el ejercicio de su profesión. Ha sido seria y competente en todo lo que se ha propuesto.

Se atrevió a escribir un libro y lo ha logrado, y en esta sede de la Cruz Roja Venezolana Seccional Mérida, que lleva el muy bien merecido nombre del Dr. Joaquín Mármol Luzardo, institución a la que vio nacer y que presidió durante casi dos décadas, en esta tarde merideña, lo presenta y bautiza, y Cora, con ese corazón inmenso que tiene, me ha designado padrino. ¡Cuánto honor, mi estimada amiga!

Hace muchos años al salir de una ceremonia de bautizo en la Catedral de Mérida, el Padre Alfonso Albornoz, oficiante de la ceremonia, me dijo: "Álvaro, usted tiene dos compromisos con esta

ahijada, los que se derivan del sacramento y de vez en cuando darle un regalito".

¡Al bautizar este libro como padrino asumo el compromiso del sacramento, pero les pido por favor a los asistentes a este acto, que me ayuden a investigar qué se le puede dar de regalo a un libro que no sea su máxima difusión, para que pueda llegar a todos los que quieran saber quién es Cora Contreras, una ENFERMERA que ha hecho de su vida el propósito de ser útil… y lo ha logrado!

EL TELEFÉRICO DE MÉRIDA

El Teleférico de Mérida fue inaugurado en el año 1960 y construido en el lapso de treinta meses en el gobierno del General Marcos Pérez Jiménez.

Hay que advertir que cemento, cabillas, las estructuras de las torres, las cabinas y todo lo que requirió su construcción, fue llevado a lomo de mulas y a lomo humano, desde lo que es hoy la Estación Barinitas hasta la Estación Pico Espejo, por trochas hechas a machete por los obreros que allí trabajaron. Solo una máquina Caterpillar D6 llegó al final hasta la tercera estación para hacer el terraceo de lo que fue luego esa Estación. Quisiera que se compararan estos treinta meses de construcción, de la nada a su puesta en marcha, con las cuatro estaciones en pleno funcionamiento y sus torres y cabinas de transporte de pasajeros, con los años en que estuvo inoperativo por labores de reacondicionamiento en que se utilizaron las torres, las cabinas y las estaciones del año 1960 y además un helicóptero de una empresa suiza en que se trasladaron técnicos y materiales.

Haciendo un poco de historia es oportuno recordar que los miembros del Club Andino Venezolano, integrado por un grupo de jóvenes estudiantes de nuestra Universidad de los Andes, apoyaron decididamente que el Gobierno Nacional declarara Parque Nacional a la Sierra Nevada de Mérida y se iniciaran los planes preliminares que llevaron a la construcción del Teleférico de Mérida.

El Club Andino venezolano fue factor fundamental en las excursiones a la Sierra Nevada y en el arraigo del andinismo entre los jóvenes merideños y especialmente los estudiantes universitarios.

Formaron parte del Club Andino Venezolano Carlos Esteban Chalbaud Zerpa, Carlos Lacruz Bravo, Luis Ruiz Terán, Hugo José Parra Febres, los hermanos Rafael, Germán y Gabriel Jelambi, Régulo Scrocchi, J.G. Hernández Pieretti, Pedro Rincón Gutiérrez, Rafael Romero, los esposos Rodolfo y Julia Elena Santiago, y los profesores de la Universidad de los Andes Rosendo Carrasco Formiguera y Eduardo Briesse, quienes bajo la tutela del experimentado Franco Anzil, promovieron la construcción de refugios, la importación de equipos de alpinismo y la expansión del excursionismo como la mejor vía para admirar en su máxima expresión la naturaleza.

El proyecto original del Teleférico de Mérida contemplaba restaurantes y cafeterías en las cuatro estaciones y además zoológicos con ejemplares propios de la zona en dos de esas estaciones. El plan como tal no pudo ser complementado porque el Teleférico de Mérida

nació con un pecado original: ¡Fue proyectado y construido por el Gobierno del General Marcos Pérez Jiménez! Llegó a tal el odio y el desprecio hacia este gobierno dictatorial que esa actitud se reflejó en la repulsa hacia esta obra, hasta el punto de que estaba casi decidida su venta como chatarra para México, es decir, se iba a desmantelar esta inmensa construcción para terminar quien sabe en qué allá en las tierras de Cantinflas, Pedro Infante y María Félix.

Los merideños no aceptaron lo que consideraron una afrenta del Gobierno Nacional y de algunos de sus personeros y en una reunión celebrada en el viejo Mérida Country Club, las personas más representativas de la ciudad alzaron su voz para oponerse a lo que consideraron un atropello y un desafuero en contra de la obra más emblemática emprendida en pro del turismo de la ciudad, del estado y de la región andina.

Monseñor José Rafael Pulido Méndez, Vicario General de la Arquidiócesis de Mérida y luego Arzobispo Metropolitano y el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, Rector de la Universidad de los Andes, entre otros, se convirtieron en portavoces de lo que era un clamor general y llevaron la petición ante la Presidencia de la República. El Presidente Betancourt aceptó la solicitud de los merideños y ordenó que se culminaran los trabajos que faltaban, que no eran muchos, y así pudo inaugurarse el tan ansiado "Teleférico más alto y largo del mundo" como rezaban las cuñas que lo publicitaban.

El primer tramo del Teleférico va desde la Estación Barinitas a 1.577 msnm hasta la Estación La Montaña a 2.422 msnm; el segundo tramo va desde la Estación La Montaña hasta la Estación La Aguada a 3.452 msnm; el tercer tramo va desde la Estación La Aguada hasta la Estación Loma Redonda a 4.045 msnm y el cuarto tramo desde la Estación Loma Redonda hasta la Estación Pico Espejo a 4.765 msnm. El recorrido total es de 12.5 kms. que se hace en cómodas y confortables cabinas.

Desde las diferentes Estaciones y a medida que se va subiendo, se puede observar la ciudad de Mérida y las poblaciones vecinas de La Parroquia, Ejido y Tabay, el antiguo camino que conduce hasta la Aldea de Los Nevados, el Glaciar La Concha, la Cascada del Sol y el Camino de Los Callejones, las diferentes lagunas, entre ellas la Laguna La Fría, la Laguna de los Anteojos y la Laguna del Espejo, el Parque Nacional Sierra Nevada y el Parque Nacional Sierra la Culata, el Pico El Toro (4.756 m) y finalmente el imponente Pico Bolívar con sus 4.983 m. y un poco más allá los picos Humboldt (4.942 m) y Bonpland (4.880 m). En días claros se pueden apreciar hacia un lado los Llanos de Barinas y a la distancia la Sierra Colombiana del Cocuy. En el Pico Espejo está la imagen en mármol blanco de Carrara de la Virgen de las Nieves, patrona de los andinistas, que con su mirada apacible nos bendice y nos señala la ruta para un mejorar en nuestras vidas.

La vegetación boscosa de los primeros tramos cede espacio al frailejón, propio de nuestras altas montañas. El frio obliga al uso de suéteres, chaquetas, bufandas, ruanas y guantes de lana y la altura y el nivel de oxígeno a caminar despacio, pero todo lo compensa la belleza del inmenso paisaje y con suerte ver caer alguna nevada.

El único restaurant del Sistema Teleférico original, que realmente funcionó, fue el de la Estación La Montaña, a 12 minutos de recorrido desde su partida en la Estación Barinitas, en donde se podía comer, beber y bailar y además tenía una cancha de bolas criollas.

Los sábados y domingos fueron muchos jóvenes, entre los cuales me cuento, que subimos a esa primera estación para bailar y disfrutar de los conjuntos de música que allí se presentaron. La última cabina bajaba a las diez de la noche en que se trasportaba al personal que allí laboraba y a los rezagados, que no eran pocos, algunos de ellos con el vaso en la mano del último cubalibre que les habían servido.

El Teleférico de Mérida funcionó a plenitud durante muchos años con un personal calificado y eficiente que velaba por su mantenimiento. El señor Ruffieux, quien vino con la Constructora Applevage, una de las empresas francesas de la construcción, se quedó en Mérida con su familia y aquí compartió en su casa, cerca de la primera Estación, con su esposa, hijos y nietos, quienes se convirtieron en unos merideños más. Alguna vez vimos al señor Rufieux subiendo en las cabinas o en el pequeño teleférico de carga,

cuando era requerida su presencia en las estaciones para reparar alguna avería del sistema. Había mística y devoción de trabajo.

En el año 1965 se reunió en Mérida la Organización Mundial de la Democracia Cristiana (ODCA) que concitó los más importantes dirigentes de esa tendencia política en el mundo.

Vinieron delegados de Alemania, Italia, Bélgica, Francia, Estados Unidos y de los países de América Latina.

Yo formé parte del Comité Organizador y recuerdo que acompañé al Dr. Germán Briceño Ferrigni, Presidente del Partido Social Cristiano COPEI en Mérida, para entregarle la tarjeta de invitación a los actos al Gobernador del Estado Mérida, Dr. Edilberto Moreno Peña, personero destacado del Partido Acción Democrática. En la entrevista celebrada en el Despacho del Gobernador, el Dr. Briceño Ferrigni le dice al Gobernador que esperaba, en aras de la convivencia democrática (era Presidente de la República el Dr. Raúl Leoni), que la Gobernación brindara un agasajo a los asistentes a la reunión, entre los cuales estarían el Dr. Rafael Caldera, Secretario Nacional de COPEI y otros dirigentes nacionales, y destacadas figuras de los demócratas cristianos a nivel mundial.

El Gobernador Moreno Peña, haciendo uso de su bonhomía política, le manifestó al Dr. Briceño Ferrigni, que con mucho gusto ofrecería a los ilustres visitantes una cena en el Restaurant de la

Estación La Montaña del Teleférico de Mérida y así se hizo. Todos subimos en las cabinas del sistema para compartir el cordial ágape. La comida y el brindis previo, atendidos por el personal del Hotel Prado Río de la Organización CONAHOTU, cuyo Gerente era el muy eficiente Don Virgilio Angulo Mata, fue todo un éxito. Fue de verdad muy grato ver y escuchar al Gobernador Edilberto Moreno Peña palabras de acercamiento y amistad hacia los asistentes, y también al Dr. Rafael Caldera agradeciendo la amabilidad del anfitrión, en nombre propio y de los invitados, y al final fundirse en un estrecho abrazo al Gobernador y al líder socialcristiano.

Eran otros tiempos y también otros hombres.

El Teleférico de Mérida es ahora solo una referencia en la Mérida Turística.

Lo repararon a un altísimo costo y vinieron de Caracas destacadas figuras de este gobierno. Hubo mucha fanfarria y despliegue de propaganda. El 7 de octubre del 2016 se abrió nuevamente al público, pero no mucho tiempo después se volvió a cerrar. Allí está a la espera de que alguna alma caritativa se ocupe de abrir sus puertas y permitir que los turistas, criollos y extranjeros, disfruten del inigualable paisaje, del frío montañero y de las atenciones que solo los merideños sabemos brindar.

LA TELEVISORA ANDINA DE MÉRIDA TAM

El 2 de septiembre de 1982 nació, para beneplácito de los merideños y de los andinos, la Televisora Andina de Mérida TAM y, por tanto, cumplió 40 años de haber salido al aire con sus primeros programas. Fue una idea del Presbítero Ugo Anzil, en aquel entonces Cura Párroco de San Juan Apóstol de la Urbanización Santa Juana, que contó de inmediato con el apoyo del Arzobispo Metropolitano de Mérida, Monseñor Miguel Antonio Salas.

Lo que pensaba el Padre Anzil, inicialmente, era instalar una televisora comunitaria que le permitiera estar en contacto con sus feligreses y que, a través de un canal de televisión de alcance limitado a Santa Juana y barrios vecinos, pudiera comunicar noticias, girar instrucciones, recabar recursos para algún necesitado, invitar a la misa, convocar para actos en la iglesia y en la Casa Parroquial, rezar el Santo Rosario y aprovechar para trasmitir en imágenes su misión sacerdotal y servirse de este medio importante para entrar en las casas de los habitantes de la comunidad.

A mediados del siglo pasado los párrocos de los pueblos tenían equipos de trasmisión local y a través de micrófonos y parlantes en las

torres de los campanarios de las iglesias, se convertían en voceros de las necesidades y angustias de sus parroquianos. Los Padres Boanerges Uzcátegui en Canaguá, Deogracias Corredor Rojas en La Azulita, Enrique Moreno en Chiguará, Humberto Corredor Tancredi en Santa Cruz de Mora, Juan Eduardo Ramírez en Tovar y otros pioneros de la comunicación sacerdotal, a partir de las 6 de la tarde, informaban a los vecinos de lo que había pasado en el pueblo y en sus alrededores, quién había llegado y quién había viajado a Mérida o más allá, del que necesitaba una yunta de bueyes o quería vender unos sacos de café, de la evolución del tratamiento de un enfermo y de cómo podían ayudarlo, de la próxima venida del Arzobispo en visita pastoral, del llamado a la preparación para las primeras comuniones, en fin, eran una especie de recaderos de las necesidades de la comunidad y permitían al párroco estar en permanente comunicación con su gente.

Los primeros estudios de la Televisora Andina de Mérida estuvieron ubicados en los espacios del Palacio Arzobispal que tenían su entrada por la Calle 24. Los merideños se vieron impactados cuando enormes antenas parabólicas fueron instaladas en las terrazas y azoteas del Palacio y que tenían como objetivo captar las emisiones de las estaciones de televisión más importantes del mundo para retrasmitirlas en Noticias TAM, en el espacio dedicado a las informaciones internacionales.

Meses más tarde, el 17 de febrero de 1983, el Presidente de la República Luis Herrera Campins, acompañado del Ministro de Comunicaciones Vinicio Carrera, del Gobernador del Estado Edecio La Riva Araujo, el Alcalde de la ciudad Jesús Rondón Nucete y el Arzobispo Salas, oficializaron la señal de la televisora, que era y sigue siendo, orgullo de los merideños.

Fue la primera televisora regional de señal abierta en frecuencia VHF y utilizaba el Canal 6. El Jefe Técnico fue Crispín Barroeta, nacido en Chiguará, y con una vasta experiencia en las televisoras capitalinas, y fueron asesorados por los técnicos de Venezolana de Televisión. El acucioso periodista Carlos Páez Ortiz, el que nos deleita con las Paezadas en el Diario Frontera, fue el primer camarógrafo y encargado de musicalizar muchos de los programas. De sus estudios y espacios han salido locutores, periodistas, directores, productores y técnicos que hoy gozan de bien ganado prestigio en otras televisoras nacionales y de nuestra América.

Como en todas las televisoras del mundo, los programas iniciales fueron sustituidos por otros y es bueno recordar entre los primeros las incisivas entrevistas del Padre Eccio Rojo Paredes en su programa "Al Rojo Vivo" y "TAM en los Toros" de Don Julián Varona, que tanto enseñó sobre el difícil arte de la tauromaquia a quienes se iniciaban en esta afición y cumplían con el rito riguroso de asistir a nuestra Plaza Monumental de Toros Román Eduardo Sandia.

Nuestra Televisora Andina de Mérida TAM, hizo las trasmisiones a control remoto de la visita del Papa Juan Pablo II a Mérida en enero de 1985, que llevaron la imagen de todos los actos hasta los más remotos confines del mundo y que se iniciaron desde el propio Aeropuerto Alberto Carnevali al arribar el avión DC-9 de Aeropostal que traía al Papa y a su comitiva, el paseo por la ciudad en el Papamóvil acompañado por el Arzobispo Salas por las Avenidas Urdaneta y Las Américas hasta llegar a La Hechicera, donde se celebró la hermosa misa en una soleada mañana merideña en los terrenos que hoy ocupa la Iglesia de la Parroquia Universitaria, el almuerzo en el Palacio Arzobispal con las autoridades de la ciudad y representantes de las distintas parroquias y cofradías y al final la despedida en el propio aeropuerto con la bendición del Santo Padre desde la portezuela de la aeronave. TAM fue la televisora matriz de estas trasmisiones, retrasmitida por los más importantes canales de televisión en el exterior.

La primera estación televisora que salió al aire en el país en el año 1952, fue la Televisora Nacional. Recuerdo que se identificaba con las siglas YVKA TV, Canal 5, que se veía únicamente en Caracas y como era una televisora oficial dependía de la Dirección Nacional de Información del Ministerio de Relaciones Interiores cuando todavía la denominación oficial de nuestro país era Estados Unidos de Venezuela.

A pasos agigantados han sido los progresos de la televisión en Venezuela y en el mundo. Del blanco y negro y programas en los estudios con una sola cámara, a trasmisiones a control remoto y en directo con multiplicidad de cámaras y camarógrafos en distintas ciudades y utilizando satélites y drones desde el espacio. Hoy nos deleitamos con la televisión a color y de alta resolución y hemos pasado de conocer las noticias locales, a estar en segundos conectados con lo que sucede en cualquier parte del mundo.

Cumplir 40 años en el aire como lo ha hecho la Televisora Andina de Mérida TAM, es digna de los más cálidos elogios. Ha sido una hazaña mantenerse en el aire. Por eso debemos felicitar a sus fundadores con un recuerdo muy especial para el Padre Ugo Anzil y para Monseñor Miguel Antonio Salas, entonces Arzobispo de Mérida, y para todo el personal técnico que colaboró para la puesta en marcha de la televisora. Vayan también las felicitaciones para Leo do Campo, su actual Director, y para quienes hacen realidad los programas, a los directores, productores, periodistas, locutores, camarógrafos, técnicos y el personal auxiliar. Muchos han sido los programas que han salido al aire y también salido del aire, pero los merideños debemos agradecer el esfuerzo que todos han puesto para mejorar la programación de la televisora.

Al apagar las cuarenta velitas de este cumpleaños feliz, le auguramos a la Televisora Andina de Mérida TAM, con su bien ganado slogan "Orgullo de los Merideños", muchos años más de

buena programación para alegría y satisfacción de sus muchos televidentes repartidos en nuestra ciudad, en la región y en todo el país.

LA IMPRONTA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN VENEZUELA

I. EL FUNDADOR SAN IGNACIO DE LOYOLA

Para escribir sobre la impronta de la Compañía de Jesús en Venezuela es necesario evocar al fundador de esta orden religiosa, Ignacio de Loyola, el primer jesuita elevado a los altares y quien siempre sirvió de ejemplo para todos los alumnos no solo en el Colegio San José, sino también en los centenares de institutos de enseñanza patrocinados por los jesuitas en todos los confines del mundo.

Dicen las escritoras María Lara y Laura Lara en su libro "*Ignacio y la Compañía*" (1. Editorial EDAF, Madrid 2013, galardonado con el

XIII Premio Algaba), que "Cuando un caballero guipuzcoano resultaba herido de un cañonazo en Pamplona no podía intuir que, en 1540, se convertiría en el fundador de la orden religiosa católica más importante de la Historia. Desde los inicios de la Compañía, sus miembros han sido hombres de frontera, dispuestos a desplazarse a las situaciones donde otros no han podido o no han querido estar, a fin de acabar con las injusticias y solidarizarse con las víctimas. Al servicio de la "Mayor gloria de Dios", como reza su lema, los Amigos de Jesús saltaron de inmediato de su organización interna a la Historia Universal, no solo por hallarse en la exploración del orbe cuando en pleno Renacimiento se estaban dilatando sus márgenes, sino porque el poderoso cuarto voto, de absoluta obediencia a Roma, los colocaba en un papel incómodo ante los regímenes temporales, en tanto en cuanto desde sus filas se creían ya ciudadanos, de carne y hueso, de una ciudad de Dios susceptible de ser contemplada en torno a la plaza de las misiones".

Los Jesuitas "Afrontaron el reto de inculturar el cristianismo en el Nuevo Mundo, en Asia y en Oceanía, sin ser militantes se agruparon por el nombre de Dios en compañía y soportaron las disoluciones decretadas por los recelos regalistas o los vientos de la secularización. Consiguieron reinventarse una y mil veces manteniendo su estilo", según las mismas autoras antes citadas. Los Jesuitas siempre se han mantenido firmes en sus propósitos desde el fundador san Ignacio de Loyola hasta el Papa Francisco, el primer

pontífice de la Compañía de Jesús, lo cual ha significado que, por primera vez en la historia de la catolicidad, el Papa blanco Francisco y el Papa negro, el venezolano Arturo Sosa Abascal, sean ambos jesuitas y tengan sus despachos apenas a unos centenares de metros uno del otro, en la milenaria Roma.

Iñigo López de Loyola, como se le conoció al comienzo de sus andanzas, fue un joven singularmente inquieto. Nació en Loyola el 24 de diciembre de 1491 y fue el último de los ocho hijos y tres hijas de una familia cuyas propiedades estaban ubicadas entre las villas de Azpeitia y Aizcoitia, en el valle de Loyola. En su juventud aprendió a manejar la espada, porque se preparaba para ser un gentilhombre. Le gustaba la música y el baile y copiaba textos con una muy buena caligrafía. Se trasladó muy joven de Guizpúzcoa a Arévalo y entró a trabajar en la familia de Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor de los reyes cuya esposa, María de Velasco, formaba parte de la corte como dama. Iñigo, cuentan sus biógrafos, era un tanto enamoradizo.

Pronto fue llamado a integrar los ejércitos reales y en 1521 y con 30 años de edad, participó en la defensa de Pamplona que era atacada por el ejército francés. Durante el cerco a la fortaleza de esa ciudad fue herido el 20 de mayo de ese año cuando una bala de cañón le fracturó una pierna y le lesionó la otra. La caída de la fortaleza se produjo el 23 o el 24 de ese mes. Se cuenta que una tía monja suya, que había seguido de cerca la carrera de Iñigo en la corte y en la milicia, le

había vaticinado "no sentarás la cabeza ni escarmentarás hasta que te rompas una pierna" y en su caso las palabras de la tía monja se cumplieron plenamente.

Fue llevado para que se curara de las fracturas y de las dolorosas operaciones a las cuales fue sometido a la Casa Mayor de una de las propiedades de su familia en Loyola. Como no podía sostenerse de pie tuvo que permanecer acostado en buena parte de su convalecencia y pidió que le llevaran libros de caballerías tan de moda en su tiempo. No había libros de este tipo en la biblioteca del castillo y le llevaron *La Vida de Cristo* del cartujo Ludolfo de Sajonia y también se adentró en el *Flor Sanctorum* de Jacobo de la Vorágine. Estos libros le hicieron meditar y comparar su vida, la que había llevado hasta el momento en que fue herido, con la que podía ser en el futuro de seguir las instrucciones de los santos de sus lecturas, Santo Domingo y San Francisco, que habían suscitado en su interior un cúmulo de emociones contradictorias. Dejaría de ser caballero de Su Majestad para convertirse en peregrino en la búsqueda de Dios.

En su Autobiografía, nos dice el que sería santo que "Cobrada no poca lumbre de aquesta lección, comenzó a pensar más de veras en su vida pasada, y en quanta necesidad tenía de hacer penitencia della".

La conversión de Iñigo coincidió con la expulsión de la iglesia romana del agustino alemán Lutero, excomulgado por el papa León X el 3 de enero de 1521.

Martín Lutero, un monje de clara inteligencia que hacía vida en el monasterio de Erfurt, era doctor en teología y se desempeñaba como profesor de la Universidad de Wittenberg. Se declaró en rebeldía contra la iglesia tradicional que representaba el Papa. El 31 de octubre de 1517 clavó en las puertas de la iglesia de Wittenberg sus famosas 95 tesis. Según Juan Antonio Vilar Sánchez "Sus ideas (las de Lutero) calaron rápidamente en el pueblo, sometido en lo espiritual y en lo material a una estructura eclesiástica corrupta, insaciable, incumplidora de los preceptos mínimos de la fe, acaparada por los poderosos que la usaban para el beneficio económico de los suyos. Lutero supo aprovechar el vacío de poder central existente en el Imperio (de Carlos V), decantándose por una alianza con la nobleza, dejándose proteger por ella. Roma reaccionó excesivamente tarde, amenazando a Lutero con la excomunión (Bula Exurge Domine de 15 de junio de 1520) si no se retractaba en el plazo máximo de 60 días de los 43 graves errores que incluían sus tesis. Finalizado el plazo sin haberse retractado, Lutero fue excomulgado en la Bula Deccet Romanum Pontificem" (2. Juan Antonio Vilar Sánchez. Carlos V, *Emperador y Hombre*. XIII Premio Alcaba. 2ª Edición. Edaf, 2015).

Refugiado en el castillo de Wartburg, cerca de Eisenach, Lutero tradujo la Biblia al alemán que selló la ruptura con la iglesia y que fue ampliamente difundida por la imprenta que apenas se iniciaba, inventada por Johann Gutenberg (Maguncia, Hesse 1397-Maguncia 1458), quien en 1450 logró fundir en plomo una serie de pequeños sellos, cada uno representaba una letra que al reunirlos constituían una página entera de tipos que podían volverse a configurar. Esto permitió imprimir un gran número de libros diferentes y sobre todo con muchas copias abaratando los libros y permitiendo la masiva lectura de los mismos, reducida antes a los copistas enclaustrados en monasterios y conventos. Lutero fue uno de los primeros beneficiarios de este invento y le permitió difundir la traducción de la Biblia del latín al alemán y luego su pensamiento rebelde.

Pero volvamos a nuestro personaje Iñigo López de Loyola y alejémonos un tanto de Lutero, no nos vaya a alcanzar la excomunión dictada por el papa León X.

El periplo de Iñigo, una vez restauradas sus fuerzas, es más que interesante, porque al año siguiente, 1522, abandona Loyola y se hace peregrino y vela las armas ante la Virgen Morena de Monserrat del 24 al 25 de marzo. En 1523 solicita autorización papal para viajar a Jerusalén y regresa a Venecia en enero de 1524. En 1526 reside en Barcelona y luego se instala en Alcalá de Henares y en el verano de 1527 pasa a Salamanca. Por fin llega a París en 1528 donde comparte

habitación con Pedro Fabro, nacido en Savoya, y con Francisco Javier, de origen navarro. En 1533 consigue la licenciatura en letras. En 1534 hace la profesión en la colina de Montmatre. El 27 de septiembre de 1540 funda la Compañía de Jesús mediante la bula Regimini Militantis Ecclesiae y en 1541 es elegido como su Primer General.

Fueron 19 años de mucho andar, desde Loyola hasta Roma, para algunos es la culminación de esta etapa de su vida, para otros apenas es el comienzo de otra que iba a escribir con letras indelebles en la historia de la humanidad.

La Compañía de Jesús, la obra de Ignacio de Loyola, pronto inicia su penetración en otras tierras y así en 1542 llega a la India y en 1549 Francisco Javier arriba a Japón. En 1572 se crea la Provincia de México, en 1577 Gregorio Céspedes entra en Nagasaki, en 1582 Matteo Ricci lleva el cristianismo a China, en 1593 el mismo Céspedes empieza su obra en Corea.

En 1609 se funda la primera reducción jesuita guaraní San Ignacio Guazú y en 1613 Pedro Páez Jaramillo llega a las fuentes del Nilo Azul, fue el primer europeo que bebió café y dejó documentos al respecto.

Aquí en América los jesuitas desembarcaron en 1549, en 1553 están en Brasil y en 1556 arriban a las costas de Florida.

II. LOS JESUITAS EN MERIDA

En Venezuela, o lo que ahora es nuestro país, los jesuitas llegaron en 1614 y a Mérida en 1628. La Mérida de ese tiempo sería un puñado de casas y habitada por unos centenares de habitantes. Los jesuitas han tenido una manera especial de otear el horizonte de los pueblos y al fundar en ese año de 1628 el Colegio de San Francisco Xavier tuvieron que presumir que esta ciudad sería en el futuro un centro de actividad humanística, cultural e institucional. El Colegio San Francisco Xavier funcionó hasta 1767 en que Carlos III expulsa a la Compañía de los dominios de la monarquía hispánica.

Los jesuitas volvieron a Mérida en el año 1927 y fundaron el Colegio San José en una ciudad que tendría unos seis mil habitantes *donde estiraban su pereza ocho calles longitudinales y veintitrés transversales* como en *Signos de Mérida* nos lo dice Emilio Menotti Spósito, de difícil acceso por vía terrestre aunque ya se había inaugurado la Carretera Trasandina, obra trascendental construida en el gobierno del General Juan Vicente Gómez, y que unió a los andes con el resto del país. Antes de la puesta en servicio de la Carretera Trasandina era más fácil para los andinos comercializar su producción agropecuaria en Cúcuta o educar a los hijos en Pamplona, que pensar en hacer lo mismo en el centro del país o en Caracas.

El Padre Julián Barrena, uno de los primeros sacerdotes jesuitas que arribaron a Mérida en este segundo colegio, narra su periplo para llegar a nuestra ciudad *De Valera hasta Mérida el viaje fue un martirio. Baste decir que tardamos más de ocho horas hasta el Páramo…la bajada no fue tan laboriosa, si bien algo en las curvas* (4. Julián Barrena. "Los comienzos del Colegio San José de Mérida". Caracas, 24 de mayo de 1942). Antes de llegar a Valera, el Padre Barrena y sus acompañantes desde que partieron de Caracas, habían pernoctado en Valencia y Barquisimeto, fueron cuatro largas jornadas.

El Dr. Florencio Ramírez, Secretario General de Gobierno del Estado Mérida, en discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1927 con motivo de la inauguración del nuevo pavimento de la Plaza Bolívar de Mérida, al elogiar la culminación de la Carretera Trasandina, se expresó así: *Al salvar las enormes distancias, nos puso en comunicación con el mundo. ¡Parece una creación de la fantasía que los que habitamos en pleno centro de la cordillera, estemos hoy a tres días de la capital de la República! Ved, pues, como el pico y la azada, al enseñorearse del viejo imperio de las águilas, abrieron amplios y hermosos horizontes para Mérida* (5. Florencio Ramírez "*Palabras en la inauguración del nuevo pavimento de la Plaza Bolívar de la Ciudad de Mérida el 19 de diciembre de 1927*". Imprenta del Estado Mérida. 1927).

El Padre Barrena y el Dr. Ramírez, en sus testimonios, reflejan las dificultades y la lejanía que suponía el viaje de Caracas a Mérida en esos tiempos, y permiten admirar, aún más, la labor que se proponían iniciar los jesuitas al instalar el Colegio San José en nuestra ciudad.

El Colegio San José de Mérida se impuso por la calidad de la educación y la disciplina. Los jesuitas aplicaron el método de enseñanza propio de la Compañía, la pedagogía ignaciana.

III. MIS RECUERDOS DEL COLEGIO

Han sido muchos los autores que han escrito sobre la historia de nuestro colegio y una de las más importantes es la obra "*El Colegio San* José. *Los Jesuitas en Mérida* (*1927-1962*" de Carmen H. Carrasquel Jerez, editada por la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas 1998), por lo cual no voy a ahondar en este tema, pero si voy a apelar a mis recuerdos como alumno del Colegio desde tercer grado de primaria hasta que recibí el Título de Bachiller en Humanidades como integrante de la Promoción "César Humberto Niño S.J." del año 1959.

Ingresé al Colegio San José como alumno de tercer grado en el año 1950. Nuestra maestra era la señorita Chepina Varela y las aulas, desde primero hasta quinto año, estaban ubicadas en unas modestas edificaciones al lado de los campos deportivos. Nosotros jugábamos

en los campos de futbol pequeños, más apropiados para nuestra edad, aunque también teníamos al lado el Estadio Lourdes, que se utilizaba para los encuentros oficiales del Campeonato de Futbol de Primera Categoría del Estado Mérida, en los cuales la gran rivalidad eran las oncenas del San José y la Universidad, otros equipos fueron el del Liceo Libertador y el Deportivo Mérida, este de fugaz paso en el futbol merideño.

Para los padres y hermanos jesuitas el undécimo mandamiento era el futbol, deporte que era de casi obligatorio cumplimiento. El uniforme oficial de los equipos que competían en los campeonatos estadales, desde Primera Categoría hasta las divisiones juveniles e infantiles, era igual al del Atlético de Bilbao, camiseta a rayas verticales rojo y blanco, pantalonetas azul marino y medias negras, y no podía ser de otra manera, porque la mayoría de ellos eran vascos nacidos en Amorebieta, San Sebastián, Pamplona, Tolosa, Echalar, Mundara, Pitillas, Estella, Bilbao o en Vergara, y querían recordar al equipo que vieron en el antiguo Estadio de San Mamés anidar goles en las porterías de los equipos visitantes.

En cuarto y quinto grado la maestra fue la señorita María Teresa Varela y el Padre Martínez y el Hermano Bonett, los encargados de supervisar a los alumnos.

La lectura de las notas que calificaban nuestros estudios se hacía mensualmente. El Padre Rector del Colegio, José María Velaz, luego fundador de la organización Fe y Alegría, lo hacía con voz parsimoniosa. Era grato escuchar cuando llegaba mi nombre: "Sandia Briceño Álvaro José: 100 de izquierda a derecha y de derecha a izquierda", otros no llegaban a esas cotas de rendimiento. No se aplicaban castigos por las notas pero si por faltas de conducta. Alguna vez nos dejaron a los alumnos de cuarto y quinto grado castigados un sábado de 10 a 12 (salíamos a las 9:50 ese día) porque se nos ocurrió ver por la cerca de alambre de púas que dividía el campo de fútbol de los potreros de la Hacienda La Magdalena, donde hoy se encuentra el Edificio Administrativo de la ULA, como un caballo saltaba a una yegua en celo. Alguno de los compañeros, que también estuvo presente en esa travesura de muchachos, nos acusó con las maestras y estas con el Padre Martínez. El castigo consistió en escribir el Rosario completo empezando por el Señor Mío Jesucristo y seguir desde el primer misterio hasta el quinto. Creo que ninguno lo llegó a terminar y a las 12, por lástima, nos dejaron ir para nuestras casas.

Desde sexto grado hasta el quinto año de bachillerato las clases se dictaban en el edificio principal del Colegio, esa mole gris ubicada entre las longitudinales Calles Zerpa y Rodríguez Suárez y las transversales Rangel y Ayacucho y que tiene su historia porque el primer lote de terreno fue comprado por el Padre Zumalabe en 1930 para construir una edificación educativa, ese terreno tuvo un costo de

Bs 16.000 y allí se edificó el nuevo Colegio, que era una manzana completa con frente a las cuatro calles. Entre 1931 y 1940 se compraron otros terrenos para los campos deportivos. La construcción del edificio se inició en 1937 y se terminaron, aunque no completamente en 1944. En 1951 se compró una vieja casa con frente a la Calle Ayacucho donde se construyeron las piscinas y el salón de actos del Colegio, el cual estaba unido al cuerpo central y al lado de la Capilla por un túnel que pasaba por debajo de la Calle Ayacucho para permitir el acceso directo desde el Colegio hacia las áreas deportivas.

Los alumnos nos sentíamos orgullosos de todo lo que tuviera relación con el Colegio. En las fiestas patrias, los muchachos desfilábamos por las calles de la ciudad con nuestro uniforme: pantalones azul marino, camisa blanca y corbata negra, precedidos por la Banda de Guerra que dirigía el Hermano Larumbe, todos con gran marcialidad y disciplina, porque los ensayos previos eran obligatorios.

Si Iñigo de Loyola en sus mocedades fue caballero al servicio del rey, el Colegio San José también tenía que tener un Escuadrón de Caballería para participar en los desfiles. El Escuadrón de Caballería del Colegio estaba integrado por muchachos cuyos padres poseían haciendas en las cercanías y por aquellos que podían pagar el mantenimiento de los caballos. Era impresionante ver a los jóvenes en sus cabalgaduras, entre los cuales recuerdo a Alí y Luis Alfonso

Dávila, Eloy Antonio Dávila, Rafael y Ramón Iribarren, Ildemaro Molina, Germán Nucete, Bernardo Celis y Plinio y Santiago Musso, entre otros. Los potreros y las caballerizas de la Hacienda Santa María, propiedad del doctor Alfonso Dávila Matute, donde hoy se ubica la Urbanización Santa María, fue lugar propicio para que los alumnos que no eran merideños tuvieran allí sus caballos. El profesor del Escuadrón de Caballería, de origen español, de apellido Guerrero, dirigía desde su caballo Califa los entrenamientos de los jóvenes jinetes muchas veces realizados en la Hacienda Santa María con el Dr. Dávila, de polainas y foete en mano, mirando con rostro risueño y a veces severo, las vueltas y revueltas de caballos y caballeros (6. Agradezco a mi estimado amigo y ex alumno del Colegio San José, Luis Alfonso Dávila García, sus importantes informaciones para la redacción de lo relacionado con el Escuadrón de Caballería).

Cuando se inauguró el Parque de los Chorros de Milla con asistencia del General Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la República, el Escuadrón de Caballería del Colegio San José vistió su uniforme de gala para presentar los respetos al Primer Mandatario y a su comitiva, ganándose los mejores elogios de los que presenciaron el acto por la elegancia con que los jóvenes jinetes manejaron bridas y espuelearon ijares.

Estudiaba sexto grado (1953-1954) cuando se impuso un uniforme para los desfiles y actos del Colegio, que consistía en pantalones beige y chaqueta y gorra marrón con camisa blanca y corbata negra, que nos asemejaban a unos cadetes de cualquier escuela militar. Recuerdo haber ido a la Sastrería La Floryola, una cuadra y media arriba del Colegio y frente al Boulevar de los Pinos del antiguo Seminario de Mérida, para tomarme las medidas. El experimento no duró más de un año porque como estábamos en plena etapa de crecimiento, era oneroso dotarnos de un uniforme nuevo cada vez que nos "estirábamos" y no podíamos desfilar con pantalones y chaquetas "zancones" como se nos decía en ese tiempo.

IV. LA IMPRONTA DE LOS JESUITAS

La influencia del Colegio San José de Mérida, en los treinta y cinco años en que estuvo educando a la comunidad merideña y a los jóvenes de diferentes partes del país, se hizo sentir siempre y aún después de su lamentable cierre en el año 1962.

Muchos venezolanos de todas las clases sociales pasaron por sus aulas. Tenía un sistema de becas en las cuales se imponía a los padres y representantes la obligación de mantener el secreto de que el alumno gozaba de una beca, para que éste no se sintiera inferior al que sí podía pagar el costo de las mensualidades. Fueron cientos y miles

de muchachos que pasaron por las aulas, casi todos sacaron provecho de las enseñanzas y de la disciplina que impartían los sacerdotes, los hermanos y los profesores de las distintas materias.

La impronta del Colegio San José en la sociedad venezolana todavía se hace sentir. No hubo actividad en los organismos oficiales y en las empresas privadas y actividades sociales que no fuera permeada por los alumnos del Colegio y por eso Parlamentarios, Ministros, Gobernadores, Embajadores, Magistrados de los más Altos Tribunales de Justicia, Rectores, Vicerectores, Secretarios de la Universidad y Decanos, Presidentes de Academias, Presidentes de Institutos Autónomos, Presidentes de Concejos Municipales y los actuales Alcaldes, Presidentes y Directores de Bancos y Empresas de Seguros, Presidentes de Clubes sociales y deportivos, en fin, toda la geografía del país supo, en mayor o menor escala, lo que significaba tener a un ex alumno del Colegio San José al frente de cualquier actividad importante que se pudiera desarrollar.

Todos los que estudiamos en el Colegio San José recibimos la educación jesuita, ese sistema de enseñanza fundamentada en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola. Se buscaba la espiritualidad y también el conocimiento académico para un desarrollo total de la personalidad al servicio de Dios y del prójimo. A medida que crecíamos en años se nos exigía más, pero siempre acorde con nuestras condiciones físicas y mentales. Las evaluaciones

periódicas nos fueron orientando hacia las carreras universitarias o técnicas que luego seguimos. No todos fuimos "doctores" pero trataron de que fuéramos "doctos".

Creo que los Padres Rectores, Prefectos, Espirituales, sacerdotes y hermanos jesuitas, profesores y nuestras maestras de primaria, deben de sentirse todos orgullosos de la cosecha que recogieron cuando sembraron sus sabias enseñanzas en nosotros.

El lema de la Compañía de Jesús es Ad maiorem Dei gloriam (A la mayor gloria de Dios), no lo hemos defraudado. La cosecha del Colegio San José ha sido pródiga.

Laus Deo.

EL COLEGIO SAN JOSÉ I

El Colegio San José de los padres jesuitas es solo un recuerdo. Inició sus labores el 19 de septiembre de 1927, hace 93 años, y fue una institución que hizo historia y dejó huella profunda, aún no desaparecida, en los cuadros de la juventud andina y venezolana. La ciudad de Mérida apenas contaba con 6.500 habitantes, y su única vía de comunicación era la carretera trasandina. Transitar por los páramos andinos era una verdadera odisea, la ciudad estaba aislada del país, se hacía difícil la comunicación con los estados vecinos; sin embargo llegaron al recién creado Colegio alumnos de todas partes de Venezuela.

En su fundación influyó mucho monseñor Cento, quien se desempeñaba como Nuncio de su Santidad en Venezuela.

Los promotores inmediatos fueron el Arzobispo Antonio Ramón Silva y su Arzobispo Coadjutor Acacio Chacón Guerra. El Arzobispo Silva no vio la inauguración del Colegio, muere el 31 de julio de 1927 a causa de una afección respiratoria. Le sucede en la Mitra Monseñor Acacio Chacón, quien era Arzobispo Coadjutor con derecho a sucesión desde el año anterior. Tomó posesión de la Arquidiócesis el 1° de agosto de 1927.

Desde mediados de junio de 1927 había llegado a Mérida el Padre Luis Zumalabe, a fin de disponer lo necesario para el acomodo del nuevo colegio. La Arquidiócesis le ofreció para ello dos lugares. Aquel donde más tarde se fundó el Colegio de las Hermanas Salesianas y el situado frente al Diario El Vigilante por la calle Zerpa. El Padre Zumalabe con el mejor acuerdo escogió éste último, por ser más céntrico y más amplio, ya que ocupaba media manzana. La parte de arriba estaba construida por un edificio de muy buena traza, con su jardín típicamente merideño.

Esa primera sede estaba en el cruce de la Calle Zerpa con la Calle Vargas (hoy Avenida 5 Zerpa con Calle 22), donde está el Edificio Del Olmo, hoy sede del Hotel Plaza y el Restaurante Bimbo.

La primera etapa del Colegio San José, entre 1927 y 1942, contaba con su sede ubicada a metros de la Plaza Bolívar, muy cerca de las edificaciones de la ciudad: la Catedral, el Palacio de Gobierno y el Cuartel. La sede del colegio fue un aporte de la iglesia y la sociedad merideña para el regreso de los jesuitas.

El hermano Gogorza, constructor, hizo los primeros planos para acomodar la casa a las necesidades de un Colegio, pero a la Arquidiócesis le pareció demasiado costoso, por lo tanto los fundadores se vieron en la necesidad de adaptarse a las circunstancias. La parte posterior comprendía un gran solar, con caña brava, palos, láminas de zinc y paredes de bahareque donde se

construyeron los salones de clase, dormitorios y los servicios, quedando un mediano patio para los juegos.

Con los techos de zinc y con los aguaceros merideños los alumnos internos tenían que acostumbrarse al ruido que se sentía para poder conciliar el sueño.

Los jesuitas destinados a esta Fundación el padre Luis Zumalabe, Rector, el padre Julián Barrena, Ministro de la Casa y Prefecto del Colegio, el padre Félix Peciña, confesor de los alumnos, el padre Cándido Gordoa, maestrillo, aún no era sacerdote, gran animador y organizador de los equipos deportivos, victoriosamente a veces con los equipos universitarios y el Hermano Lamarain, guía de los primeros pasos por el camino del saber de los pequeños del Colegio. Fieles cuidadores de la romanilla, el Hermano Arruti y el Hermano Nicolás Bonachia, que fue más que un buen carpintero.

Los seis fundadores del Colegio salieron de Caracas el 14 de septiembre de 1927 en un vehículo Chrysler, modelo Diana, manejado por Paco Tavio, haciendo la primera parada en Valencia donde pasaron la noche. La segunda jornada del viaje hasta Barquisimeto, y la tercera noche en Valera, habiendo salido ilesos de la trágica quebrada de Carora. A las 7 de la mañana del sábado 17 de septiembre emprendieron la última y más fatigosa jornada, ya que en cada una de las incontables curvas del páramo había que parar el Diana.

Después de diez horas de aquella penosa jornada llegaron a Mérida, tras haber sido recibidos por una distinguida comisión en Tabay.

La primera noche durmieron en el Colegio los padres Zumalabe y Barrena, los demás en el Palacio Arzobispal, mientras se acomodaban los dormitorios en el Colegio.Los fundadores recibieron unas instalaciones sin ningún tipo de mobiliario, aun cuando el compromiso era entregarlo ya equipado. Al no darles el Colegio amoblado, los jesuitas se vieron en la obligación de comprar el mobiliario. El padre Echenique desde Caracas colaboró mucho en la instalación del Colegio, enviando los materiales necesarios para su funcionamiento.

El Colegio San José inició sus labores el 19 de septiembre de 1927 con una Misa en el pequeño Oratorio, cuya puerta daba al zaguán de la casa. El Prospecto que sobre el Colegio había circulado se estableció en tres categorías de alumnos: Externos que siempre fueron el mayor número, semi- internos que siempre fueron muy pocos, e internos que con el tiempo llegaron de toda la geografía venezolana.

De esta clase, la primera noche durmieron en el hogar: Manuel Nucete Carrero, Alfonso (Toto) Dávila Matute, los hermanos Oscar y Alfonso Briceño Paredes, Héctor Ramírez Méndez y Rodolfo Briceño. El Hermano Bonachia hizo un improvisado Bowling con un palo largo y una pelota, los jóvenes recién llegados jugaron con mucho entusiasmo.

El Colegio en poco tiempo tomó fama, muchos padres enviaron a sus hijos para que asistieran a las clases de Sexto Grado, aunque ya lo habían aprobado. El Rector y el Prefecto sin escatimar el trabajo, fuera de las atenciones de sus cargos, tuvieron cuatro horas de clases diarias. Los primeros días, la atención de la cocina y comedor estuvo a cargo de las hermanas de monseñor Chacón, Ana y María.

Un asiduo visitante era monseñor Clemente Mejías, Dean de la Catedral, quien siempre llevaba algo de obsequio al colegio. Monseñor Chacón siempre estuvo pendiente de todos los detalles del Colegio que estaba naciendo, después de iniciadas las labores docentes. Numerosos merideños contribuyeron al pago de viajes, como a la compra de los terrenos y equipamiento del Colegio.

Mientras existió el Colegio San José de Mérida de los Padres Jesuitas, continuador de una tradición que se remonta a los tiempos de la Colonia, fue fragua y forja de hombres de bien. Para el afecto y el respeto de muchas generaciones de "josefinos", los nombres de Zumalabe, Rezola, Barrena, Crescente, Goicoechea, Machin, Velaz, Bilbao, y Marcoida, por citar algunos. Fueron todos ellos Maestros ejemplares y ductores insignes a la par de apóstoles y amigos entrañables de Mérida.

La Compañía de Jesús, representada por los padres Jesuitas del Colegio San José, se fueron de Mérida en el año 1962, hace 58 años, dejando un gran vacío en la ciudad por el cierre de sus aulas, que tanto representaron para nuestra Mérida.

EL COLEGIO SAN JOSÉ II

Cuando la Compañía de Jesús decidió fundar el Colegio San José en Mérida en 1927, designó al Padre Luis Zumalabe como su primer Rector y a éste le sucedieron en estas responsabilidades los Padres Julián Barrena, Dionisio Goicochea y Cirilo Rezola. El Colegio San José sería un digno heredero del Colegio San Francisco Javier que funcionó en esta ciudad desde el año 1628 hasta 1767 en que Carlos III expulsó de su imperio a los jesuitas.

La Compañía de Jesús, en sus sacerdotes y en sus colegios, se ha guiado por la Ratio Studiorum que es el libro que orienta los estudios en sus centros de enseñanza. Fue elaborado por seis Padres designados por la superioridad, examinado en las provincias, y aprobado por la Quinta Congregación General de 1599, pero modificaciones hechas en la Congregación General Séptima hicieron necesaria una nueva edición de la misma, publicada por Bernardo de Angelis, Secretario de la Compañía de Jesús, el 2 de febrero de 1616.

La Ratio Studiorum conserva la esencia de las reglas en cuanto a la organización interna de la Institución educativa y las normas para el funcionamiento de los colegios y en consecuencia, fue aplicada al Colegio San José de Mérida.

Una vez instalados los primeros jesuitas en Mérida se planteó la necesidad de construir una edificación cónsona con las actividades a desarrollar. El Rector, el Padre Zumalabe, adquirió un lote de terreno, una cuadra completa que daba a las cuatro calles, con un costo de Bs 16.000, propiedad de la señora Filomena Rojas de Salas. Entre 1931 y 1940, se adquirieron tres nuevos terrenos que fueron destinados el primero para el Salón de Actos y piscinas, el segundo que ocupó y sigue ocupando el Estadio Lourdes, destinado exclusivamente para deportes, y un tercero para complementar el campo de deportes.

En 1937 se iniciaron las obras de construcción y siete años después se inauguraron. La última adquisición en la ciudad fue en noviembre de 1951 cuando se firmó y registró la compra de una casa frente al Colegio en la Calle 25. Antes se habían comprado un terreno al General Golfredo Masini y una casa contigua, con lo cual se eliminaban edificaciones entre el Colegio, el campo de juego y las piscinas. El precio de esta última casa fue de Bs 40.000. Según refiere Carmen H. Carrasquel Jerez en su libro "El Colegio San José. Los jesuitas en Mérida (1927-1962)" la Compañía de Jesús consolidó entre los años 1935 a 1951, todo lo que llegó a ser el patrimonio del Colegio San José en Mérida, porque además adquirió la finca situada en El Valle donde se construyó la Casa de Retiros de San Javier del Valle y luego las instalaciones del Colegio y Talleres de Fe y Alegría, y finalmente la finca El Rosario en La Pedregosa, donde pastaban vacas

que suministraban leche, queso y mantequilla para las necesidades del Colegio, unos gordos cochinos que luego se beneficiaban bajo la dirección del Hermano Lazcano, y hortalizas y legumbres y otros menestras para el mismo colegio. La construcción del Colegio San José representó la primera estructura de concreto que se construyó en la ciudad de Mérida.

Estaba constituida por tres pisos, espacios inferiores y sótanos. Los alumnos mayores tenían habitaciones individuales y los medianos y los menores compartían sus dormitorios, siempre bajo la vigilancia de uno de los Padres Jesuitas. La parte escolar frente al patio principal tenía aulas y laboratorios, luego venían los comedores y la cocina y depósito en el sótano con salida por el patio que da a la Calle Rodríguez Suárez hoy Avenida 6. De frente a la Calle 25 Ayacucho estaba la capilla y en el Altar Mayor la Vírgen del Colegio, que se abría para que la feligresía acudiera a las misas. Luego se construyó el frontón, con unas gradas de madera que servían para que los sábados en la noche se proyectaran películas para los internos, y dos patios de cemento para practicar basket, volibol y futbolito En la planta alta estaban los dormitorios de los padres, la capilla privada, los cuartos de los mayores, la biblioteca y la enfermería. Las aulas de quinto año de bachillerato con sus especialidades primero de Física y Matemáticas y de Ciencias Biológicas y luego de Ciencias y Humanidades, también estaban en la planta alta, y grandes materos con begonias y helechos adornaban los pasillos.

Después de las clases de la tarde los internos y los externos que quisieran sumarse, tenían hora y media para practicar fútbol y béisbol en los campos de deportes. El paso de los muchachos (300 o más) del Colegio a los campos de deportes interrumpía el paso de vehículos por la Calle 25 durante algunos minutos y para solucionar este problema se construyó un túnel entre el Colegio y los campos debajo de la calle. Los cálculos estructurales de la obra fueron realizados por el Ingeniero Italo De Filippis, ex alumno del Colegio e integrante del equipo de fútbol de Primera Categoría del San José, fallecido muy joven en un aciago accidente cuando se iniciaban las obras del Teleférico de Mérida.

EL COLEGIO SAN JOSÉ III

La Compañía de Jesús, la orden fundada por San Ignacio de Loyola, se convirtió con el tiempo en un prodigio en la enseñanza. San Ignacio de Loyola según su biógrafo Juan Miguel Gamuza "Tiene en su tiempo la audacia de los conquistadores y de los grandes capitanes una característica: el heroísmo". "Todo santo es un héroe", escribe Gregorio Marañón, pero en San Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patética.

El Colegio San José de Mérida tuvo siete Rectores: Luis Zumalabe (1927-1933), Julián Barrena (1933-1939), Dionisio Goicochea (1939-1944), Cirilo Rezola (1944-1948), José María Velaz (1948-1954), Luis Arizmendi (1954-1960) y Jesús Francés (1960-1962).

Vamos a concentrarnos en esta nota en uno de los Rectores más relevantes del Colegio San José: el Padre José María Velaz.

El Padre Velaz nació el 4 de diciembre de 1910 en Rancagua, Chile, hijo de padres vascos que habían emigrado a ese país en busca de mejores condiciones de vida. Rancagua, en idioma mapuche, quiere decir "lugar de hierbas" y está situado a 82 kilómetros al sur de Santiago. Al fallecimiento de su padre volvió a España y en 1928 entró

en el noviciado de Loyola. Cuando el gobierno de Azaña ordenó la disolución de la Compañía de Jesús en el territorio español, confiscó todos sus bienes y la expulsión de los 3.001 jesuitas que la integraban, el exiliado novicio José María Velaz tuvo que continuar sus estudios en Marnefe, Bélgica.

Fue enviado a Venezuela y llegó el 26 de agosto de 1936 al Colegio San Ignacio de Loyola en Caracas. Volvió a España a continuar sus estudios de teología y recibió la ordenación sacerdotal en Oña (Burgos), el 15 de julio de 1943. Volvió a nuestro país el 3 de octubre de 1946 para quedarse definitivamente.

Designado Rector del Colegio San José, además de supervisar la marcha de los estudios y mantener el fundamento y el logro de los objetivos de la comunidad jesuita, abrió las puertas del Colegio a los obreros e hijos de obreros de la ciudad y creó una Escuela Nocturna que empezó a funcionar el 10 de noviembre de 1950, bajo la dirección del Hermano Bonet, con seis alumnos, al finalizar el año escolar ya eran 104 y llegó a tener más de 400 alumnos, lo que superaba el número máximo de internos y externos en el Colegio. Esa Escuela Nocturna fue indudablemente la simiente de la Organización Fe y Alegría, extendida en tres continentes y que hoy educa a más de 1.500.000 niños, niñas, jóvenes y adultos de sectores pobres, rurales e indígenas. La mayoría de los profesores de la Escuela Nocturna eran los propios alumnos, casi todos pertenecientes a familias de alto nivel

económico, porque el Padre Velaz quería que vieran la realidad de la pobreza y el sacrificio de quienes tenían que trabajar para lograr su sustento y el de los suyos, y que luego acudían en la noche para tratar de formarse y buscar un destino mejor.

LA TRAGEDIA DEL DC-3. El 15 de diciembre de 1950 ocurrió un hecho doloroso cuando el avión que llevaba a veintisiete alumnos del Colegio San José de Mérida a Caracas se estrelló en el Páramo Los Torres en el Municipio Monte Carmelo del Estado Trujillo. El Padre Velaz se ocupó personalmente de la búsqueda del avión y del rescate e identificación de los que habían sido sus alumnos. Fueron enterrados el 18 de ese mes en el Cementerio General del Sur en Caracas, en ceremonia presidida por el Arzobispo de Caracas Monseñor Lucas Guillermo Castillo.

Una infinita tristeza embargó el espíritu del Padre Velaz y se dispuso a honrar la memoria de los muchachos cuyas vidas habían sido segadas cuando apenas empezaban a florecer. De esa infinita tristeza nació la Casa de Ejercicios Espirituales de San Javier del Valle Grande, que mira siempre las blancas cumbres del Pico Bolívar y en cuya capilla se puede leer la hermosa dedicatoria del Padre Velaz:

"Eran 27 muchachos/que caminaban por la tierra/y pasaron por aquí de nuestra mano,/y ahora viven en el cielo" y nos dejó otra sentida frase: "Jesús, divino piloto, viajaba con ellos y se los llevó a la felicidad inmortal".

El Padre Velaz murió el 18 de julio de 1985 en San Ignacio del Masparro, una más de sus obras, allá en el llano indómito, tratando de que esas tierras fueran una nueva Altamira como las de Santos Luzardo y Marisela y arrebatadas a los designios del Hato El Miedo de las Doñas Bárbaras de todos los tiempos.

Solicitó que sus restos fueran enterrados en San Javier del Valle Grande, cerca de las hélices del DC-3 que en la cascada recuerdan a la aeronave que nunca llegó a su destino y que perennizan la memoria de los 27 alumnos del Colegio San José y también cerca de las aulas y los talleres de Fe y Alegría, su otra gran obra. Algún día la ciudad de Mérida erigirá una estatua y bautizará una Avenida con el nombre del Padre José María Velaz, como un homenaje a este sacerdote quien se adelantó muchos años al pensamiento del Padre Pedro Arrupe, Prepósito General de la Compañía de Jesús, cuando en 1971 ordenó un cambio en los objetivos de la comunidad jesuita al decir que "la educación es indispensable para solucionar de verdad el problema de la miseria" e invitaba a hacer de los colegios "instrumentos para la formación de hombres conscientes de la necesidad de cambios radicales". Ya el Padre Velaz, al fundar la Escuela Nocturna del Colegio San José y la Organización Fe y Alegría, había hecho realidad las tajantes palabras del Padre Arrupe.

50 AÑOS DEL MILAGRO DE AEROPOSTAL

Mérida, la ciudad turística y estudiantil de Venezuela, fue sacudida el lunes 25 de enero de 1971, hace 50 años, por la tragedia ocurrida en el sector Las Quebraditas, Páramo de Los Conejos, cuando el avión de Aeropostal, vuelo 359, se estrelló a los siete minutos de haber despegado del Aeropuerto "Alberto Carnevali".

El Gobernador del Estado Mérida, Dr. Germán Briceño Ferrigni, regresaba en vuelo privado de la ciudad de San Cristóbal donde había asistido a la Feria de San Sebastián concluida el día anterior, lo acompañaban Jorge Sandia Briceño, Arturo Rodríguez y Álvaro Sandia Briceño. Al arribar al aeropuerto merideño coincidieron con los pasajeros del fatídico vuelo, se saludaron y se despidieron.

La aeronave empleada en el vuelo 359 era un Vickers 749 Viscount (siglas YV-C-AMV), que para 1971 tenía 15 años de servicio en Aeropostal, ya que el fabricante la entregó a la aerolínea en el año 1956. La tripulación del vuelo estaba conformada por el capitán Luis

Mendoza García, el copiloto Rafael Fernández Trujillo y las azafatas Eduvigis Guerra y Norma La Russo, y sus 43 pasajeros.

De los pasajeros, 15 no sufrieron herida alguna o muy leves y pudieron auxiliar a muchos otros. El teniente coronel Humberto Ramírez Méndez, perteneciente a la Primera Sección del Ejército en Conejo Blanco, con un profundo corte en la frente, escoriaciones en el rostro y golpes en todo el cuerpo, fue uno de los primeros en salir del avión por uno de los amplios boquetes producidos al partirse el fuselaje. Su primer cuidado fue para una joven que, con el brazo izquierdo destrozado, perdía sangre en abundancia. Con su corbata el coronel Ramírez Méndez le hizo un torniquete y luego, al ver que los otros ilesos atendían a los heridos, emprendió la marcha en busca de auxilio con otros dos compañeros de viaje. Luego de una penosa caminata de varios kilómetros cerro abajo, dificultada aún más por el dolor de sus lesiones, el militar y sus compañeros llegaron hasta una casa campesina donde una niña de doce años los condujo hasta el lugar donde podían pedir socorro.

Llegaron hasta el sector Casas Blancas de Las Cruces, el coronel tomó un teléfono y llamó al gobernador Germán Briceño Ferrigni notificándole lo ocurrido. Lo más asombroso fue que el coronel y sus dos compañeros tuvieron aún fuerzas para volver al sitio del accidente y colaborar en la atención de las víctimas.

La llamada llegó a la estación de CANTV Mérida para hacer enlace con el Despacho del Gobernador, siendo ésta oída por la encargada de hacer el enlace, y a los minutos se lo comunicó a su amigo Pedro Mendoza de Radio Los Andes, quien a su vez informó al periodista Germán Uzcátegui Rivas. Este último, haciéndose pasar como ejecutivo de Aeropostal, llamó a las oficinas de la empresa para comprobar el accidente, dando luego la información exclusiva en cuatro boletines seguidos sobre el desastre que había ocurrido. La noticia por Radio Los Andes inmediatamente alarmó a la población y llenó a la ciudad de consternación.

El Gobernador Briceño Ferrigni, sin perder tiempo, emprendió viaje al sitio de Casas Blancas. Igualmente, de inmediato y al conocerse la información, se instaló el Hospital de Campaña en una casa habilitada donde se brindaron los primeros auxilios a los heridos. Llegaron a Las Cruces médicos, ambulancias, personal de rescate y el presbítero Deogracias Corredor, quien se encargó de suministrar los últimos sacramentos a los moribundos. Ya habían llegado al lugar los doctores Rafael Abzueta y Juan de Dios Celis, quienes con su experiencia empezaron a organizar el improvisado hospital.

Al lugar de la tragedia, "Las Quebraditas" del Páramo de los Conejos, a una hora a pie de Las Cruces en la carretera de Jaji, subió mucha gente, unos para ayudar y otros para ver que recuerdo se

traían. Mientras llegaban los primeros heridos se habilitaron el viejo Hospital de Los Andes, ubicado en la Avenida 3 Independencia, y la Clínica Mérida en la Avenida Urdaneta.

Toda la tarde y las primeras horas de la noche las sirenas no dejaron de sonar en las ambulancias que trasladaban, desde el sitio de operaciones, Casas Blancas, a los heridos por la carretera Panamericana y avenidas de Mérida a los centros de salud antes descritos. El rescate se hizo en tiempo récord. En seis horas todos los heridos habían sido ya evacuados y estaban en vías de ser atendidos por médicos y estudiantes de Medicina de la Universidad de Los Andes, en Mérida.

La tarea de rescate no fue fácil, se realizó en medio de condiciones adversas. El páramo dificultó el avance de las patrullas, la niebla se hizo presente a las tres horas de haberse producido la tragedia y, por último, una lluvia ocasional se dejó caer cuando faltaba poco para la puesta del sol.

Conocida la tragedia se empezó a especular sobre los motivos del accidente aéreo. El aparato despegó normalmente y es falso que llevaba dos pasajeros de más. Por el contrario, tenía aún cuatro plazas disponibles en su total de 48 asientos. Según el supervisor de la torre de control del aeropuerto de Mérida, Héctor Luis Murzi, el avión recorrió el tramo normal de la pista antes de levantar vuelo; tampoco

el comandante Mendoza llamó por radio a la torre de control indicando, a los pocos minutos, que el avión estaba en emergencia. La tragedia sobrevino de modo imprevisto y sin aviso, aunque algunos de los sobrevivientes declararon que les parecía extraño que el avión volase aún a baja altura.

Una decisión del capitán Mendoza permitió que fueran muchos los sobrevivientes. Al percatarse que su avión Viscount perdía altura y velocidad rápidamente, realizó la maniobra denominada "arborizar" que, como su nombre lo indica, consiste en posar el avión sobre la copa de los árboles y aterrizando sobre los arboles evitó un impacto de frente que habría sido aún más desastroso. En el momento del primer impacto, algunos pasajeros se habían despojado ya de sus cinturones de seguridad, mientras otros continuaban aún abrochados. Los que habían desatado sus cinturones fueron proyectados en todas direcciones.

A medida que pasaban las horas se empezaron a conocer la lista de sobrevivientes y fallecidos. En el grupo había personas muy conocidas en la ciudad que habían escapado a la muerte, entre ellos el dirigente político Néstor Luis Trejo, el dirigente deportivo e ingeniero Luis Alberto Jiménez Ron y el comerciante José Rafael Guillén.

En el vuelo de Aeropostal viajaban además 25 integrantes de la convención que había celebrado la empresa Stanhome en la ciudad de

Mérida, muriendo 13 del grupo. De todos los sobrevivientes fallecieron posteriormente el copiloto y una joven merideña. La atención médica oportuna salvó muchas vidas.

Lista de Sobrevivientes

Omaira Ayala, Héctor González Pulido, Lucila Medina, Anna Benmaman, Jesús Guillén, Esteban Méndez, Sergio Briceño Salas, José R. Guillén, Manuel de Jesús Alfonso Morantes, Ana Carpio, Eduardo Hernández, Lourdes Mosquera, Jorge A. Casanova Necker, Luis A. Jiménez Ron, Humberto Ramírez Méndez, Venancio Cordero, Fidelina Mahecha, Elsa Siguera de Messy, Carolina Chaney, José Toussaint, Alberto Taham, Vincent Chaney, Milagros de Toussaint, Néstor Luis Trejo, Andrés Fajardo, Nelly Medina Sánchez y Victoria Villacorta.

Lista de Fallecidos

María Bello de Scoffio, Doris Jiménez, Benito Ramón Mosquera, Ana Cárdenas de Ramírez, Eva Jiménez de Alvarado, Celia Teresa Rangel, Luis Manuel Dávila, Ma. Auxiliadora de Lima Lozada, Angélica Ríos de Villacorta, Gustavo Echeverría, Luisa Mata de Cordero, Sonia Romero Sepúlveda, Carmen Ramona Galicia, Andrés Gabriel Medina, Rosa de Vilchez y Rosa Isabel Calderón, quien falleció una semana después del accidente.

El accidente de Aeropostal está lleno de anécdotas: una señora producto del shock ofreció caramelos a los soldados de una patrulla y los animó, muriendo horas más tarde en el Hospital de Mérida. El copiloto, capitán Rafael Fernández Trujillo, estaba aún vivo cuando el auxilio llegó a su lado. Lucia perfectamente consciente, aunque con heridas visibles, y hasta recomendó a un enfermero militar que no le colocase una transfusión de suero en el brazo derecho, sino en el izquierdo: "El derecho me duele una barbaridad". Por la noche estaba muerto en el hospital. El padre Deogracias Corredor se acercó a uno de los heridos a quien vio muy mal con el ánimo de confesarlo, el herido le dijo: "Padre yo estoy bien" y le respondió el padre: "Pero si te confiesas te vas a sentir mejor" y terminando la confesión, cuando le dio la absolución, se le murió en los brazos. El médico José Freites de La Azulita, vecino de la tragedia, efectuó dos viajes de ida y vuelta para socorrer a las víctimas. Eduardo Phillips, gerente de la empresa Stanhome, fue la persona que con un extinguidor paró el incendio que se inició después de la tragedia y ayudó a rescatar a otros tres sobrevivientes, pese a encontrarse herido.

El 25 de enero de 1971 fue un verdadero milagro. La tragedia podía haber sido de mayores proporciones de fallecidos. Ese día la iglesia celebra al santo San Pablo, a quienes muchos creyentes le atribuyeron el milagro.

Fuentes: Jesús Rondón Nucete en su portal Guion y Germán Uzcátegui Rivas. Hemeroteca particular, archivo y composición fotográfica de Germán D' Jesús Cerrada.

Hemos recibido algunos testimonios de personas que vivieron la tragedia como de la azafata Eduvigis Guerra, sobreviviente de la tragedia de Aeropostal, quien actualmente vive en Londres y tiene 72 años, en el momento del accidente tenía 22 años.

LAS CASONAS DE MÉRIDA

Con el fallecimiento de Eloy Antonio Dávila Spinetti y de doña Edna de Pardi Dávila, además de lamentar el viaje sin retorno, nos mueve a preocupación el destino que pueda darse a las dos viejas casonas de hacienda que, en vida, fueron el reducto de sus preocupaciones y del entorno familiar de ambos. La Hacienda Las Tapias, situada hoy en la Avenida Andrés Bello y antes en la Carretera Trasandina que construyó el General Juan Vicente Gómez desde Maracay y aquí el General Amador Uzcategui, Las Tapias que miraron y admiraron el paso triunfal de El Libertador en la Campaña Admirable de 1813, fue la vivienda de Eloy Dávila Paredes, padre del doctor Eloy Dávila Celis, Rector que fuera de la Universidad de los Andes y de la Universidad Central de Venezuela, y de la familia Dávila Celis. Allí vivió Eloy Antonio y vivieron sus hijos, hoy labrando el porvenir en países extranjeros. Es una bella mansión de estilo colonial y preservada por sus moradores con esmero y cuidado. Allí pontificaba el doctor Dávila Celis y servía de acogedor nido de toda la extensa familia cuando se reunía en torno a doña María Luisa, la vieja matrona de quien desciende toda la extensa progenie.

DOS HACIENDAS DOS HISTORIAS

La Hacienda La Concepción fue inicialmente de doña Mariana Briceño Uzcategui quien contrajo matrimonio con el doctor José de Jesús Dávila García quien fuera Rector de la Universidad de los Andes y Presidente del Estado Mérida. Las Haciendas Las Tapias y La Concepción y la Hacienda San José de doña Gregoriana Uzcategui de Briceño, todas relativamente cercanas, eran las mayores productoras de café en la planicie merideña por lo menos hasta las primeras decenas de años del siglo pasado. En la Hacienda La Concepción vivió el General Gustavo Pardi Dávila, descendiente de doña Mariana y esposo de doña Edna.

El General Pardi Dávila ocupó posiciones importantes en su carrera militar y alcanzó el grado de General de División. Fue Ministro de la Defensa en el primer gobierno del Dr. Rafael Caldera y Presidente de la Corporación de los Andes en el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez. El General Pardi Dávila hizo de la casona de la Hacienda La Concepción un verdadero museo. En los espacios de algunas de las habitaciones y en los corredores se pueden apreciar desde utensilios y medios de labranza de la colonia y motores de trapiche hasta fotografías de acontecimientos nacionales y regionales. Las dos casas de estas Haciendas deben preservarse y la iniciativa privada, empezando por los propios familiares de Eloy Antonio y de doña Edna, deben ocuparse de mantenerlas y conservarlas.

La Universidad de los Andes, en otras circunstancias y con un presupuesto digno y suficiente, podría dedicar estas bellas casonas para algún museo o para las Escuelas de Música y de Arte. Estas casas deben mantenerse habitadas porque el aliento humano conserva techos y paredes y dejarlas solas llevará a su derrumbe. Las casas solitarias mueren de tristeza. No es fácil la tarea de mantener las casonas antiguas y coloniales de estas haciendas que vieron corretear, por siglos, muchachos en sus corredores y afanarse dueños y peones en la producción de café, frutos y hortalizas. El tiempo nos dirá que pasará con estas casonas de tanta historia e hidalguía y de no hacerlo, la Mérida del futuro nos lo reclamará.

MÉRIDA, UNA CIUDAD CULTA

La idea de establecer el Distrito Cultural y Creativo Manuel Mujica Millán de Mérida, bajo los auspicios de la Cámara de Comercio de Industria del Estado Mérida (CACOIME), que preside el abogado Juan Jorge Espinoza Vásquez y que animan con inmejorable voluntad el Arquitecto José Luis Chacón Ramírez y José Alexander Bustamante, será pronto una realidad, y una magnífica manera de celebrar el décimo aniversario de La Rama Durada Cluster Cultural, ese refugio que nos permite pasearnos entre libros, admirar una exposición, escuchar charlas y conferencias, asistir a representaciones teatrales o simplemente compartir un aromoso café.

Este Distrito Cultural y Creativo, en sus lineamientos, va a crear en el centro de Mérida, donde se concentra un significativo número de galerías, museos, auditorios, salas de conferencia y ensayo, espacios públicos, bibliotecas, escuelas, iglesias, plazas, estatuas y monumentos, boulevards, librerías, talleres de artesanía, escuelas de educación media y primaria, y además están las sedes del Gobierno Regional, la Alcaldía, la Universidad, la Arquidiócesis y la Academia

de Mérida, y que además cumple plenamente con la definición de Frost Kump, de ser: "Un área bien diferenciada, etiquetada y de usos múltiples, en una ciudad, en la que una alta concentración de servicios culturales sirve de reclamo para el desarrollo de otras actividades". Creo que el espacio que han definido los autores del proyecto y que contempla, además del casco central de la ciudad, la extensión hasta otras áreas de las Parroquias de Milla, El Llano y el Espejo, está dentro de los objetivos propuestos.

Mérida es una ciudad con una hermosa historia y además una ciudad culta.

Aunque para Arturo Uslar Pietri "No existe ninguna definición satisfactoria y generalmente aceptada de la cultura. Cada vez que se emplea el nombre puede cubrir las cosas más dispares y diferentes" (1), una de las acepciones de cultura, según el Diccionario de la Lengua Española es el "Conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grados de desarrollo artístico, científico, industrial en una época o grupo social" y otra es el "Conjunto de las manifestaciones en que se expresa la vida tradicional de un pueblo" (2) y si vamos a la definición de historia, según Jacque Pirenne, jurista e historiador belga (1891-1972): "La historia es en esencia continuidad y solidaridad, continuidad que se desarrolla, sin que los hombres puedan evitarlo, de generación en generación, y que, por consiguiente, enlaza nuestro tiempo con las épocas más remotas,

solidaridad también, pues así como en una sociedad la vida de cada hombre está determinada por la de todos los demás, en la comunidad de las naciones, la historia de cada una de ellas, sin que la protagonista se dé siquiera cuenta, evoluciona en función de la de todos los pueblos del universo" (3).

Mérida encaja, plenamente, en los significados de cultura y además la vida de la ciudad ha sido una permanente historia, porque desde su fundación ha acumulado méritos suficientes para que se le respete por los sucesivos hechos que se entrelazan desde que Juan Rodríguez Suárez al frente de 70 hombres se encontró en jurisdicción de mucujunes y julaquíes, a la distancia de una legua de la laguna de Yoama, con una población indígena organizada que llamó La Guazábara, como lo narra Carlos Chalbaud Zerpa en su Historia de Mérida (4), fundando en este primer sitio, el 9 de octubre de 1558, una ciudad con el nombre de Mérida y dándole por patrono a San Dionisio.

Continúa la historia de nuestra ciudad, esta vez guiados por la pluma de Don Tulio Febres Cordero, cuando leemos que "A principios del año siguiente, salió de Bogotá con despachos de la Real Audiencia, el capitán Juan Maldonado, émulo de Rodríguez Suárez, acompañado de ochenta soldados, y so pretexto de que éste había fundado sin poderes bastantes para ello, llegó a la nueva ciudad, hizo preso a Rodríguez Suárez, lo remitió con escolta a Bogotá y

seguidamente levantó la fundación de Mérida, que estaba a orillas de la Laguna de Urao, o sitio de Lagunillas, como se ha dicho, y la trasladó a la hermosa mesa que hoy ocupa, frente a los más erguidos picachos de la Sierra Nevada, con el nombre de Santiago de los Caballeros" (5). Si volvemos a la historia, que tanto nos enseña, Mérida fue una de las primeras ciudades fundadas por los conquistadores españoles, la precedieron Santa Ana de Coro, la Purísima Concepción de El Tocuyo, Nueva Segovia de Barquisimeto, Nueva Valencia del Rey y Santiago de León de Caracas.

En 1558 apenas un número dígito de ciudades en lo que luego sería la Provincia de Venezuela habían sido fundadas "sobre tierra sana y generosa, donde el espíritu laborioso del pueblo español iba a ganar sentido de dominio…donde hubo hidalgos y segundones ilustres en las jornadas de América, pero junto con éstos y en mayor número, iba el pueblo bajo, veterano ya en la lucha contra los decrépitos señores" como bien lo narra Mario Briceño Iragorry en "Por la ciudad, hacia el mundo" (6).

LOS HITOS CULTURALES

La Compañía de Jesús, mejor conocida con el nombre de Orden Jesuita, fundada por San Ignacio de Loyola y aprobada su constitución por el Papa Paulo III mediante la Bula Regimini Militantis de fecha 27 de septiembre de 1540, pronto se extendería por Europa, Asia y América.

En América, los jesuitas desembarcan en 1549, a Venezuela arriban en 1614 y a Mérida en 1628, en lo que sería un pequeño poblado de pocas casas y algunos centenares de habitantes donde fundaron el Colegio de San Francisco Xavier que funcionó hasta el año 1767, cuando el monarca español Carlos III expulsó de sus dominios a todos los integrantes de la orden. Este Colegio San Francisco Javier es el primer hito cultural de Mérida.

Nos mueve a reflexión como en la pequeña Mérida, cuando había otras ciudades más importantes y de mayor población, se asienta un Colegio que irradiaría su influencia hacia otros lugares del país y que tendría alumnos venidos de todas partes, aún de sitios muy lejanos.

Los padres jesuitas Juan de Arcos y Juan de Cabrera, fueron los primeros y principales propulsores del colegio, y los vecinos de la ciudad hicieron todo tipo de esfuerzos para que se asentara el instituto educacional.

El clérigo Licenciado Ventura de Peña donó una hacienda de su propiedad, llamada Las Tapias, con extensiones de caña de azúcar y una importante producción de ganado, que en total rentaba 2.000 pesos anuales, para el sostenimiento del colegio. Se inició con los estudios de las primeras letras y los más amplios de Gramática como base fundamental para proseguir luego cursos de Teología, Filosofía, Derecho y Medicina y quienes quisieran seguir estudios superiores

debían proseguirlos en las Universidades de Santa Fe de Bogotá o la Universidad de Santo Domingo, porque la Universidad de Caracas solo fue fundada en 1721.

Pero no solo fueron los jesuitas los que se asentaron en Mérida, porque antes, casi desde su fundación como ciudad, habían llegado los religiosos de Santo Domingo. El Convento de San Vicente Ferrer comienza a funcionar en 1563. En 1591 llegaron los Agustinos y construyeron el Convento de San Juan Evangelista que inicia su labor educativa con la apertura de un noviciado. A mediados del siglo XVII y comienzos del siguiente se instalan en Mérida el Convento de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza de la Orden de San Francisco de Asís, en 1657, y los Hospitalarios de San Juan de Dios a comienzos del siglo XVIII, y en 1651 el Convento de Santa Clara de Mérida, cuyo funcionamiento se extendió hasta el año 1874. Estos Conventos serían los siguientes hitos.

Lo importante de estos Conventos de religiosos y religiosas es que no solo se dedicaban a preces y rezos, misas e inciensos, sino que constituyeron una fuente de enseñanza para la juventud merideña, quienes allí aprendieron las primeras letras y las tablas de matemáticas, y también artes y oficios para defenderse y ganarse el pan diario de sus hogares.

Siguiendo el curso de la historia, el 10 de septiembre de 1782 se funda la Escuela de Primeras Letras para la ciudad de Mérida, con la cual comienza la educación inicial y gratuita para los niños y jóvenes, cuando el Vicario Foráneo Francisco Antonio Uzcátegui y Dávila, de su propio peculio, la dota de fondos suficientes para contratar a un maestro y además cede los espacios de su propia casa de habitación para que allí viva el maestro y adecúa un salón para dictar las clases. El primer maestro fue Juan Agustín Leal, con un sueldo anual de 200 pesos. El mismo Canónigo Uzcátegui fundó en 1788 una Escuela de Primeras Letras y de Artes y Oficios, pública y gratuita, en la ciudad de Ejido, para niños de pocos o escasos recursos, con fondos y local apropiados para la enseñanza. Estas Escuelas de Primeras Letras y las de Artes y Oficios, constituyen otros hitos en la historia cultural de Mérida.

Ya la pequeña urbe tenía conventos y noviciados y Escuela de Primeras Letras y el Colegio de San Francisco Xavier de los padres jesuitas que funcionó hasta 1767 cuando fueron expulsados de los reinos de España, pasando colegio e iglesia a los dominicos en 1779. Faltaba lo más importante, un Colegio Seminario según las disposiciones Tridentinas.

Fray Juan Ramos de Lora, el primer obispo de la recién creada diócesis, arriba a la ciudad a finales de febrero de 1785, después de un viaje lleno de dificultades. Hay noticias de que su salud tampoco es

buena. Toma posesión del obispado y dicta las órdenes preliminares para el ejercicio de su mandato episcopal. Elige como templo catedralicio la iglesia dedicada a San José, en la Plaza Mayor. Decide apresurar lo que tiene en mente y dicta, el 29 de marzo de 1785, unas Constituciones sobre una Casa de Educación dirigida a formar los jóvenes inclinados a los estudios eclesiásticos y destina para ello el convento desocupado de los padres franciscanos (7).

El obispo Ramos de Lora solicita la autorización del Rey para la creación del Colegio Seminario y después de hacer realidad el proyecto enunciado, propone las fuentes de financiamiento y por fin, por Real Orden de Carlos III del 14 de septiembre de 1786, se aprueba la erección del Seminario Conciliar en el Convento de los Franciscanos, que sería el siguiente hito y de los más importantes. Poco después inicia en firme la fábrica del edificio que se convertirá en sede propia. Tiene una fachada seria y elegante, con paredes de tapiales de la propia tierra debidamente encaladas y cubiertas de tejas, con dos patios, espaciosos claustros y pilares de mampostería, con cuartos, refectorio, capilla y sacristía y todos los servicios. Según el Cardenal Baltazar E. Porras Cardozo, a Ramos de Lora "le tocó ser fundador y sembrador. Otros cosecharán entre cantares lo que él echó en el surco con tantos sudores" (8).

Por Real Cédula de Carlos IV, fechada en Aranjuez el 18 de junio de 1806, le fue concedido al Colegio Seminario el privilegio de conferir grados mayores y menores en Filosofía, Teología y Cánones, al mismo tiempo que afiliaba el Instituto a la Real y Pontificia Universidad de Bogotá, como ya lo estaba la de Caracas, pero no accedía el Monarca al establecimiento de Universidad ni en Mérida ni en Maracaibo. La Universidad estaba erigida de hecho, más no de derecho. Habría que esperar todavía algunos años más.

Es solo el 21 de septiembre de 1810 cuando la Junta Superior Gubernativa de Mérida, Defensora de los Derechos del Rey Fernando VII y su legítima dinastía, elevó el Colegio Seminario de San Buenaventura a la categoría de Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros. La idea primigenia de Ramos de Lora ya se había convertido por mandato de los merideños, en la ansiada universidad preterida por tantos años.

Esta es, en cortas líneas, la historia de la fundación de la Universidad de los Andes, el último y principal hito en la cultura de Mérida a que hemos hecho referencia.

Pero la historia cultural de Mérida no termina con la elevación del Colegio Seminario a la categoría de Universidad. La Universidad creció y se ha convertido en referencia vital en la educación de la ciudad, de la región y del país, respetada en América y en el mundo. El Liceo Libertador, fundado el 23 de mayo de 1917, también forma

parte de esta historia. Los jesuitas volvieron a Mérida en 1927 y fundaron esta vez el Colegio San José, hasta que se vieron obligados a cerrarlo en 1962. Se instalaron otros colegios entre ellos el de la Inmaculada Concepción de las hermanas salesianas en 1928, y luego de la clausura del colegio de los jesuitas, vinieron los Hermanos de La Salle y los salesianos del Colegio San Luis. Otras instituciones, públicas y privadas, religiosas y laicas, han contribuido durante la última centuria a la educación del pueblo merideño.

Mérida es una ciudad con una eterna vocación para el estudio y la enseñanza. Instituciones jóvenes como la Academia de Mérida, se enorgullece de haber cumplido el primer cuarto de siglo desde su fundación. El faro que alumbra la educación de la ciudad escondida entre montañas y cobijada bajo las nieves eternas no se apagará jamás, porque iniciativas como el Distrito Cultural y Creativo Manuel Mujica Millán, servirán de atalaya para que continúe por los senderos del buen suceso.

Que el espíritu de Manuel Mujica Millán, el arquitecto que diseñó los edificios icónicos de la ciudad y con cuyo nombre se ha bautizado este proyecto, sirva de guía, porque así como las torres de la Catedral que trazó en los planos apuntan hacia el cielo ilímite, que este espacio sin fin sirva de linde para que lo que apenas se bosqueja pronto se haga realidad, en beneficio de nuestra hermosa ciudad, que

aún se mantiene airosa y vital pese a los esfuerzos que muchos hacen para denostarla en las ideas y destruirla en la práctica.

BIBLIOGRAFIA

1. Arturo Uslar Pietri, Política y Cultura en Educar para Venezuela. Edición de C.A. La Seguridad, Caracas, 1981.

2. Diccionario de la Lengua Española. Real Academia Española, Vigésima Primera Edición. Madrid, 1992.

3. Jacque Pirenne, Historia Universal, Tomo I. Editorial Éxito, Barcelona (España), 1973.

4. Carlos Chalbaud Zerpa, Historia de Mérida. Universidad de los Andes, Ediciones del Rectorado, Mérida, 1983.

5. Tulio Febres Cordero, Obras Completas. Clave Histórica de Mérida. Tomo IV, Editorial Antares Ltda. Bogotá, 1960.

6. Mario Briceño Iragorry, Obras Selectas. Ediciones Edime, Madrid-Caracas, 1966.

7. Baltazar E. Porras Cardozo, El Ciclo Vital de Fray Juan Ramos de Lora. Ediciones del Rectorado/Universidad de los Andes. Mérida, Venezuela, 1992.

8. Porras Cardozo, ibid.

LA FUNDACIÓN CIVISMO

Iniciativas como la que estamos presenciando, en la cual los propulsores del Distrito Cultural y Creativo Manuel Mujica Millán pretenden regenerar el espacio urbano y potenciar la economía del centro histórico de Mérida, son dignas de recibir todo nuestro apoyo y en consecuencia debemos hacernos presentes en todos los actos de este Festival pleno de arte, ciudadanía y emprendimiento, que nos hará vivir nuestra ciudad a través de la cultura y creatividad.

El Lanzamiento del Distrito Cultural y Creativo Manuel Mujica Millán tuvo lugar el 27 de enero de 2021, en un emotivo acto celebrado en el Salón Tulio Febres Cordero del Palacio de Gobierno bajo los auspicios de la Cámara de Comercio e Industria del Estado Mérida

(CACOIME) y animado con la magnífica voluntad del Arquitecto José Luis Chacón Ramírez y de José Alexander Bustamante, bastión fundamental de ese refugio de la cultura como lo es La Rama Dorada.

Dentro del Programa con que se inicia este Festival, se me ha invitado para hablar de la FUNDACION CIVISMO, en mi carácter de Miembro Fundador de esta asociación civil. Agradezco la invitación y espero hacer honor a quienes han tenido la deferencia de hacerme partícipe de estos actos.

Qué es la **FUNDACIÓN CIVISMO**? Quiénes la integran? Cuál es su objeto? Qué pretende hacer en beneficio de los merideños?

Trataré de responder estos interrogantes de la manera más sencilla.

La FUNDACIÓN CIVISMO nace de la iniciativa de los esposos Guillermo Valeri Dávila y Mariela Paoli de Valeri, quienes quisieron perpetuar el recuerdo de su hijo Guillermo Andrés Valeri Paoli, quien falleció apenas hace un año en los Estados Unidos de América, víctima de un fatal accidente de tránsito.

Guillermo Andrés era un joven promisor, ingeniero y piloto civil, de quien mucho se esperaba, porque había dado suficientes muestras de estar en el camino seguro para regresar oportunamente a nuestro país y poner los conocimientos adquiridos al servicio de la empresa familiar y de la comunidad merideña. Quiso Dios llevárselo en la flor de la vida porque quizás requería de algún ingeniero que además fuera piloto civil para surcar en forma confiable los confines del cielo.

La FUNDACION CIVISMO la integramos venezolanos de buena fe, merideños todos en el afecto y en el deseo de hacer de nuestra ciudad una urbe convivente, en que todos podamos vivir en paz, con seguridad, respeto a las normas de cortesía y que trabajemos todos por el mejoramiento del ambiente y la conservación de los valores tradicionales. He repetido varias veces la palabra **todos**, porque en realidad es una tarea de **todos**.

Para entender el objeto de la Fundación nada mejor que acudir a la Cláusula Segunda de los Estatutos de la Fundación, que a la letra dice así: "El objeto de la Fundación es la promoción, mantenimiento y desarrollo del civismo en su sentido más amplio, atendiendo a lo cultural, a lo educativo, a lo social, a la ética, a la ciudadanía, al respeto del medio ambiente, a la moral, al patriotismo, al respeto al protocolo, a la urbanidad, en fin, al mantenimiento y desarrollo de las pautas

mínimas de convivencia social, con la finalidad de fortalecer los espacios de convivencia social y evitar el deterioro de todos estos valores fundamentales del ser humano y de la familia".

Como podemos observar, el objeto de la Fundación es muy amplio, pero sobre todo está relacionado con una palabra fundamental: CIVISMO.

Qué es CIVISMO? Según el Diccionario de la Lengua Española publicado por la Real Academia Española, CIVISMO es:

"1. Celo por las instituciones e intereses de la patria; 2. Celo y generosidad al servicio de los demás ciudadanos", CIVIL es lo perteneciente a la ciudad o a los ciudadanos, CIUDADANO es el natural o vecino de la ciudad y CIUDADANIA es el derecho de ciudadano.

Mérida siempre ha sido una ciudad que se ha caracterizado por el respeto a las normas de convivencia, con razón y con orgullo se nos ha llamado "La ciudad de los caballeros", pero se me ocurre preguntar, seguimos siendo de verdad "La ciudad de los caballeros" o con tantos problemas que tenemos y sufrimos los merideños en estos momentos críticos de nuestra historia ciudadana, se nos ha olvidado esa palabra tan hermosa y que define tantas cosas ser "caballeros"?

Caballero no solo es el que cabalga o va a caballo o el hidalgo de calificada nobleza o quien como el Quijote anda por el mundo en busca de aventuras, sino el que obtiene esa cualidad en base a sus merecimientos, el que por su generosidad, emprendimiento, cortesía, nobleza de ánimo y otras cualidades semejantes, puede ostentar ese hermoso título, el de ser "caballero".

Don Tulio Febres Cordero, en "Memorias de un Muchacho", se refiere a la Mérida de su tiempo en los siguientes términos: "Nos referimos a la silenciosa Mérida de aquellos años, con sus plazas de mullido césped, calles desigualmente empedradas, por donde corrían las acequias en cauces de bronca piedra, y con aceras tan angostas y resbaladizas que la caída era inevitable, si no iba por ellas con los cinco sentidos en los pies; la Mérida modelada todavía por el viejo patrón colonial, con casas puramente encaladas, sin ningún color en los muros, anchas y rojas puertas de postigo, celosías de finísimos calados de madera y patios pintorescos, de hermosos claustros, cerrados por sardineles de mampostería, la Mérida solitaria y triste por fuera, pero galante, caballeresca y profundamente romántica en la vida íntima, de serenatas de guitarra y canto al pie de las rejas, en noches serenas, como en edad de los garridos trovadores, con bailes de alto coturno y danzas de complicadas figuras; con juegos de toros en la plaza mayor,

vistosas cabalgatas de damas y caballeros y espléndidos refrescos en las fiestas públicas, en una palabra, la Mérida concentrada en sus altas y ricas montañas, llena de recuerdos y costumbres tradicionales, siempre ansiosa, en espera de algún acto cívico, religioso o académico, para vaciar los pesados cofres de cedro o de caoba y lucir en los estrados, con garbo y gentileza, ropas de galas y esplendentes joyas de pureza insospechable, rica herencia de linajuda familia o de algún patricio o guerrero de la Patria heroica".

Esa era la Mérida de la época de Don Tulio. No pretendemos volver a su tiempo, pero si recuperar esa Mérida, caballeresca y gentil, que era mirada con visible envidia por los visitantes y que hacía que más allá de nuestras apacibles montañas, se nos recordara con admiración, respeto y afecto.

Además, Mérida ha tenido bien lograda fama de ciudad culta, porque tenemos una Universidad Bicentenaria que tuvo su origen en las Constituciones dictadas por el primer Obispo de Mérida, Fray Juan Ramos de Lora, cuando el 29 de marzo de 1785, estableció una Casa de Educación dirigida a formar los jóvenes inclinados a los estudios eclesiásticos y destina para ello el convento desocupado de los padres franciscanos, creando con estas disposiciones el Colegio Seminario, que el 21 de septiembre de 1810 la Junta Superior Gubernativa de Mérida, Defensora de los Derechos del Rey Fernando VII y su legítima

dinastía, elevó el Colegio Seminario de San Buenaventura a la categoría de Real Universidad de San Buenaventura de Mérida de los Caballeros. Este es el origen de nuestra Universidad de los Andes, y quiero resaltar el nombre primigenio de nuestra Universidad: "de Mérida de los Caballeros".

No solo tiene Mérida fama de ser ciudad de los caballeros, sino que la Junta Superior Gubernativa de Mérida, al elevar el Colegio Seminario a la categoría de Universidad, la titula "de Mérida de los Caballeros".

Y de dónde proviene esa Junta Superior Gubernativa?

Hagamos un poco de historia. A raíz de los sucesos del 19 de abril de 1810, La Junta de Gobierno constituida en Caracas envió emisarios a las diversas provincias que constituían la Capitanía General de Venezuela a fin de que sus Cabildos y sus autoridades establecieran sus propias Juntas de Gobierno.

A Mérida vino Luis María Rivas Dávila, enviado desde Caracas a esta su tierra natal para que se formara una Junta de Gobierno que tomara la resolución de separarse de las autoridades españolas de Maracaibo que permanecían fieles a la Regencia y por eso el 16 de septiembre de 1810 se constituyó en Mérida la Junta bajo la

Presidencia de Antonio Ignacio Rodríguez Picón teniendo como Vicepresidente a Mariano de Talavera y Garcés, sacerdote nacido en Coro. Es de advertir que la Provincia de Mérida incluía el actual estado Táchira.

Las provincias de Caracas, Cumaná, Barcelona, Margarita, Barinas, Mérida y Trujillo eligieron diputados para el Congreso Constituyente convocado por la Junta de Caracas, que el 5 de julio de 1811 declaró la independencia del dominio español.

Esa Junta Superior Gubernativa fue la que elevó el Colegio Seminario a la jerarquía de Universidad y le colocó ese nombre que todavía nos enorgullece: "de Mérida de los Caballeros".

La FUNDACIÓN CIVISMO quiere recuperar esa Mérida para que sea de verdad y vuelva a ser una ciudad de los caballeros y queremos lograrlo mediante el rescate de los valores de ciudadanía, de educación, de ética y de urbanidad, con normas de convivencia cívica para el buen vivir de los ciudadanos y mediante la enseñanza de valores, de responsabilidad y respeto como factor fundamental. Es oportuno recordar que el respeto al derecho ajeno es un principio de la Constitución mexicana. Ojalá y pudiéramos incorporarla a la nuestra, esa Constitución Nacional que cada vez más se parece al

cuero seco de que hablaba Guzmán Blanco, que "se pisa por un lado y se levanta por el otro" y que como decía otro de nuestros caudillos de otrora "la Constitución sirve para todo, menos para lo que fue redactada".

Mérida no escapa al desorden y a la agresividad que se ha impuesto en este país. Merecemos vivir en una ciudad más amable, de allí la importancia de las normas de convivencia pública. Por eso debemos establecer y respetar las normas mínimas de comportamiento con los demás y con nuestro entorno, porque es la única forma de convivir bajo cierta armonía.

De allí que la formación cívica y ética se asocia con la enseñanza de valores, especialmente la responsabilidad y el respeto, porque el respeto es un valor esencial que debemos fomentar para la convivencia armónica de los ciudadanos.

Mérida es una ciudad universitaria que además cuenta con una cantidad de colegios de educación primaria y secundaria, liceos, institutos especializados, que nos llena de alegría porque están llenos de jóvenes, de esa juventud que es la promesa de un futuro mejor.

A los jóvenes debemos dirigir nuestra mirada. Es urgente preparar a los jóvenes, esencia del futuro, en la dimensión educativa del civismo, pero particularmente debemos anclar la educación en el núcleo esencial que es la familia.

La familia es el modelo principal de la conducta ya que allí se adquieren y desarrollan la mayor parte de los principios, normas, costumbres, valores y actitudes que luego reflejará esa persona a lo largo de su vida.

La educación es fundamental para la convivencia y el progreso total del ciudadano. En los pupitres de nuestras escuelas se fragua y moldea al futuro ciudadano. Allí se organiza la vida y se aprenderán el orden y el concierto que regirá la vida del hoy niño y del hombre del mañana, porque allí se le instruirá para que pueda comportarse en base a las normas de moral, de ética, de convivencia y de respeto a los demás.

Uno de los principios que se nos ha perdido es la urbanidad, definida como el conjunto de normas de cortesía, de comedimiento, a la atención y al buen modo.

A propósito de la urbanidad, dice don Mario Briceño Iragorry en "El Caballo de Ledesma", lo siguiente: "Entre los problemas fundamentales de nuestro pueblo, y a la par del paludismo y de la anquilostomiasis, debemos hacer figurar la carencia de urbanidad. Los buenos modales y la galantería forman parte, como el uso de la sal, de la propia condición humana. Se ha entendido, porque así parece pregonarlo la afectada pedantería de algunos tontos, que urbanidad sea la cursilería de los saludadores y los remilgos y gestos afectados de algunos los señoritos y viejos bien…el pueblo está urgido…de una amplia caballerosidad…la política es la suma de los hábitos sociales…un pueblo no será políticamente culto si sus componentes no lo son como individuos…y hoy no encuentra usted mayor diferencia entre las personas llamadas a ser cultas y las obligadas, por indefensión social, a no serlo. Se ha hecho una democratización al revés. Se ha descabezado la urbanidad".

Cuánta razón tiene el ilustre escritor trujillano. Sus frases son lapidarias. Hemos perdido el sentido y las buenas maneras que distinguían a los merideños de antaño. En las boletas de calificaciones de nuestra primaria, había dos materias: una era Moral y Cívica y la otra Urbanidad. Los nuevos pensum de educación creo que las han eliminado. Nuestra urbanidad se nos enseñaba primero en nuestras

casas y luego en la escuela, casi con las primeras letras. Debemos volver a estos principios, a tratar con respeto y cortesía a nuestros semejantes, a empezar por saber escuchar y a escuchar con respeto a nuestros contertulios y a hablar en un tono de voz que también signifique respeto por nuestro interlocutor.

Todo esto lo pretende alcanzar la FUNDACION CIVISMO, mediante campañas de educación ciudadana, empezando por la familia y siguiendo con las escuelas. Familia y Educación son dos de nuestros postulados, que no deben ser únicamente mediante dípticos y trípticos, vallas y pendones, sino con la voluntad de toda la ciudadanía merideña. No hacemos nada con una política de emisiones radiales y televisivas, charlas y conferencias, si no tenemos la receptividad y la voluntad de los merideños. Por eso recurrimos a ustedes, los aquí presentes, para que se conviertan en portavoces de estas ideas que no pretenden otra cosa que crear conciencia ciudadana y si lo logramos, nos tendremos por bien recompensados.

Ahora permítanme hablar como abogado de casi seis decenas de años de ejercicio profesional para tocar un tema que a todos nos atañe: la justicia, tan ligada como está a la ciudadanía y al civismo.

Hace unos cuantos años, en un discurso que pronuncié en la antigua Facultad de Derecho, con motivo de cumplir la Promoción de Abogados Dr. Pedro Pineda León, de la cual formo parte, los 40 años de nuestra graduación, dije algunas frases que con el permiso de la audiencia, voy a repetir: "Quienes nos hemos dedicado al ejercicio profesional del derecho desde la graduación, debemos señalar, con preocupación, las fallas del poder judicial y tenemos que decir, con pesar: "cuán difícil es lograr que se haga justicia". Más del ochenta por ciento de los jueces del país son provisorios, lo cual compromete su independencia y buena parte de estos mismos jueces son o incapaces o corruptos, con sentencias tardías, decisiones previsibles, locales incómodos, presos sin expedientes, allanamientos sin orden judicial, irrespeto a los profesionales…que hermoso sería que en las sedes de los Juzgados de nuestro país, pudiéramos colocar una significativa frase que en caracteres árabes exorna el frontis de la Alhambra de Granada: "Entrad y no temáis pedir justicia, se os dará".

La justicia fue para nuestro Libertador una constante preocupación. Dice Tomás Polanco Alcántara en "El Libertador como hombre de Estado", que "Desde su actuación en Caracas, en 1813, al frente de la maltrecha República recién restaurada, hasta el mensaje al Congreso Admirable de 1830, Bolívar insiste, en una u otra forma, en

destacar la importancia de la administración de la justicia en la actividad funcional del Estado. Cuando anunció al Consejo de Estado el establecimiento de la Alta Corte de Justicia, denomina a ese Tribunal "la primera necesidad de la República", y asienta el mismo Polanco Alcántara que para Bolívar "el único otro cometido del Estado, que tiene un rango semejante, es la educación".

Pero, qué es el derecho? Y en Venezuela, vivimos en un estado de derecho?

Aunque no es fácil responder estas interrogantes, todos creemos saber lo que se sobreentiende en la palabra derecho, cuando ésta se emplea en las relaciones corrientes de la vida. El hombre medianamente culto y el diligente padre de familia, saben los que se les quiere decir cuando se les habla del derecho a la vida, a la propiedad, al honor, al libre tránsito, a ejercer una profesión u oficio, a abrir un establecimiento comercial. También el derecho puede interpretarlo el padre de familia como lo recto, lo justo, lo que debe ser o lo que se debe o se puede hacer en determinadas circunstancias de la vida, a pagar lo justo y a exigir que se nos pague lo que nos deben.

Todos empleamos la palabra derecho en nuestras relaciones diarias con nuestros semejantes y decimos: tengo derecho a… me quitaron el derecho que tenía a… o no hay derecho a que me traten de tal manera.

Uno de los principios de la vida humana y llevado a nuestras leyes, es el concepto de la igualdad ante la ley, el cual no es solo en que todos tenemos las mismas oportunidades de defendernos en los procesos civiles, penales o de cualquier tipo, sino que se nos debe respetar nuestras garantías al debido proceso y juzgarnos ante los tribunales de la jurisdicción ordinaria.

En el profeta Isaías leemos:

"El efecto de la justicia será la paz, la función de la justicia, calma y tranquilidad perpetua. Mi pueblo habitará en un lugar pacífico".

Y el salmo 85 (84) dice:

"Justicia y paz se besan" y para el Mahatma Gandhi: "No hay camino para la paz. La paz es el camino".

En el Decálogo del Abogado de Couture, en uno de sus Mandamientos, leemos:

"Ten fe en el derecho como el mejor instrumento para la convivencia humana; en la justicia, como destino normal del derecho; en la paz, como sustituto bondadoso de la justicia. Y sobre todo ten fe en la libertad, sin la cual no hay derecho ni justicia ni paz".

En el artículo 26 de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, se establece:

"El estado garantizará una justicia gratuita, accesible, imparcial, idónea, transparente, autónoma, independiente, responsable, equitativa y expedita, sin dilaciones indebidas, sin formalismos o repeticiones inútiles".

Ahora bien, se cumple la letra de nuestra Carta Magna? Los presos, los procesados, los "privados de la libertad", a los llamados "presos políticos" se les respetan sus derechos? Tienen acceso a una justicia imparcial y sin dilaciones indebidas? Creo que la justicia también requiere una dosis de civilidad y a todos nuestros jueces se les debiera colocar en sus estrados una frase que me parece oportuna y prudente además de pertinente:

"Sin justicia para todos, no habrá paz para nadie".

Nuestro país vive horas aciagas porque la ley o las leyes son principios muertos en las circunstancias actuales. No hay autoridades y cuando la autoridad pretende hacer cumplir las leyes las tergiversa a su modo o lo hace en forma acomodaticia. Es la anomia, que es el estado de aislamiento del individuo, o de desorganización de la sociedad debido a la ausencia, contradicción o incongruencia de las normas sociales.

Venezuela ocupa uno de los últimos lugares en la escala mundial de la transparencia, competimos con Haití en la pobreza y más de seis millones de nuestros compatriotas se han alejado de nuestro país, los más con penurias para sobrevivir, los menos utilizando los conocimientos adquiridos en nuestras universidades e institutos de educación superior para beneficio de otros países.

Tenemos que mirar a la Venezuela actual con objetividad pero también debemos mirarnos a nosotros mismos y preguntarnos: Qué estamos haciendo por nuestro país? Estamos cumpliendo con las leyes y reglamentos que nos rigen? Respetamos los semáforos, las señales de PARE? Cedemos la acera a las damas, a las personas mayores, a los minusválidos? Son tareas todas estas que nos obligan a detenernos

para hacer un mínimo examen de conciencia y volver al tema original de esta charla, la CIVILIDAD.

Si no respetamos los derechos de los demás no tenemos autoridad para solicitar que se nos respeten los nuestros. Los líderes políticos tienen que tener por norte de sus funciones y servicios la honestidad y como les corresponde a través de los organismos competentes designar a los jueces, desde los del más Alto Tribunal hasta los de instancias inferiores, debemos exigir que sean competentes, probos y fundamentalmente honestos, porque solo con jueces honestos será posible una Venezuela de paz y crecimiento para todos.

La CIVILIDAD es tarea de todos y lo digo como abogado y como ciudadano, pero sobre todo como un merideño que ama a esta tierra y que quisiera verla nuevamente en el umbral de la justicia y de la paz, porque nací mirando las recias moles de la sierra nevada y porque siempre he pensado que nuestra ciudad ha de seguir siendo faro de luz y espejo de ideales, haciendo honor a la divisa de su escudo, para que no se pueda esconder nunca, porque Dios la premió erigiéndola sobre un monte y al costado de un penacho de nieves.

LA BIBLIOTECA BOLIVARIANA DE MÉRIDA (*)

Si tienes biblioteca y jardín, lo tienes todo

Cicerón

Quiero iniciar estas palabras, en esta soleada mañana merideña y en este singular espacio, agradeciendo al Lic. Alejandro Romero, Presidente del Instituto Municipal de Cultura, por su gentileza al invitarme a pronunciar estas palabras en la oportunidad en que la Biblioteca Bolivariana de Mérida, conmemora treinta y seis años de haber sido inaugurada. Es también propicia la ocasión para cumplimentar a nuestra ciudad porque hoy, 25 de julio, es el día de Santiago Apóstol y a nuestra bella urbe la bautizaron nuestros conquistadores con el sonoro nombre de Santiago de los Caballeros de Mérida.

(*) Discurso de Orden con motivo del Trigésimo Sexto Aniversario de la inauguración de la Biblioteca Bolivariana.

Perece que fue ayer y mis recuerdos se remontan a los primeros días del mes de enero del año 1974, cuando en el excelente Restaurant Chino de los Chorros de Milla, disfrutando de unas lumpias y alguna sopa de aleta de tiburón, con unos escoceses sobre la mesa y atendidos por su dueño, el cordial Jaime, animé a tres jóvenes y exitosos profesionales, los ingenieros Oscar Alfonso Lujano y José Alí Dávila García y al arquitecto Claudio Corredor Muller, para que constituyeran una compañía constructora que de común acuerdo fue bautizada con el nombre de PECSA (Proyectos Estudios y Construcciones, S.A.) y cuya sede estuvo apenas un centenar de metros más arriba de esta Biblioteca Bolivariana, en el edificio Centro Profesional General Masini. Fui el Consultor Jurídico de la novel empresa y como tal redacté el Acta Constitutiva-Estatutos de la misma. Los ingenieros Lujano y Dávila y el arquitecto Corredor, venían de ser cercanos, eficaces y honestos colaboradores de los gobernadores Germán Briceño Ferrigni y Bernardo Celis Parra en el primer quinquenio presidencial del Dr. Rafael Caldera (1968-1973). El Ingeniero Lujano había sido Director de Obras Públicas del Estado con Briceño Ferrigni y Secretario General de Gobierno de Celis Parra; Dávila García, Adjunto y luego Director de Obras Públicas del Estado y el arquitecto Corredor Muller, Director de Turismo con ambos gobernadores. Fueron serios, responsables y correctos en sus

procederes. Dejaban sus cargos con la conciencia tranquila y la satisfacción del deber cumplido y con el cambio de gobierno producto de las elecciones celebradas en el diciembre anterior, en esa nueva etapa que se abría en sus vidas, debían dedicarse al ejercicio de sus respectivas profesiones y nada mejor que asociarse en una constructora para demostrarle a los merideños que en su paso por las esferas gubernamentales habían dejado una brillante estela y también pródiga simiente para cosechar abundantes éxitos en la actividad privada que se proponían iniciar.

Y vienen estos recuerdos de la Constructora PECSA y del arquitecto Claudio Corredor Muller muy a propósito, porque el pasado martes 16 vine a este edificio a entrevistarme con el Licenciado Romero para intercambiar algunas ideas en torno a la conmemoración de hoy y me mostró orgullosamente la carpeta contentiva de los planos que fueron el origen de esta hermosa edificación, todos tienen el logo de PECSA, diseño también del arquitecto Corredor Muller, y las firmas de los arquitectos Claudio Corredor Muller y Leonardo Niño como autores del proyecto, además de los sellos y firmas de los funcionarios de los organismos estadales, municipales y nacionales que los aprobaron.

Casi una decena de años después, en nuestra Mérida, surgió la idea de rendir homenaje al pensamiento y reflexiones libertarias de Simón Bolívar, mediante la construcción de un edificio que acogiera en una biblioteca los libros, documentos y papeles sobre su obra y el 14 de julio de 1983, en el año bicentenario del nacimiento del Libertador, se inauguró esta imponente edificación, con un excelente discurso del político, intelectual y académico Germán Briceño Ferrigni, acto en el cual estuvo presente el Dr. Luis Herrera Campins, Presidente Constitucional de la República, el Gobernador del Estado Mérida, Dr. Germán Monzón Salas y el Presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador del Dr. Jesús Rondón Nucete. Otros tiempos, otros hombres.

Dijo el Dr. Briceño Ferrigni al comienzo de su discurso: "Si se observa la airosa estructura de esta fábrica, se advertirá sin esfuerzo, que ella tiene la forma de una lámpara votiva. Así la concibió el ingenio de Claudio Corredor Muller, el joven arquitecto que en este lugar ha dejado un preclaro testimonio de la armoniosa inspiración de su arte" (1).

Sirva esta cita para rendir homenaje al proyectista de esta edificación el arquitecto Claudio Corredor Muller, cuyo busto, obra del escultor Manuel de la Fuente, pareciera ser centinela silente de la que fue su creación, y al orador de orden en esa fecha el Dr. Germán Briceño Ferrigni, quien en el discurso inaugural que denominó "Piedras de dura esperanza", nos dio una lección de historia en un analítico recorrido por los cinco países que independizó Bolívar del yugo español, empezando por la hermosa puerta de este edificio, réplica de la de la Casa de la Inquisición en Cartagena de Indias porque en esa ciudad divulgó el héroe su Manifiesto de Cartagena, inició su campaña libertadora y concluyó su tránsito vital en Santa Marta, con el tremendo silencio de su muerte. Colombia es comienzo y fin del periplo de Bolívar en el discurso de Briceño Ferrigni, porque buena parte de su vida transcurrió en ese país, allí estuvo el Paso de los Andes y las triunfales batallas de Boyacá y Bomboná, la sede de su gobierno como Libertador Presidente, y en la Quinta de Bolívar, en los confines de Bogotá, disfrutó del amor de la sin par Manuelita, la de los bellos ojos quiteños que siguieron al héroe, enamorados, hasta que ella exhalara su último suspiro en el lejano puerto peruano de Paita.

Esperamos que esta lámpara votiva esté siempre encendida y que nunca falte el aceite de la devoción de los merideños por el Libertador, ese joven brigadier que recibió en esta ciudad el honroso título con el cual pasó a la historia, para que ardiendo siempre sirva de faro y guía en estos difíciles tiempos en que se debate nuestra angustiada Venezuela.

Y es bueno que recordemos que fue en Mérida donde se le dio a Bolívar, por primera vez en la historia, el título de Libertador y según Don Tulio Febres Cordero "El autor de la idea de honrar a Bolívar con el título de Libertador fue del célebre patricio Don Cristóbal Mendoza, quien se hallaba a la cabeza del pueblo de Mérida como gobernador político el 23 de mayo, a la entrada triunfal de Bolívar en dicha ciudad. Y quien, así mismo, era gobernador político, y como tal presidente y alma del Ayuntamiento (de Caracas) para el 14 de octubre, cuando este ilustre Cuerpo confirió oficialmente a Bolívar el alto y glorioso título de Libertador de Venezuela" (2).

LAS PRIMERAS BIBLIOTECAS

Desde que el hombre empezó a garabatear la historia sobre las cortezas de unos abedules, pensó que era necesario acumular y guardar esos primeros signos que luego se convertirían en escritura, en algún sitio que los protegiera de las inclemencias del tiempo y también de la depredación de sus propios hermanos de correrías.

El libro fue originalmente escrito en tablillas de arcilla, en papiros, en seda o pergaminos. Cuando los hombres de la antigüedad organizaron las ideas en forma de grafitos, escritos o dibujos hechos a mano sobre los monumentos, estos quedaron para la perennidad como hoy aún se observa en las pirámides egipcias. Otros fueron llevados en forma manual a lo mejor sobre el cuero de algún animal y conservados en las cuevas, sus primitivas viviendas. Luego les pareció prudente guardarlos y conservarlos y a lo mejor, en esta forma rudimentaria, tengamos el origen de las colecciones que integraron luego las llamadas bibliotecas.

La biblioteca es la colección pública o privada de libros o manuscritos, organizada con el fin de cuidar de su conservación y de facilitar la consulta y el estudio. El término indica además el lugar donde los libros son conservados.

Las bibliotecas más antiguas de las que se tiene noticia pertenecieron a las civilizaciones orientales. Hititas, asirio-babilonios, hebreos y egipcios recogieron en ellas documentos, textos religiosos, jurídicos y, a veces, literarios. De las bibliotecas hititas y asirio-babilónicas han llegado hasta nuestros días colecciones de tablillas de arcilla grabadas en caracteres cuneiformes, de una antigüedad que se ha calculado en más de 4.000 años. Sin embargo, de las colecciones del antiguo Egipto han sido muy pocas, porque el frágil papiro, sobre el cual se habrían escrito los textos, no se han conservado.

En los monasterios, especialmente de los benedictinos, los copistas hicieron muchos textos del mundo clásico. La cultura oriental estaba guiada por los sacerdotes, mientras en Grecia fueron las escuelas de los filósofos las que reunieron la mayoría de los textos.

Aristóteles fue el primero en sentir la necesidad de reunir orgánicamente la producción de libros de su tiempo. Su inmensa biblioteca fue dividida después y destinada a las dos grandes bibliotecas de entonces, la de Alejandría y la de Pérgamo, que constituían en aquel tiempo los dos grandes centros de la cultura griega.

Roma conquistó tierras, hombres, costumbres y cultura. Las bibliotecas de los países bajo su bota fueron expoliadas y formaron parte de sus más preciados botines. Julio César fue el primero que concibió la idea de una biblioteca pública en la propia Roma y confirió el encargo a Terencio Verrón y luego, a su muerte, fue planteado nuevamente el proyecto y realizado por Antonio Polión. Esa biblioteca estuvo ubicada en el atrio del templo de la Libertad en el Aventino. La difusión de la cultura entre el pueblo romano fue propiciada por los emperadores y en la época imperial hubo 28 bibliotecas, siendo la mayor la Ulpiana que estaba en el Foro Trajano.

La biblioteca de Constantinopla fue en su tiempo la de mayor importancia en Oriente. A la caída del Imperio de Occidente la cultura se refugió en los monasterios porque los monjes se ocupaban de recoger los textos para el culto y el estudio.

En las bibliotecas medievales es justo destacar la labor realizada por San Benito, Casiodoro y el irlandés San Columbano, quien fundó en Bobbio una de las más célebres abadías con una inmensa biblioteca cuyo catálogo se conserva en la Biblioteca Ambrosiana de Milán.

Cuando se desarrollaron las primeras universidades las bibliotecas se incrementaron y el humanismo señaló el ocaso de las bibliotecas de tipo monástico. En el Renacimiento surge una de las

más famosas bibliotecas, la Biblioteca Vaticana, impulsada fundamentalmente por el Papa Nicolás V a quien se considera su fundador por el gran número de manuscritos que adquirió e hizo copiar. El Papa Sixto V la trasladó a su actual sede. Con la imprenta el libro cobra una mayor difusión y en Milán, el cardenal Federico Borromeo abría al público la Biblioteca Ambrosiana y por la misma época, en Inglaterra, la Bodleiana en Oxford, la universitaria en Cambridge y la Mazarina en París y en el siglo XVII la Nacional de Berlín, ampliada por Federico el Grande, y que cuenta con ejemplares musicales firmados por Bach, Beethoven y Mozart. A mediados del siglo XVIII se inicia en Londres la biblioteca del British Museum y la Biblioteca Nacional de París.

La Biblioteca Nacional de Madrid fue fundada por Felipe V en 1712 con fondos reales, los libros de los conventos suprimidos y la del propio rey traída de Francia. Su valiosa colección cuenta con 30 millones de publicaciones, libros, revistas, mapas, grabados, dibujos y folletos, además de 30.000 manuscritos y más de 2.000 incunables y la magnífica sección dedicada a Cervantes. La biblioteca del Monasterio de El Escorial custodia manuscritos árabes, griegos, latinos y hebreos entre otros y fue fundada en el siglo XVI.

En América del Sur hemos de destacar las bibliotecas de Río de Janeiro en Brasil y la Biblioteca Nacional de Buenos Aires fundada en 1812. En todas las capitales americanas fueron creadas bibliotecas que no solo conservan millones de libros sino que algunas tienen valiosas secciones históricas y etnográficas. En 1789, año del primer Congreso de los Estados Unidos, se fundó la Library of Congress, dos veces incendiada y dos veces reconstruida y que con la Biblioteca Lenin de Moscú, son las más ricas y famosas en cuanto a dispositivos e instalaciones modernas.

LA AMÉRICA DE LOS CONQUISTADORES

Los conquistadores de América trajeron en sus equipajes los primeros libros quizás de aventuras de caballerías, tan en boga en la España de finales del siglo XV. Disposiciones reales dificultaron la traída de libros al Nuevo Mundo pues reales cédulas que datan de 1531 prohibieron los libros que no fueran sobre religión, vidas de santos o de medicina o de derecho, o de botánica, o de historia. Se temía que los indios, recién cristianados, al tener acceso a libros de romances y de materias profanas, pusieran a volar la imaginación. La Inquisición dio buena cuenta de quienes se atrevieran a desafiar estas

disposiciones, Se ordenó a las autoridades civiles y religiosas extremar su celo en tal sentido. La monarquía y la iglesia católica guiaron en esos tiempos la lectura de los americanos y por eso no fueron muchas las bibliotecas en ese tiempo.

Los barcos de la Compañía Guipuzcoana fueron llamados acertadamente "los navíos de la Ilustración" porque trasladaron de la España peninsular además de las mercaderías y vituallas para los indianos, libros, muchos de ellos prohibidos, que dieron a conocer las nuevas corrientes filosóficas y las pocas novedades de la época.

Las bibliotecas eran coto cerrado de sus propietarios, sólo los ricos y los clérigos tenían acceso a su disfrute y lectura y no era mucha su variedad y extensión.

LAS BIBLIOTECAS EN CARACAS

A Juan Germán Roscio se debe, allá por los años 1810 y1811, la idea de crear una biblioteca pública en Caracas y como tal ofreció 1.000 volúmenes de obras selectas de ciencia y literatura. Trató de captar

adeptos que contribuyeran a pagar los gastos de local y del personal y para adquirir tinta y papel. La Guerra de Independencia frustró ese primer intento. En 1814 el Libertador dio orden al Secretario de Hacienda, Antonio Muñoz Tébar, para que se ocupara de formar una biblioteca pública y para ello se contaba con los muchos libros prohibidos por sus ideas revolucionarias que se encontraban en el Comisariato de la Inquisición. Bolívar fue siempre un impulsor en todo lo relacionado con la cultura y la educación. En Decreto del 18 de marzo de 1826 sobre la Instrucción Pública se dictan normas sobre las bibliotecas y ordena que debe haber una… "en cada Universidad…" "en las escuelas de medicina…" y que se debe "…cuidar de la conservación y aumento de las bibliotecas públicas".

Tal fue el afán del Libertador en materia de educación, que Augusto Mijares dice que "…(en 1826) deseaba darle nuevo impulso a la educación pública, y para ayudarlo en esa tarea tenía a su lado al doctor José Rafael Revenga, aquel estupendo financista y diplomático que se había presentado en Colombia, a su regreso de Londres, con un cargamento de útiles escolares comprado a sus expensas, para fundar una escuela normal gratuita. Y a través de Revenga se relacionó entonces con otro venezolano de la misma calidad moral e intelectual y absorbido también por idénticos propósitos, el doctor José María

Vargas…(quien) siguió estudios de medicina en Edimburgo con el propósito de utilizarlos en beneficio de sus compatriotas y para la reforma de los estudios médicos en la Universidad de Caracas. Tan atrasada estaba la medicina en Venezuela, y tan desprestigiados los que la ejercían, que no tenían acceso los médicos al Rectorado de la Universidad, pues además de disponer los estatutos de esta que para esa alta dignidad debía elegirse alternativamente a un eclesiástico y a un seglar, los que sólo tuvieran el título de doctor en medicina no eran elegibles" (3). Es de acotar que poco tiempo después, el Dr. José María Vargas fue el primer Rector médico de la Universidad de Caracas.

Muchas fueron las reuniones en esos días de Bolívar con Vargas y Revenga, deliberaron sobre los proyectos para la patria en materia de educación y salud, eran tres genios con un propósito común: ¡Venezuela!

LA BIBLIOTECA NACIONAL

En 1830 no había bibliotecas públicas en el país. Antonio Leocadio Guzmán, Secretario del Interior en 1831, en la Memoria al Congreso Nacional, consideró necesario reunir en un solo sitio los libros dispersos en conventos y oficinas gubernamentales.

Ramón Hernández, en su biografía sobre José Antonio Páez, dice que: "Páez insistía en que sólo existirá república cuando la mayoría de los ciudadanos pudiera instruirse…entendía la importancia de los libros y para que todos tuvieran la oportunidad de leer, decretó el 13 de julio de 1833, la creación de la Biblioteca Nacional. Se destinaron 12.000 pesos para la compra de libros, y, pese a las limitaciones presupuestarias, se les subió el sueldo a los maestros" (4). Por Decreto Orgánico se dispuso que las publicaciones oficiales, las gacetas de gobierno, los archivos antiguos, las librerías de los conventos extinguidos y los libros de las comunidades religiosas y de la Universidad, debieran ser reunidos en la designada Biblioteca Nacional. No llegó a ejecutarse este decreto por falta de presupuesto y seguramente porque no hubo persona idónea que la hiciera realidad.

Tuvieron que transcurrir dieciocho años hasta que, en 1851, el Congreso asigna una partida presupuestaria para el pago del personal que prestaba sus servicios a la biblioteca y por Decreto del 17 de diciembre de 1852 se incluye, además una partida para la adquisición de libros. En 1854 aún no se había podido cumplir este decreto. En 1857 la Biblioteca Nacional pasó a depender de la Secretaría Especial de los Negocios de Relaciones Exteriores, Inmigración e Instrucción Pública y en 1863 pasó a depender la Biblioteca del Ministerio de

Fomento y solo fue a raíz de la toma de posesión del General Antonio Guzmán Blanco, cuando de verdad empezó a funcionar la Biblioteca Nacional. Habían pasado 46 años desde la Memoria al Congreso Nacional de Antonio Leocadio Guzmán como Secretario del Interior en 1831, hasta que su hijo, el Ilustre Americano Antonio Guzmán Blanco, hiciera realidad la Biblioteca Nacional propuesta por aquel. En 1877, al finalizar el período llamado El Septenio, pudo decir Guzmán Blanco que se había creado una verdadera Biblioteca Nacional como fue la situada en la Universidad Central, en pleno corazón de Caracas.

Cuando Antonio Guzmán Blanco, General en Jefe del Ejército Constitucional de la Federación, dictó el Decreto sobre instrucción popular y obligatoria el 27 de junio de 1870, en sus Considerandos dispone que todos tienen derecho a participar de los trascendentales beneficios de la instrucción, que debe ser universal y que el Poder Público debe establecer gratuitamente la educación primaria, indica, además, los deberes y derechos de los venezolanos y las normas de la instrucción, sin embargo, he de hacer la observación de que en ninguno de sus 66 artículos se refiere a que estos establecimientos educacionales deben contar con bibliotecas (5).

Los vaivenes políticos de la época y el desorden de los diferentes gobiernos hicieron que la Biblioteca Nacional por fin pasara a depender del Ministerio de Instrucción Pública cuando se creó ese despacho en 1881. Los libros y documentos que formaban la Biblioteca Nacional estaban diseminados en diferentes locales, algunos vetustos y casi en ruinas y muchos de ellos atentaban contra la integridad y conservación sobre todo de los antiguos documentos guardados desde la colonia, y no debe extrañarnos esta desidia y descuido de los gobiernos anteriores a Guzmán Blanco, porque los libros de Historia de Caracas nos dicen que en la segunda mitad del siglo XIX, entre otras obras, se construyeron en la capital la Cárcel de Caracas, la Plaza Bolívar y otras plazas, el Teatro en la Plaza de San Pablo y el Teatro de Caracas, el Mercado de San Jacinto, el Cementerio de los Hijos de Dios, el Acueducto de Caracas con su toma de agua del Catuche, el Puente de Romualda y el Puente de la Trinidad y el Palacio de Gobierno, pero no hay referencia alguna a que se haya decretado y aún menos construido ninguna edificación destinada para sede de la Biblioteca Nacional (6).

La Biblioteca Nacional aparentemente no tenía dolientes y tampoco sede fija. Ante la falta de presupuesto un andino, el presidente Cipriano Castro, la cerró en 1903 y al año siguiente ordenó su reapertura.

Pero otro andino, nacido en La Mulera del Estado Táchira, el General Juan Vicente Gómez, apenas encargado del gobierno, ordenó la construcción de una edificación cónsona con las necesidades de la Biblioteca Nacional y encomendó los planos al arquitecto Luis Eduardo Chataing. Por fin se construyó la sede de la Biblioteca Nacional, que fue inaugurada en 1911, entre las esquinas de La Bolsa y San Francisco.

En los años que siguieron distinguidos venezolanos fueron designados directores de la Biblioteca Nacional. Desde 1937 hasta 1953 fue director Enrique Planchart quien inició su modernización. La labor desplegada por Virginia Betancourt, quien rigió los destinos de la Biblioteca Nacional desde 1974 hasta 1999, es digna de encomio y merece todo nuestro respeto y admiración, "durante cuya gestión, iniciada en 1974, se realizó la transformación de la Biblioteca Nacional en Instituto Autónomo" (7).

La Biblioteca Nacional pasó a depender en los últimos años del Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCIBA) desde 1964 a 1976, del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC) en el bienio 1975 a 1977, hasta que en ese año fue creado el Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y de Servicios de Bibliotecas.

Después de mucho trajinar llegó la Biblioteca Nacional a lo que esperamos sea por muchos años su sede definitiva y tendrán por fin reposo sus libros y documentos. Un hermoso edificio, amplio y espacioso, cerca del Panteón Nacional, en el denominado Foro Libertador, con proyecto de los arquitectos Tomás y Eduardo Sanabria, es su actual emplazamiento. Inaugurada en 1998, es una de las Bibliotecas Nacionales más modernas y funcionales de nuestro continente.

Los avatares de la Biblioteca Nacional, lo narrado en las líneas anteriores, reflejan plenamente al país de antes y al de ahora.

LAS BIBLIOTECAS DE MÉRIDA

Afirma el académico Humberto Ruíz Calderón que "Mérida es una Ciudad de Libros".

Los primeros libros llegaron a Mérida en las alforjas de los dominicos en 1567 cuando crearon el Convento de San Vicente Ferrer; luego al fundar los jesuitas en 1628 el Colegio San Francisco Xavier, se formó una notable biblioteca que se consolidó hasta que en 1767 desapareció este colegio como consecuencia de la expulsión de esta orden religiosa de todos los territorios del imperio español por Carlos III y la tercera biblioteca importante tiene su origen en la fundación por parte del primer Obispo de Mérida Fray Juan Ramos de Lora, en 1785, de la primera Casa de Estudios convertida primero en Seminario Tridentino y luego en Universidad.

Los dominicos trajeron misales, historias de santos, libros de oración y biblias. Según Ruiz Calderón "la biblioteca que existió en el Colegio San Francisco Javier de los Jesuitas de Mérida, fue la más importante que existió en la ciudad hasta la fundación del Seminario y luego la Universidad" (8).

En nuestra ciudad fue famosa la biblioteca que se atribuye al segundo obispo de Mérida, Fray Manuel Cándido de Torrijos en 1794, formada por 3.000 volúmenes en latín, español, inglés y francés. Algunos han llegado a exagerar sobre la cantidad de libros hasta los 30.000 volúmenes. Según el Cardenal Baltazar E. Porras Cardozo "No sabemos si la imaginación o la exageración han abultado los cuantiosos bienes que trasladaba el obispo. Pero cuatrocientas cargas y una biblioteca de treinta mil volúmenes supera cualquier cálculo razonable" (9). Sin embargo en "Datos para la historia de la Diócesis de Mérida", Gabriel Picón Febres señala que "Todavía se conservan más de dos mil quinientos volúmenes de las Bibliotecas de la Universidad y de la Curia Eclesiástica de Mérida, resto de los treinta mil que, según es fama, trajo (el Obispo Torrijos) para el Seminario" citando como fuente de esta información "al Doctor Francisco Javier Irastorza, Vicario Capitular y exaltadísimo realista, es quien da este testimonio, por lo mismo irrecusable" (Porras Cardozo ob.cit).

Treinta mil volúmenes o tres mil, cualquiera sea el número cierto, fueron de todos modos un valioso aporte para la biblioteca del Seminario, algunos de los cuales todavía se conservan en la Biblioteca del Archivo Arquidiocesano de Mérida y en la Biblioteca Central de la Universidad de Los Andes.

"La literatura electrónica no suplantará "el mágico encanto de los libros" como define Tomás Polanco Alcántara a los libros escritos" (10) y por eso Mérida sigue siendo una Ciudad de Libros, aunque hoy sean escasos y costosos, que nos hacen pasar con pesar frente a las librerías musitando el verso de Andrés Eloy Blanco en los labios y en los bolsillos: "Como el niño pobre ante el juguete caro".

Mérida sigue siendo también ciudad de buenas bibliotecas y entre las más importantes debemos mencionar la Biblioteca Tulio Febres Cordero, que también fue andariega hasta que se estableció en el edificio que llamamos El Fortín frente a la Plaza Bolívar, porque su sede anterior en la Casona de la Hacienda La Isla amenazaba con cada lluvia su valiosa colección de libros y documentos históricos. La Biblioteca Central de la Universidad de los Andes estuvo en el ala izquierda del Edificio Central desde que este fue inaugurado en 1956, hasta su sede actual en el Edificio Administrativo en la Avenida Don Tulio Febres Cordero, hoy bajo la competente dirección de la Dra. Ligia Delgado Monascal y cada una de las Facultades de nuestra Universidad tiene bibliotecas especializadas en las materias que allí se imparten. La Biblioteca del Archivo Arquidiocesano de Mérida, bajo la acertada tutela de la Dra. Ana Hilda Duque, es ejemplo de

funcionalidad y en los últimos tiempos ha modernizado sus instalaciones y hoy cuenta con un archivo digitalizado. La Biblioteca del Seminario San Buenaventura de Mérida, la Biblioteca del Archivo Histórico de la Universidad de Los Andes "Dr. Eloy Chalbaud Cardona" y la Biblioteca "José Vicente Nucete" de la Academia de Mérida son buenos ejemplos de organización y de óptima preservación de libros y de colecciones y documentos.

Estos son algunos apuntes sobre las bibliotecas de aquí y de más allá. La Biblioteca Bolivariana de Mérida ocupa un lugar preferencial en el afecto de los merideños. Este edificio está ubicado en el casco central de nuestra ciudad y es paso obligado de los viandantes quienes lo miran con respeto. En los años que han transcurrido desde su inauguración no todos los directores la han tratado con la consideración debida y cuidado de sus bienes, archivos, obras de arte, piezas de su valioso museo e instalaciones físicas. Estoy seguro de que con el celo que le prodiga su actual Director el Licenciado Alejandro Romero, volverá a ocupar esa cúspide de la cual nunca ha debido descender porque nació para volar en lo más alto de nuestra sierra nevada como las águilas de Don Tulio.

Salve Libertador

El gran poeta chileno Pablo Neruda dijo que deberías levantarte de la tumba cada 100 años para que tus ideas sean recordadas, yo me atrevo a decir que deberías levantarte cada mañana, al despuntar el sol, para que sirvas de guía a Venezuela y a sus dirigentes en estos aciagos días. Vuestra fuerza irreductible tiene que irrumpir en nuestros espíritus y corazones, para que sin clemencia conviertas nuestros campos y montañas en otro Carabobo, Boyacá o Pichincha, Junín o Ayacucho. Cuanta falta hace tu espada libertadora, la que te obsequió el Congreso de Lima tachonada de brillantes y piedras preciosas y cuya réplica es hoy profanada por tiranos y dictadores, corruptos y saqueadores de arcas públicas, para que con esa arma cortes las amarras que nos unen y someten a los designios y directrices que nos llegan de esa isla caribeña, antes de barbudos y hoy de rasurados rostros, y de otros países que solo miran nuestras riquezas minerales y no velan por el bienestar del sufrido pueblo venezolano.

La ciudad de las sierras nevadas no puede callar ante el permanente insulto a nuestra nacionalidad, tenemos que volver al 13 de mayo de 1813 cuando en día luminoso os dimos el título de Libertador y semanas después, en vuestro brioso corcel, seguisteis rumbo a Caracas en pos de la libertad y de la gloria.

Hoy, en este sereno recinto y ante esta selecta concurrencia, no puedo menos que repetir las palabras que el niño-mártir de Los Horcones, Juan de Dios Picón González, Gobernador de la Provincia de Mérida, pronunció el 17 de diciembre de 1842, cuando se develó el primer monumento en el mundo a vuestra gloria y destinado a perpetuar vuestra impoluta memoria en tierra americana, en el hermoso mirador de La Columna, teniendo al frente las nieves eternas de nuestra cordillera y abajo las aguas del murmureante Mucujún, cuando dijo con sentida emoción: "¡Momento solemne, señores, en que reconcentrados los ánimos de un solo punto de consideración grande, sublime y majestuoso, cual es la memoria de las grandes acciones de Bolívar, toda expresión es pequeña para expresarlas con la dignidad, con la fuerza y con la elocuencia que asunto tan alto se merece. ¡Mi voz, al menos débil y sin energía, se alza, no para cumplir con un vano ceremonial, sino para dar salida a las emociones de admiración, de respeto y gratitud que inspira la memoria del varón grande que nos dio Patria y Libertad! (11).

Señores…

BIBLIOGRAFIA

1.- Germán Briceño Ferrigni, Nieves y Mieses, Imprenta del Estado Mérida IMMECA, 1999.

2.- Tulio Febres Cordero, Antología Bolivariana. FUNDECEM. Selección y prólogo: Lubio Cardozo y Carlos Chalbaud Zerpa. Biblioteca de Temas y Autores Merideños. Mérida, 2013.

3. Augusto Mijares, El Libertador. Tercera edición. Comandancia de las Fuerzas Aéreas de Venezuela. 1967.

4. Ramón Hernández, José Antonio Páez. Biblioteca Biográfica Venezolana. El Nacional-Bancaribe. 2008.

5. J.A. De Armas Chitty, Vida Política de Caracas en el siglo XIX. Editorial América Libre, Caracas, 1976.

6. Leszek Zawisza, Arquitectura y Obras Públicas en Venezuela, Siglo XIX. Ediciones de la Presidencia de la República. Imprenta Nacional. 1988.

7. Diccionario de Historia de Venezuela, Fundación Polar. 1988.

8. Humberto Ruíz Calderón, Ciudad de Libros. Mérida Ediciones APULA 2015.

9.- Baltazar E. Porras Cardozo, Torrijos y Espinoza –Dos breves episcopados merideños-. Coedición: Arquidiócesis de Mérida/Vicerrectorado Académico Universidad de los Andes. Talleres Gráficos Universitarios. Mérida 1994.

10. Román José Duque Corredor, Prólogo al libro Portón Andino de Álvaro Sandia Briceño. Ediciones A & T. Mérida 2013.

11. Eduardo Picón Lares, Revelaciones de Antaño, Tomo I. Ediciones del Rectorado. Talleres Gráficos Universitarios. 2008.

OTRAS OBRAS CONSULTADAS

*A. Tovar y M.S. Ruipérez, Historia de Grecia. Montaner y Simon. Barcelona, España. 1963.

*Enciclopedia Salvat. Pamplona, España. 1965.

*Maximiliano Barrio, Javier Paredes, Domingo Ramos-Lissón y Luis Suárez, Diccionario de los Papas y Concilios. 3a. edición. Editorial Ariel. Barcelona, España. 2005.

*Diccionario de Historia de Venezuela, Fundación Polar. Caracas. 1988.

RECUERDOS DE ANTAÑO (*)

Nunca me imaginé en los años en que he estado vinculado a la Academia de Mérida, primero como invitado a los actos y sesiones en las presidencias de los doctores Rafael Solórzano y Mario Spinetti Berti, luego como Presidente de la Fundación Academia de Mérida y ahora como Miembro de Honor, que me correspondería la singular tarea de dar respuesta a un discurso en un acto de incorporación de uno de sus miembros y que sería precisamente para recibir al Dr. Rafael Cartay, como Miembro de Honor de esta Academia, quien ha presentado, para cumplir con las disposiciones legales y reglamentarias de esta institución, un recuento de sus vivencias de joven recién llegado desde su natal Barinas a culminar sus estudios de

(*) Discurso para responder al pronunciado por el Dr. Rafael Cartay al incorporarse como Miembro de Honor de la Academia de Mérida el 8 de marzo del 2023

bachillerato en el Liceo Libertador de nuestra ciudad y su posterior ingreso en la Facultad de Economía de nuestra Alma Mater hasta graduarse de economista.

Cuando me dispuse a cumplir el cometido impuesto por la Junta Directiva de esta institución, pensé en tratar un tema relacionado con la gastronomía, pero no siendo un experto en la materia, como es mi caso, responder a un erudito en tales asuntos, como es a quien hoy recibimos, no es tarea fácil. Del extenso curriculum del Dr. Cartay podemos destacar su formación académica, sus actividades universitarias, los premios y reconocimientos recibidos, pero, fundamentalmente, debo mencionar los cincuenta y seis libros publicados como autor o coautor, a los cuales hay que agregar los libros terminados y aún no publicados, los libros en proceso, además de cuarenta y cinco artículos arbitrados e indexados.

Entre los premios y reconocimientos recibidos por el Dr. Cartay en la tarea de investigador y escritor de temas sobre gastronomía sobresalen el Premio Nacional de Nutrición (1994), el Premio Gourmand World Cookbook Awards (2006) por el Mejor Diccionario de Cocina en Kuala Lampur, Malasia, el Gran Tenedor de Oro de la Academia Venezolana de Gastronomía (2011), el Primer Premio del Primer Concurso de Ensayo Gastronómico de la Academia Venezolana de Gastronomía (2012), el Premio Gourmand World Cookbook Award (2013) con el Libro Mango Verde, Maduro, Pintón,

en cuya redacción participó como coautor, pero además hay que destacar que es Miembro de la Asociación Venezuela Gastronómica y Miembro de la Academia Venezolana de Gastronomía.

Ante este caudal de libros y artículos, premios recibidos y su membresía como Miembro de Academias Venezolanas de Gastronomía, el tema gastronómico no estaba al alcance de quien les habla, que no ha pasado de ser un aficionado a la buena mesa, a "sentarse a manteles" como decía el recordado Padre Eccio Rojo Paredes y a catar tal o cual vino, que en palabras de Pablo Neruda son: "Vinos que lloran o ríen acompasándote a tu alma, vinos con insignias antiguas, cubiertas de gloria o vinos sencillos de la pradera, vinos sin nombre" (1). La imposibilidad de tratar a fondo y con sapiencia el tema culinario me hizo evocar a nuestro poeta Andrés Eloy Blanco porque me siento "como el niño pobre ante el juguete caro".

El Dr. Rafael Cartay, en su discurso de incorporación a la Academia de Mérida, hace un hermoso recuento de sus vivencias de la ciudad en que vivió en sus tiempos de estudiante, apenas llegado de su tierra barinesa. Era una Mérida indudablemente distinta a la actual, pequeña en extensión y que tenía Universidad, Arzobispo, ocho plazas dedicadas a próceres de la independencia, diez iglesias, un cementerio y un mercado, gente amable y trabajadora, duendes, escritores, poetas y músicos serenateros.

Cuando el ahora académico inició su viaje desde Barinas para avecindarse en nuestra ciudad, se detuvo en Barinitas donde se dejan atrás los llanos y se inician las estibaciones andinas y recorrió por el polvoriento Ramal de la Carretera Trasandina, construida por el General Juan Vicente Gómez e inaugurada en el año 1925, los pueblos de La Mitisus, Santo Domingo, El Baho, Apartaderos, San Rafael de Mucuchíes, Mucuchíes, Mucurubá, Escaguey, Cacute y Tabay y cuando ya se divisa la ciudad, y en la curva que pasado el precipicio que se ahonda en el Mucujún y frente a la Capilla del Carmen, el chofer y los pasajeros agradecían a la Virgen protectora de los viajeros que los hubiera traído con bien y sin percance alguno.

Poco antes del Puente sobre el río Mucujún se podían ver las instalaciones de la Planta de la Luz Picón, una de las dos que surtía de electricidad a Mérida. La otra era la Luz Parra ubicada en la esquina donde fue construida el Edificio Torre de los Andes. Al llegar a la Vuelta de Lola, se bajaba por la Hoyada de Milla y era la Cruz Verde, frente al actual Hotel Prado Río, el símbolo de Mérida que le daba la bienvenida a los visitantes. Era todavía una ciudad "donde estiraban su pereza ocho calles longitudinales y veintitrés transversales" como en Signos de Mérida lo dice Emilio Menotti Spósito. Si la Cruz Verde era el límite de la ciudad por el norte, la Plaza Glorias Patrias, con sus monumentos en honor al General Páez y al General Campo Elías, era el límite de la ciudad por el sur. Era una ciudad con apenas unas

decenas de miles habitantes y que cabía en la estrecha meseta circundada y guarnecida por los ríos Chama, Mucujún, Albarregas y Milla.

Esa era la ciudad que Rafael Cartay conoció al llegar de su tierra natal para cursar estudios primero en el Liceo Libertador y luego en la Universidad de los Andes. Cartay se refiere con nostalgia a esa ciudad que hoy va desapareciendo para quedarse en las brumas del recuerdo. Hace referencia a los pocos sitios de diversión que existían, de la novia platónica a quien acompañaba hasta su casa de la Plaza de Milla para regresar caminando a la pensión donde vivía en las cercanías de la Plaza del Llano y que tenía una cocina criolla y sencilla pero suficiente para calmar el apetito del adolescente que pronto se haría hombre. Recuerda las incursiones al Comedor Popular donde por un módico precio se podía almorzar y allí acudían estudiantes, trabajadores y oficinistas de las cercanías que en una paciente cola esperaban su turno para sentarse en las modestas mesas donde se compartían las sillas con quienes hubieran llegado con anterioridad o se incorporaban luego.

Rafael Cartay nos hace en su discurso un adelanto de lo que serán posiblemente sus Memorias, que desde ya esperamos con el anhelo de quienes hemos sido sus consecuentes amigos y lectores.

No puedo responder los recuerdos de la Mérida de los tiempos de estudiante y de luego novel profesor de Rafael Cartay con otro recuento de lo que fue la Mérida que yo viví, porque creo que sería redundante. Mucho de lo que disfrutó y también sufrió en esa ciudad también la disfrute y sufrí yo y también la añoro, porque ha cambiado en lo físico y espiritual, ya no podemos ver en nuestras mañanas las nieves de los picos, ahora ocasionales, y hasta el clima que nos obligaba a utilizar sweteres, abrigos y chaquetas, hoy nos permite vestir ropa liviana. Todo es diferente y esta variación no siempre ha sido para mejorar nuestra manera de vivir.

Pero al revisar la extensa obra escrita por el nuevo académico me he conseguido con un libro de su autoría que leí con el interés de siempre y que se titula "La hallaca en Venezuela" y que editó la Fundación Bigott. Creo que es oportuna la relectura de ese libro para que al recibir al Dr. Rafael Cartay como Miembro de Honor de la Academia de Mérida, haga memoria de lo que para los muchachos de mi tiempo significaron dos tradiciones arraigadas en nuestra Mérida de siempre: los pesebres y las hallacas.

Haciendo un repaso del libro del Dr. Cartay vemos como se remonta a los orígenes de la hallaca y su lenta evolución desde el siglo XIX hasta llegar a convertirse en el plato más emblemático de la cocina venezolana, se refiere a los primeros registros que se ubican en Coro

en 1538 y en Barquisimeto en 1568, para luego ser una preparación imprescindible en la navidad venezolana como lo señalan estudios de Aníbal Lisandro Alvarado en 1953 y de Ramón David León en 1954.

En su recuento histórico nos habla del "pabellón criollo" y del pan de jamón nacido en Caracas en 1905 en la Panadería Ramella, que por cierto solo vino a conocerse en Mérida pasada la media centuria del siglo pasado.

En cuanto a la aparición de las hallacas andinas, la tachirense, la trujillana y la merideña, hace referencia a noticias de prensa en San Cristóbal en el Diario Horizontes en 1903 y aún más atrás en "La Lira" de Trujillo en 1896. En Mérida hay un poema anónimo publicado en el periódico La Avispa en 1878.

Al historiar la hallaca en Mérida nos habla de los tradicionales pesebres y de las misas decembrinas y del intercambio de regalos entre las familias amigas.

Luego de leer detenidamente el trabajo presentado por quien hoy se recibe como Miembro de Honor de esta Academia, me ha parecido pertinente recordar las fiestas navideñas que disfrutamos en nuestras mocedades, porque cada uno de los asistentes a este acto tiene un especial recuerdo de las hallacas de nuestras casas, de quiénes las hacían y del modo de prepararlas.

Germán Briceño Ferrigni, en el Prólogo a la edición de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida de "Viaje al Amanecer – Nieves de Antaño" en homenaje a Don Mariano Picón Salas en los 423 años de la Ciudad de Mérida, escribe a propósito de Picón Salas lo siguiente: "Don Mariano vivió siempre perseguido por los fantasmas merideños de los que quiso liberarse escribiendo Viaje al Amanecer. Mas, falló en su intento pues los fantasmas siguieron contumaces tras su pesquisa, como una familia alucinada en sus nochebuenas de allá lejos, según lo confiesa en Nieves de Antaño" (2).

Y así Mariano Picón Salas, en su hermosa añoranza de su Mérida natal recogida en Viaje al Amanecer, se refiere a las fiestas navideñas de esta manera: "Pero ya al alborear de diciembre la Sierra Nevada de Mérida parece estrenar una luz nueva, despeja y azula el cielo para que en él revoloteen las más tornasoladas mariposas del tiempo seco. Una promesa pascual ya se advertía en la campanita madrugadora que llama a misa de aguinaldos; en la claridad de aquellas mañanas, en los perfumados manojos de incinillo y díctamo real que para adorno de los "pesebres" bajan los campesinos de los páramos. Se escoge la fina paja sobre la cual debe tenderse el Niño Dios; los helechos y los musgos que refrescarán su gruta. Se muestra ya la labor extraordinaria e inconfundiblemente merideña de los artífices del anime. En sus livianos muñecos, la Historia Sagrada se trasladó al paisaje humano y geográfico de Mérida. Sobre caballitos de paso, por caminitos de cuesta, espolvoreados de mica, van los

Reyes Magos envueltos en sus chamarretas montañesas. Con un sombrero "pelo e guama" y esgrimiendo uno de aquellos machetes "rabo e gallo", tan famosos en las guerras civiles de Venezuela, en otro rincón del pesebre, el Rey Herodes se entrega casi jovialmente a la tarea de degollar inocentes. Distinguimos entre la minúscula multitud de jinetes y peatones, esculpidos en anime, cotudos de Ejido que llevan al mercado sus cántaros de greda, indios de Lagunillas que arrastran sus esteras, pastores de Mucuchíes con su tropilla de ovejas" (3).

Ahora pasemos de los recuerdos de Don Mariano a los nuestros.

Desde muy niño rememoro dos rituales en la casa de mis abuelos Hilarión y María en la que viví desde que apenas tenía meses de nacido: El pesebre y las hallacas.

Para hacer el pesebre y antes de que se iniciara la recogida de troncos para moldear las montañas que le darían forma y que se cubrirían con papeles de diferentes colores a los cuales se les rociaría mica, polvo abrillantado para avivarlas, se tenía la previsión, a comienzos de noviembre, de sembrar en potes a los cuales se les había colocado tierra lo que llamábamos "almácigos" y que consistía en sembrar arvejas, frijoles y cualquier otro grano que creciera rapidamente y en cuestión de semanas, porque con ellos se rodearía el pesebre para darle un tinte de verdor. Hacer el pesebre involucraba

a los jóvenes de la familia particularmente a las tías Lilia, Celina, Maruja y Nancy y con el refuerzo que significaban mis primos mayores Román Eduardo y Gilberto y de Germán Enrique, casi de mi misma edad. Se colocaban en el portal a San José y a la Virgen, la mula y el buey, se guindaba en un ganchito al Ángel de la Anunciación y se dejaba el espacio con algunas pajas para el Niño Jesús que solo se colocaría el 24 de diciembre a las 12 de la noche. Había pastores y ovejas en un tiempo de anime y luego de cerámica española, algunas casas y tal vez un puente que cruzaba un inexistente río. Musgo comprado en el mercado sin las restricciones ambientalistas de hoy y "barba e palo" de alguna hacienda cercana, completaban el pesebre. Los Reyes Magos iniciaban su viaje lo más lejano posible del portal y cada día, hasta el 6 de enero, avanzaban poco a poco en su largo peregrinar hasta la gruta de Belén donde entregarían sus regalos de oro, incienso y mirra al recién nacido.

El pesebre debía estar listo para los primeros días de diciembre. Además de los almácigos se colocaban algunos materos pequeños con plantas de hojas verdes. A partir del 16 y al culminar el rezo del Santo Rosario, se daba inicio a la Novena del Niño Jesús que debía terminar precisamente el día 24 al comienzo de la noche.

La emoción de los niños era grande porque esperábamos la "llegada del Niño Jesús" con sus regalos. Esa noche nos acostábamos no después de las 9 porque teníamos que estar bien dormidos para

cuando llegara. Antes le habíamos escrito el Niño Jesús pidiendo los regalos que aspirábamos. Esas cartas siempre empezaban por decirle que nos habíamos portado bien y que en recompensa a nuestro buen comportamiento esperábamos que nos trajera tal o cual regalo. No siempre cumplía el Niño Jesús porque algunas veces no le alcanzaba la plata y otras veces porque lo solicitado no se conseguía en el comercio local, pero claro, estos eran secretos entre el Niño Jesús y los papás que les habían entregado las cartas. La emoción de abrir los regalos era enorme. Lo recuerdo vívidamente cuando lo hice de niño y luego cuando vi a mis hijos disfrutarlo. Por eso ser niño es una vivencia tan grande, que por muchos años que vivamos jamás podremos olvidarla y decimos con el poeta Miguel Hernández:

> Para siempre fundidos en el hijo quedamos:
> fundidos como anhelan nuestras ansias voraces
> en un ramo de tiempo, de sangre, los dos ramos,
> en un haz de caricias, de pelo, los dos haces (4)

También nos acercamos a esa edad con nuestro poeta Antonio Spinetti Dini, en su Romance de la Luna Niña:

> Dejad que ría la niña
> con esa risa de luna.
> Dejad que la niña alce
> sus manos como la espuma (5).

La hechura de las hallacas empezaba por encargar las hojas a nuestra Hacienda Quizná en Chiguará. Muchos diciembres, cuando pasaba allá algunos días de vacaciones después de haber salido de clases en el Colegio San José, vi como los obreros "asaban" en el patio del café las hojas cortadas en el cambural de San Miguel, en toscos fogones armados con leña seca de árboles de la finca. Luego les quitaban las venas y las acomodaban en paquetes envueltos con tiras de hojas de los mismos platanales que habían sido puestas a secar previamente.

Los tíos Gustavo y Tera, que vivían en Chiguará, pasaban los días decembrinos con nosotros. La tía Tera o Terita, diminutivo de Teresa, tenía tres especialidades culinarias: los huevos chimbos, la carne fría y las inolvidables hallacas a las cuales se dedicaba apenas había pisado el zaguán de nuestra casa, con su característico afán de que estuvieran listos todos los preparativos para iniciar ese trabajo.

Comprar los ingredientes de las hallacas suponía un recorrido por el viejo Mercado Principal de Mérida, el que estuvo situado donde hoy se ubica el Centro Cultural Tulio Febres Cordero y hace doscientos años el Convento de las Clarisas. Había que comprar carne de res, de cochino y de gallina, tomates, cebollas, cebollín, ajos, comino, ajo molido, ají dulce, pimentones verde y rojo, tocino, garbanzos, pasitas, vino tinto, sal, cubitos y un punto de azúcar para

quitar la acidez, aceitunas con y sin hueso y alcaparras. La masa era un proceso lento porque había que "pilar" el maíz y con ceniza quitar la concha que lo cubre y hacerlo en anchos calderos de estaño. Este trabajo se preparaba con suficiente antelación para que estuviera listo para el día fijado, el 24, y las domésticas de la casa Concha o Chayo o Goya, todas lagunilleras, lo hacían con sobrada buena voluntad. La Harina Pan facilitaría esta tarea años después.

La abuela María nunca permitió que las hallacas se hicieran otro día que no fuera el propio 24 de diciembre y por eso se iniciaba el "rito de las hallacas" desde muy temprano. El día anterior se había preparado el guiso, crudo en la costumbre merideña, y el olor que desprendía hacía presagiar la calidad de las hallacas. En la cocina se organizaba la tarea y cada una, todas mujeres, sabían lo que tenían que hacer. Primero limpiar las hojas y colocarlas para extender la masa y a esta masa ponerle onoto para darle color, luego colocar uno por uno los ingredientes y los diferentes tipos de carne, de res, de cochino y de gallina, los adornos en los extremos (pasas, aceitunas, alcaparras), cubrir todo con la propia masa y finalmente cerrar con la hoja, cuidando de que estuviera bien apretada para que no le entrara agua. Lo último era amarrar la hallaca con pabilo, tarea esta que siempre estuvo reservada a mi madre. El fondo y los lados de la olla "hallaquera" se cubría también con hojas de plátano para que no se pegaran las hallacas a la olla. La cocción al fuego de leña en el patio del solar, costumbre que se mantuvo mientras la abuela María estuvo

como el personaje de la novela de Gallegos, la "Mano Azcárate", firme y erguida al frente de la familia, duraba no menos de cuatro horas porque el guiso andino es crudo. En otras regiones del país, donde el guiso se cocina antes, en dos horas debe estar lista la hallaca.

La Cena de Nochebuena era un acontecimiento familiar porque en la Mérida de mis tiempos, a los cuales me he referido, cada familia cenaba en su casa y eran los abuelos, hijos, nietos, tíos y sobrinos, los que se sentaban en la mesa, unos primeros y los otros después, en orden y por jerarquías. Antes se habían tomado algunos licores, whisky, brandy, ponche crema o "leche de burra", pero en la mesa el acompañamiento era vino Chianti, italiano y a la hallaca, según los gustos, se le colocaba aceite de oliva casi siempre el de marca El Gallo, importado de Portugal, el pan era de "bola o de bolita", y dependiendo del apetito del comensal, se repetía la hallaca porque era una fiesta de nunca acabar. El postre habitual en mi casa eran los buñuelos de yuca que tenían un nombre: "Buñuelos Beleneros", porque se hacían con la ancestral receta de mi tía abuela Belén Sandia de Chiguará.

En mi experiencia con las hallacas puedo decir que he disfrutado las hallacas margariteñas de pescado que más bien parecen una empanada de cazón grande, hallacas corianas de chivo, hallacas con masa de maíz de plátano en la zona del sur del lago, hallacas de masa de maíz oscuro, color morado, en la zona cercana a Las

Porqueras de Timotes, hallacas caraqueñas según la receta de Scanone, hallacas de caraota en San Isidro de Trujillo, hallacas solo de carne de cochino, hallacas de res y de pollo, sin cochino, hasta hallacas inventadas o improvisadas, todas muy buenas, pero me quedo con las hallacas merideñas y sobre todo las de mi casa, que mantienen la sazón de las de la abuela.

El Precursor don Francisco de Miranda en su fallida incursión por el Cabo de la Vela en 1806, añoraba las hallacas de su casa en Caracas. La tradición de las hallacas se ha convertido en una manera de recordar la casa de los primeros años. La diáspora venezolana la ha llevado a los cinco continentes. Las recetas se mantienen como nos la enseñaron en nuestras casas, las inigualables "hallacas de mamá", con algún toque del país que nos ha cobijado. La Harina PAN es un producto que se consigue ahora con relativa facilidad en América y en Europa. Seguimos celebrando la Noche de Navidad y si bien por razones de espacio en los apartamentos no ponemos siempre el pesebre, no falta el Nacimiento con el cual honramos al Niño Dios.

Mario Briceño Iragorry definió a nuestra hallaca en su incomparable estilo: "La hallaca o tamal corresponde en el arte de comer a lo que el barroco representa en el arte de construir. La hallaca es la más perfecta expresión del barroquismo culinario de la Colonia. Es la conjunción sibarítica del maíz de América con las finas carnes y los saporíficos aliños venidos de Europa: pasas, alcaparras, aceitunas,

almendras, aceite, carne de vaca, carne de puerco, etc." Y luego agrega: "La hallaca, que pudiera considerarse como la apoteosis colonial del maíz indígena, es el plato de la América fiel al maíz. Representa la generosidad de la cultura que se nutrió en el ámbito fecundo de la Colonia. El pan arcaico que se ofreció de molde para recibir los mil sabores de la mesa europea. El maíz es la suprema expresión de su fuerza de nutrimento y de goloso deleite" (6).

Arturo Uslar Pietri, se refiere a la hallaca en los siguientes términos no menos elogiosos: "Nuestra hallaca…es como un epítome del pasado de nuestra cultura…En su cubierta está la hoja del plátano. El plátano africano y americano, con el que el negro y el indio parecen abrir el cortejo de los sabores. Luego está la luciente masa de maíz. El maíz del tamal, de la tortilla y de la chicha, que es tal vez la más americana de las plantas…En la carne de gallina, las aceitunas y las pasas está España en su historia ibérica, romana, griega y cartaginesa…En el azafrán que colorea la masa y en las almendras que adornan el guiso están los siete siglos de la invasión musulmana…Y la larga búsqueda de las caravanas en la Europa medieval hacia el Oriente fabuloso de riquezas y refinamientos está en la punzante y concentrada brevedad del clavo de olor" (7).

Mariano Picón Salas dice que la "cultura arcaica del maíz se extendió por toda América no menos de cinco milenios antes de que aparecieran en el continente los primeros europeos, cereal de usos

múltiples, que es para "bestias y para hombres, para pan, vino y aceite" –como decía el padre José de Acosta-, el monumento americano más antiguo que testimonia su domesticación y uso es la venerable pirámide de Cuicuilco, cerca de Coyoacán, México, ejemplo de una cultura neolítica que algunos arqueólogos alargan a una vejez de diez mil años" (8).

El maíz es la base fundamental de la hallaca y en el Capítulo "Nochebuenas, allá lejos" de Nieves de Antaño, don Mariano recuerda la época de su Mérida navideña, así: --"Para gusto de un niño y primer contacto con el mundo, había también en la casa el trabajo de "amasijo" y ver salir del horno encendido los más azucarados "mojicones" y rosquetes. Un olor de condimento criollo –de salpresa, vinagre, guayabita, aceitunas y pasas de Almería- brotaba también de las enormes ollas en que se prepara el guiso de las "hallacas"- y termina sus recuerdos de juventud con tristeza diciendo: "Entre esas nochebuenas de allá lejos y las de ahora, ¡que frontera de nieblas, de oscuros cirros, de cambio y de soledad!" (9).

Don Tulio Febres Cordero en su "Cocina Criolla o Guía del Ama de Casa" (10), publicado en la Tipografía El Lápiz en 1899, en el Capítulo PRINCIPIOS, copia una receta de cómo preparar las hallacas y las hallaquitas de agua, que no difieren mucho de nuestra receta actual. Una curiosidad del recetario es que no usa medidas para las porciones, ni se indican los tiempos para cocinar, ni para cuántas

personas alcanza la receta por lo cual es de suponer que las amas de casa de la época tenían su propio sentido de las proporciones necesarias y del tiempo de cocción para preparar las hallacas.

Señores Académicos

He tratado de cumplir el grato deber impuesto por la Junta Directiva de la Academia de Mérida de dar respuesta al trabajo y discurso del Dr. Rafael Cartay al incorporarse como Miembro de Honor que, sobre "Las vivencias en la ciudad de Mérida", ha presentado ante las Comisiones de Honor y de Ingreso de esta multidisciplinaria corporación y no tengo la menor duda de que el joven Cartay en esa su primera incursión a nuestra serrana y altiva ciudad vino buscando la Mérida que recordaba Picón Salas en su hermosa "Pequeña confesión a la sordina" cuando escribe: "mi verde altiplanicie andina guarnecida de cumbres nevadas, de donde se desgajan blanquísimos ríos torrentosos, y mi vieja ciudad de arriscados aleros y campanarios, donde en el tiempo de mi infancia aún se vivía en un sosiego como de nuestro colonial siglo XVIII" (11).

Al comenzar a escribir estas palabras y siendo el Dr. Cartay un experto en temas gastronómicos, quise hacer una historia del hombre en su afán de alimentarse. Tomé algunos apuntes sobre los homínidos. Estudié en algunos libros de historia buscando estos orígenes hasta

llegar a millones de años atrás, desde el simio de los árboles hasta el que bajó para caminar agachado por bosques y matorrales. Eso quedará para otra ocasión. He preferido remontarme a mis recuerdos de niñez y juventud de nuestra Mérida, porque al fin y al cabo el neoacadémico nos ha recordado la Mérida de sus albores juveniles y tenía que responder este trabajo en los términos que se corresponden con un tema afín a los tantos libros que han salido de la prodigiosa pluma del ahora académico.

Doctor Rafael Cartay: Bienvenido a la Academia de Mérida. Usted dará lustre a esta institución. Siga escribiendo sobre gastronomía y su historia porque es un tema que tiene muchos y consecuentes admiradores y gracias por haberme permitido hablar sobre los tradicionales pesebres y las hallacas merideñas, y finalmente, mi gratitud porque hemos saboreado sus hallacas en la Academia de Mérida y en pleno mes de marzo.

¡Señores!

BIBLIOGRAFÍA

1. Pablo Neruda, Antología Esencial. Clásicos Universales. Losada S.A. Buenos Aires. 1998.

2. Germán Briceño Ferrigni, Prólogo a Viaje al Amanecer – Nieves de Antaño. Edición de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida. Mérida. 1981.
3. Mariano Picón Salas. Viaje al Amanecer – Nieves de Antaño. Edición de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida. Mérida. 1981.
4. Miguel Hernández, Obras Completas. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires. Segunda edición. 1973.
5. Antonio Spinetti Dini, Antología Poética. Ediciones Academia de Mérida. Colección "Temas y Autores Merideños". Segunda edición. Mérida. 1995.
6. Mario Briceño Iragorry, Obras Selectas. Ediciones Edime. Madrid Caracas. 1966.
7. Arturo Uslar Pietri, La hallaca como manual de historia, citado en La Hallaca en Venezuela de Rafael Cartay. Fundación Bigott. Caracas, 2003.
8. Mariano Picón Salas, "Pequeña historia de la arepa" en Obras Selectas, Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1962.
9. Mariano Picón Salas. Viaje al Amanecer – Nieves de Antaño. Ob. Cit.
10. Tulio Febres Cordero, Cocina Criolla o Guía de la Ama de Casa. Universidad de los Andes. 2006.
11. Mariano Picón Salas, "Pequeña confesión a la sordina" en Obras Selectas cit.

LO REAL Y LO IMAGINARIO EN LOS CUENTOS DE BERNARDO CELIS PARRA (*)

Las más remotas producciones literarias de los pueblos indoeuropeos, primeras manifestaciones de nuestra cultura universal, aparecen en la India, en lengua sánscrita, la más antigua evolución conocida de las lenguas indoeuropeas, hacia el año 2.500 antes de Jesucristo. La religión, el culto y la sabiduría forman la temática esencial de estos antiquísimos escritos en los que campean una elevada inspiración poética y la evocación de un mundo mágico poblado de genios y demonios que cercan de un mundo invisible al hombre. El primer período de la rica literatura sánscrita, o india, es el

(*)Prólogo al Libro Carne Prohibida, Cuentos y Relatos

llamado védico (derivado de la palabra *Veda,* "ciencia"), que se origina en el tercer o segundo milenio antes de Jesucristo.

En la literatura hebrea tenemos los libros sagrados del Antiguo Testamento, que es la primera parte del conjunto de libros que el cristianismo denomina con el nombre griego de *Biblia,* y constituye la más impresionante obra literaria del pueblo hebreo, que lo llama *Torá* ("ley"), *Nebim* ("profetas") y *Ketubim* ("escritos"). Textos sacros y revelados para la fe cristiana y para la religión judía, los libros que forman el Antiguo Testamento se han compenetrado de tal suerte con el espíritu, el pensamiento y la vida del hombre civilizado que a éste le es difícil enfrentarse con ellos en actitud puramente literaria, pues en cualquiera de sus páginas se impone siempre lo que los exégetas llaman el "sentido literal" (en su significación propia o en su acepción metafórica) o el "sentido real" (en sus modalidades típica, tropológica y anagógica). El hecho de constituir la verdad revelada y proceder de inspiración divina en el sentir de la inmensa mayoría de la humanidad civilizada, hacen que los Libros del Antiguo Testamento, a pesar de haber sido escritos en épocas remotísimas, se hallen muy inmediatos a nosotros, nos sean familiares desde la infancia y podamos acercarnos a sus páginas sin necesidad de un esfuerzo especial. Esta singularísima circunstancia, no igualada jamás por ningún otro género de literatura, se da, sin soluciones de continuidad, a lo largo de la Edad Media y perdura hasta nuestros días (Historia de la

Literatura Universal. Martín de Riquer y José María Valverde. Editorial Planeta S.A., Barcelona España, 1968).

Continuando con la historia de la literatura, nos remontamos hasta mediados del siglo XII, en que aparecen relatos que pueden considerarse como preludios de lo que serían las novelas y en las que se tratan temas como la Guerra de Troya, las Aventuras de Eneas, los infortunios de Edipo y de Antígona, y otros hechos de la antigüedad.

A Chrétien de Troyes, originario de la Champagne y quien vivió entre 1135 y 1190, se le considera el primer novelista moderno porque recogió las tradiciones literarias de su época. Conoció el latín y los clásicos, entre ellos el Arte de Amar y los Remedios del Amor de Ovidio. La primera novela que escribió, o se le atribuye, es *Guillermo de Inglaterra*, basado en la vida de San Eustaquio, en la cual mezcla naufragios, incendios, robos y piraterías, pero con toda esta trama, termina con un final feliz.

Más adelante Los Caballeros del Rey Arturo y La Tabla Redonda, Lancelot y sus amores con Ginebra, los príncipes caballeros y la búsqueda del Santo Graal y el mundo caballeresco como símbolo de lo religioso, tuvieron tanta influencia que pronto fueron vertidos, de su francés original, a diversas lenguas y enriquecidos con nuevos elementos.

Luego de este ligero paseo por los orígenes de la literatura antigua, llegamos a la novela caballeresca española que fue desarrollada con tanta intensidad y apasionaron tanto a sus lectores, que se convirtieron en su tiempo en las preferidas de todas las clases sociales. El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes y Saavedra es su máxima expresión literaria.

La novela tuvo eminentes cultores en la literatura española, de la cual Benito Pérez Galdós, escribió: *Imagen de la vida es la Novela, y el Arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisionomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea…* (Letras Españolas. Varios autores. Ediciones B., S.A. Madrid, 1982).

En Venezuela, el género novelístico ha tenido estupendos cultores, pero debemos ajustarnos en estas líneas al Cuento, que es la breve narración en prosa que desarrolla un tema que puede tener bases en la realidad o ser eminentemente fantástico, en hechos total o parcialmente ficticios o referidos a experiencias personales o de personas cercanas al autor.

Tal vez lo más original y vigoroso de la literatura de la América Latina se encuentre en los cuentos. Desde el siglo pasado la expresión de los grandes cuentistas latinoamericanos ha sido de extraordinaria modernidad y poder creador. Los caracteres más señalados de esa literatura se han manifestado antes que todo en su cuentística, y la más penetrante indagación de la

originalidad de la situación del latinoamericano está en ella (Arturo Uslar Pietri. Los Ganadores. Seix Barral-Biblioteca Breve. Barcelona, España. 1980).

Bernardo Celis Parra fue un hombre polifacético pero, fundamentalmente, fue un enamorado de Mérida y de su entorno, de su historia, de sus costumbres, de sus gentes, en fin, de todo lo que constituye lo que hemos llamado la *merideñidad.*

Los estudios, monografías y ensayos publicados por Celis Parra en la plenitud de su vida, Masificación y Crisis (1986), Voz de Andino (1988), El regreso del cóndor (1991), Mérida, ciudad de águilas (1997), Ideología, Bolívar y los demás (2005), Historias que son cuentos y cuentos que son historias: diálogos entre los protagonistas de la historia (2007), citados en el Diccionario de Escritores Venezolanos de Rafael Ángel Rojas Dugarte y Gladys García Riera y editado por la Universidad Católica Andrés Bello en su 3ª. Edición Corregida y aumentada y publicado en Caracas en el año 2012, y la Ciudad que yo viví (2016), póstumo, reflejan sus inquietudes literarias y los diversos temas que fueron motivo de su preocupación de andino y de merideño.

Jorge Luis Borges anotó lo siguiente: *Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de*

personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara (Jorge Luis Borges. Obras Completas. RBA. Buenos Aires, 2005).

He citado a propósito al poeta argentino, porque Borges resume, en esta frase, lo que Bernardo Celis Parra dibujó en estos Cuentos y Relatos: El mundo, su mundo, y lo llenó de muchas y diversas imágenes, pero no sé hasta qué punto trazó la imagen de su cara. Lo que si es cierto, es que evocó fantasmas, reunió hechiceros, conjuró espíritus, creyó en corazonadas, guardó amuletos e hizo realidades de la ficción.

Ahora Bernardo, cumplido su tránsito vital, nos entusiasma con estos Cuentos y Relatos que dejó dormidos en sus archivos y carpetas y que hoy despiertan gracias al esfuerzo de sus herederos, para disfrute de quienes tenemos la suerte de acercarnos a sus letras. Sumergirse en estos Cuentos y Relatos nos envuelve en una aureola literaria, porque vuela la imaginación del autor y así nos lleva en un viaje que, en la tranquilidad de su estudio-biblioteca, seguramente le quitó muchas horas de sueño para luego despertar con la aurora de la realidad.

Total o parcialmente ficticios, remembranzas de hechos pasados y proyecciones de un futuro imaginario, es de admirar como Bernardo nos lleva a pasear por la bóveda celeste de sus quimeras, y así, de su mano volamos con Macario a la *Aldea de los Canosos*,

asistimos con Calixto para ver *la Crueldad de la Longevidad*, nos abisma con el idioma computarizado del *Primer Gobierno Globalizado*, nos preocupan los *Peñonazos de Loncho* y la *Lepra Paramera* de Benedicto y su "mano e´ garfio", nos admira con el machismo en el *Cinturón de Castidad y la Burka* y las explicaciones del tío Andrés a su sobrina María, nos acerca en el *Estrés del Limosnero* a la úlcera sangrante del mendigo Jerónimo, asistimos a la celebración y al brindis de Sultana, Emelia y Sabrina al sortear la paternidad de sus bebés en los *¡Hijos del Azar!*, acompañamos a Vicente en la *Noche Larga* con su soledad y su silencio y nos asustan los tres *Crímenes Perfectos* entre pirañas y venados vengadores, admiramos la profundidad del pensamiento de Ghandi en la *Belleza de lo Estrafalario*, nos angustia *Crisóstomo El Solitario* en sus diálogos con el espejo del bisabuelo y admiramos la moda de los graffitis en franelas y pantalones de *Genios o Mediocres*.

Solo en este último relato, Genios o Mediocres, Bernardo nos da una pauta de lo que pareciera un atisbo autobiográfico, en los demás da rienda suelta a su imaginación.

Lo real y lo imaginario surgen en cada uno de los Cuentos y Relatos. Se entrelazan algunos de ellos, otros surgen en solitario. Unos se aferran a la cruda realidad y otros nos proyectan a un fantástico futuro. Son vivencias y afectos, casas y jardines, automóviles y aviones, jóvenes y viejos, ciudades y campos, todo tiene cabida en este libro. Es su mundo subjetivo y también pinturas de una realidad,

emociones personales y también hombres y mujeres que se ubican en diferentes situaciones y que nos muestran sus enrevesados rasgos sicológicos.

Los temas son diversos, a veces tranquilos, otras veces agitados. En algunos apela a elementos históricos, en otros la ciudad que estamos viviendo. Envuelve a algunos personajes en un aurea de romanticismo, a otros los hace crujir en una cruel y descarnada existencia con penas y recompensas por las actitudes asumidas. Bernardo Celis Parra con esta obra nos demuestra que había llegado a su plena madurez como escritor y quien sabe qué otras páginas hubieran salido de su pródiga imaginación si no nos hubiera dejado tan temprano, quizás presuroso por escribir en el más allá.

Carne Prohibida, pese a su nombre, que encabeza estos Cuentos y Relatos, no fue escrita para competir en el célebre concurso literario español de La Sonrisa Vertical que ganaron en sus momentos el venezolano Denzil Romero y la recientemente fallecida escritora Almudena Grandes. Es una relación de muy bien estructurados Cuentos y Relatos que nos ha legado Bernardo Celis Parra a sus innumerables herederos literarios y que se suman a sus obras publicadas en su tránsito vital.

Bernardo Celis Parra sigue en la búsqueda de *La Ciudad que yo Viví* en estos Cuentos y Relatos, que vienen a acrecentar el acervo intelectual de nuestra Mérida serrana.

Al agradecer a Marisí y a sus hijos María Carolina, Pablo Javier, Marianela y Bernardo Enrique, por esta iniciativa de rescatar del sueño de los justos estos Cuentos y Relatos escritos por Bernardo, recordamos con afecto al amigo cordial de los corredores del Colegio San José y de la Facultad de Derecho, al compañero leal de pensamiento socialcristiano y al empeñoso pescador de truchas en las lagunas y ríos parameros.

En Aguamontaña, en esta mañana del 9 de septiembre de 2022.

EL RADIO PHILCO DEL ABUELO HILARION HOMENAJE A NESTOR TRUJILLO Y A SU PROGRAMA RADIAL "CARRUSEL DE LA FAMA"

La casa de mi abuelo Hilarión Briceño estaba ubicada en la Calle Zerpa No 55, cuadra y media arriba de donde hoy está la Torre de los Andes, en ese entonces una vieja y amplia casona en la cual estaban las maquinarias de la Luz Parra, una de las dos empresas que surtían de electricidad a la ciudad. La otra era la Luz Picón. Teníamos magníficos vecinos entre ellos mi tío Enrique Uzcátegui Burguera, el doctor Miguel Valeri Paoli, farmacéutico del viejo Hospital Los Andes, el doctor Héctor Sánchez Romero, profesor universitario, y a la familia Chalbaud Troconis. Luego se mudaron

para la casa contigua a la nuestra Don Frank de Jongh, su esposa Josefinita y sus hijos, con los cuales siempre hemos mantenido excelentes relaciones.

El abuelo Hilarión tenía un radio marca Philco en una consola de madera y desde que era un niño aprendí a sintonizar las emisoras. Mi recuerdo más lejano se remonta a la Carrera de automóviles Buenos Aires-Caracas, que atravesó toda Suramérica y con múltiples escalas en ciudades y países. Un domingo vimos pasar los veloces carros por la Calle Independencia hacia la zona de Milla buscando la Vuelta de Lola y dc allí a Valera hasta llegar a Caracas. La ciudad se paralizó y el tráfico por nuestras carreteras también hasta una hora después que había pasado el último carro que eran de los llamados de "mecánica nacional", Dodge, Ford, Chevrolet y algún europeo, adaptados para desarrollar altas velocidades. Nada que ver con los Ferrari, Aston Martin, Williams, Mac Laren o los Mercedes Benz que hoy admiramos en las carreras de Fórmula Uno. En nuestro país los corredores supieron de las curvas y regresivas de la Carretera Trasandina desde San Antonio del Táchira hasta Carora y de allí hasta Barquisimeto en las decenas de curvas de ese trayecto y luego a Valencia, Maracay, Los Teques y Caracas en una o dos escalas más. Casi todas las carreteras eran de tierra y con muy pocos tramos asfaltados. La llegada a Caracas, así lo escuchamos en la voz de los narradores, fue un duelo entre los Hermanos Gálvez y Marimón, argentinos, y Atilio Cagnaso, de origen italiano. El carro de Oscar

Gálvez se incendió casi llegando a la meta y mi abuela María, que poco sabía de carros y de conductores y aún menos de la bendita carrera, sacó el Rosario y se puso a rezar para que Dios ayudara a Gálvez y le permitiera culminar felizmente la carrera. A todas estas, no recuerdo por fin quién ganó la carrera.

Una tarde y en la misma casa, cuando estábamos sentados en la mesa del comedor dispuestos a cenar, sentimos un fuerte y largo temblor. Todos nos fuimos con premura al patio a esperar a que pasara y recuerdo haber escuchado al abuelo decir "en alguna parte hubo un terremoto". Terminamos de cenar y el abuelo, preocupado por lo sucedido, me ordenó que sintonizara las noticias. Habían pasado una o dos horas, las noticias estaban lejos de la velocidad de hoy, cuando escuché que había ocurrido un terremoto en la ciudad de El Tocuyo, con muchas casas destruidas y decenas de muertos bajo los escombros.

La radio era la manera de estar comunicado con Venezuela y con el mundo con el Reporter Esso, "El primero con las últimas", que había que captar a las 7 de la noche si se quería saber las noticias más recientes.

Me aficioné tanto a escuchar radio que aún recuerdo la programación en las tardes de Radio Caracas, que sintonizaba cuando llegaba de clases en el Colegio San José y ya había hecho mis tareas: A las 5 "!A gozar muchachos!" con la Billos Caracas Boys en vivo, a las

6, Pochito Colgate con Charles Barry, a las 6 y media "Los tres Villalobos", a las 7 "El Bachiller y Bartolo" con Amador Bendayan y Abel Barrios, a las 7 y cuarto "Tamakun, el vengador errante", a las 7 y media "Frijolito y Robustiana" con Carlos Fernández y Ana Teresa Guinand, a veinte para las ocho "La Bodega de la Esquina" también con Amador Bendayan, a las 8 "Fiesta Fabulosa" con la Billos y con el Musiú Lacavaleri como animador y a las 8 y 30 "Evocación", un estupendo programa en que Luis Edgardo Ramírez y Francisco José Croquer recitaban hermosos poemas. Era el único programa en que Pancho Pepe Croquer, famoso locutor de béisbol y boxeo de la "Cabalgata Deportiva Gillete", utilizaba su nombre de pila: Francisco José Croquer.

Pancho Pepe Croquer compartía micrófonos en la "Cabalgata Deportiva Gillete" con Buck Canel, portorriqueño y Felo Ramírez, cubano, y trasmitían los Juegos de Estrellas y también la Serie Mundial de Béisbol desde el Yankee Stadium o el Polo Grounds o Ebbets Field, los estadios sedes de los equipos de Nueva York, en el tiempo en que los Yanquis de Nueva York en la Liga Americana y los Gigantes de Nueva York y los Dodgers de Brooklyn en la Liga Nacional, ganaban en los últimos años de 1940 y en los primeros de 1950, del siglo pasado, sus respectivas ligas. Las peleas por los campeonatos mundiales de boxeo las transmitían desde el Madison Square Garden y desde allí escuché ganar al cubano Kid Gavilán, el Campeonato Mundial Peso Welter.

Buck Canel hizo famosa la frase en los últimos innings: "No se vayan que esto se pone bueno" y Felo Ramírez es un miembro del Salón de la Fama de Cooperstown y allí tiene su voz grabada en español en tres grandes momentos del béisbol de grandes ligas que transmitió para los millares de sus oyentes: El jonrón 715 de Hank Aaron, el hit 3.000 de Roberto Clemente y el juego perfecto de Don Larsen de los Yankees contra los Dodgers de Brooklyn en el tercer juego de la Serie Mundial de 1956.

Pancho Pepe Croquer, saludaba a sus radioyentes con la frase "Buenas noches, amigos de Venezuela y de América". También era conductor de automóviles de carrera. Corrió en el Circuito de Los Próceres en Caracas cuando competían figuras como Juan Manuel Fangio, Sterling Moss o el Marqués de Portago y perdió la vida pocos años después en el Circuito de Barranquilla, en Colombia, cuando su veloz automóvil se volcó en una curva. Su entierro en el Cementerio General del Sur en Caracas reunió a muchos de sus admiradores y significó casi un duelo nacional.

Otro recuerdo de esos tiempos fue la novela "El derecho de nacer" que se trasmitía a las seis y media de la tarde. Durante la media hora que duraba la novela se paralizaba el país y también mi casa en la cual se suspendían las garantías, se declaraba el estado de sitio y operaba la ley marcial porque todos, incluyendo mi abuela María, que solo salía los domingos para la misa de 6 de la mañana, estaban

pendientes del "culebrón" de Felix B. Cagnet, cuyos personajes Albertico Limonta, María Dolores, Jorge Luis María Elena y don Rafael del Junco, eran la comidilla en las conversaciones de todos los sectores de la ciudad. Cuando don Rafael perdió el habla (y era el único que sabía el secreto de Albertico) y luego la recuperó, Billo Frómeta popularizó una sabrosa guaracha "Ya don Rafael habló" que al son de la Billos Caracas Boys se bailó en todos los salones de fiesta y en otros sitios menos rumbosos también.

La radio, insisto, nos mantenía al día o casi al día del acontecer en el globo terraqueo aunque algunas noticias llegaban con días o semanas de atraso, que no nos importaba mucho porque como decía mi tío Amadeo Ferrigni en Chiguará, leyendo un periódico con meses de haber sido publicado: "para mí las noticias son nuevas porque apenas me estoy enterando de lo sucedido".

La Voz de la Sierra fue la primera emisora de radio que se fundó en Mérida gracias a los empresarios Adelmo Quintero, Amílcar Segura y Roberto Strauss. Al final la totalidad de las acciones fueron adquiridas por el primero de los nombrados. Quizás debido a mi corta edad entre su apertura y el cierre no tengo mayores recuerdos de esa emisora pionera.

Aquí en Mérida viví plenamente oyendo a Radio Universidad y a Radio Los Andes. Radio Universidad tuvo sus primeros estudios en una casa ubicada en la esquina donde hoy está el Edificio de

CANTV en el cruce de la Avenida 4 con la Calle 21 y viene a mi memoria porque en la misma casa tenía su clínica el Dr. Domingo Gómez Mora, odontólogo. Mamá me llevó para que me sacara un "diente de leche" y luego de la extracción y para aplacar mi llanto me llevó a conocer los estudios de la emisora, muy modestos en mis brumosos recuerdos.

Después Radio Universidad se mudó para la esquina de la Calle 2 (Lora) frente al Mercado Principal, en los altos de La Casa de los Licores de César Guillén Calderón. Había programas simpáticos animados por sus productores como "Revista de la Noche" y su sección "Qué es la cosa" de Juan Parejo Marrón. Los domingos había un programa de aficionados en los cuales escuché cantar a los hermanos Napoleón y Luis Alfonso Martos.

El programa de noticias de la noche del periodista Miguel Ángel Liendo fue emblemático y oí las entrevistas que le hizo al Indio Araucano y a Adilia Castillo. Con el tiempo el poeta y periodista León Alfonso Pino desde el aeropuerto recibía declaraciones a autoridades universitarias, políticos y a las personas importantes que llegaban o estaban prontas a partir en las aerolíneas Avensa o Aeropostal.

Radio Los Andes con su lema "Un eco valiente de la cordillera en el cielo de América" permitió que se iniciaran en las lides de la locución amigos como Germán Uzcátegui Rivas y Néstor Trujillo, que aún mantiene en el aire su programa "Carrusel de la Fama" después

de 50 años de haberlo fundado y lo transite en otra de las emisoras de la ciudad.

La gran ventaja para los merideños era que estas dos emisoras, Radio Universidad y Radio Los Andes, tenían muchas horas con programas musicales y en una ciudad pequeña como la nuestra, en la cual una de las diversiones era pasear en carro con los amigos y las amigas, al sintonizarlas, hacía más grato el andar y desandar por las dos calles principales, la (3) Independencia y la (4) Bolívar, con tal cual incursión por la Avenida Urdaneta hasta la Bomba de Mario Peña y por la zona norte llegar por la Avenida Universidad hasta la Vuelta de Lola.

Otra cosa era cuando se iniciaba algún viaje por carretera y se colocaban en el dial estas emisoras. Allí se daba uno cuenta del poco alcance que tenían, pues ya en Los Guáimaros si íbamos vía a Lagunillas o pasando Tabay en la vía a Mucuchíes, se iba diluyendo la señal y entonces teníamos que apelar a las emisoras colombianas como la Cadena Caracol, Radio Sutatensa, La Voz del Río Cauca o Radio Cadena Nacional, para que nos alegraran el recorrido.

La televisión llegó a nuestra ciudad, de manera oficial, el 9 de octubre de 1964, con un programa especial de Radio Caracas Televisión, en que transmitió dos magníficos documentales sobre Mérida, producidos por el Instituto de Cooperación y Ayuda Técnica de los Concejos Municipales del Estado Mérida (INCOATE), para los

cuales el poeta Neptalí Noguera Mora escribió los respectivos guiones y la cámara del experimentado camarógrafo Leo Ozols captó a la ciudad con la Plaza Bolívar y la hermosa Catedral, la Universidad y el Aula Magna, las Facultades y sus profesores y estudiantes, el Teleférico hasta Pico Espejo y los hermosos paisajes de la sierra nevada y nos paseó por Tabay, Mucuchíes y sus trigales con era y granero, San Rafael, Apartaderos, el Pico del Águila y Timotes y sus siembras de hortalizas, los bucólicos Pueblos del Sur, Ejido y sus cañamelares, Lagunillas y la Laguna de Urao, los parajes de La Azulita y sus cafetales, Bailadores con sus flores y Tovar y más allá el Páramo de La Negra.

Después de haber presenciado con gran emoción los documentales pasados por el Canal 2 con cobertura nacional, los ejecutivos de la televisora presididos por el señor Peter Bottome, brindaron un agasajo a las autoridades presentes en el Salón Albarregas del Hotel Prado Río con la asistencia del Gobernador del Estado Mérida Don José Nucete Sardi y el Secretario General de Gobierno Profesor Gustavo Amador López, el Presidente de la Asamblea Legislativa del Estado Mérida, Dr. Germán Briceño Ferrigni, el Arzobispo Coadjutor Monseñor José Rafael Pulido Méndez, el Presidente del Concejo Municipal del Distrito Libertador Dr. José Vicente Contreras Pernía, el Rector de la Universidad de los Andes Dr. Pedro Rincón Gutiérrez, el Juez Superior del Estado Dr.

Héctor Albornoz Berti, el Director General de INCOATE Dr. Luciano Noguera Mora, periodistas e invitados especiales.

Estas notas las escribo para celebrar y compartir con el ingeniero Néstor Trujillo y en ofrenda a este Quijote de la locución merideña que ha cambiado la adarga por el micrófono, y que durante los últimos cincuenta años nos ha tenido al día en el acontecer de nuestro patio y también del patio y solar del vecino con su programa "Carrusel de la Fama" y al que recientemente la Academia de Mérida rindió un merecido homenaje, en el cual el académico Carlos Guillermo Cárdenas fue el orador de orden y en su magnífico discurso, hizo un recuento de la historia de la radio en nuestra ciudad y enhebró en sus recuerdos la crónica y la cronología de ese programa radial e hizo una extraordinaria semblanza de nuestro amigo y amigo de todos, Néstor Trujillo, en una sesión que será recordada por mucho tiempo.

EL BRICEÑAZO 2022 (*)

Hoy estamos reeditando la hermosa jornada que cumplimos en los dos últimos días del mes de abril y el primero de mayo de 2006, cuando más de 400 familiares descendientes de los iniciadores de esta saga, Federico y Braulia, y de los hijos, nietos y bisnietos de Eleazar, Raúl, Hilarión, Gustavo, Francisco y Anatiliza (Tila), nos reunimos en el Hotel La Pedregosa de Mérida, para celebrar lo que llamamos **El Briceñazo**, y que nuestra prima Lesbia acertadamente denominó El Magno Evento y además le compuso un hermoso vals, con ese nombre, que espero que hoy lo volvamos a entonar.

Aquí estamos todos, añoramos a los que se nos adelantaron en el viaje y con alegría recibimos a los que se han incorporado en estos últimos 17 años.

(*) Palabras en El Briceñazo, reunión de la familia Briceño Ferrigni en el Hotel La Pedregosa de Mérida y en otras ciudades de América y Europa, el 17 de diciembre de 2022.

El abuelo Hilarión nació en 1892 en Isnotú y por lo tanto es paisano del Beato José Gregorio Hernández. La abuela María nació en Ejido en 1895 porque el bisabuelo Pascual Ferrigni, asustado por el terremoto que el año 1894 asoló a los andes venezolanos y también a Chiguará, decidió traerse a la familia para el pueblo de los cañamelares y por eso la abuela María nació allí. Apaciguada la tierra volvió a Chiguará, donde había nacido su hijo mayor Amadeo y también nacería la menor, Teresa, a quien todos llamamos siempre con el cariñoso diminutivo de Terita.

Los bisabuelos y los abuelos, nuestros padres y también nosotros, nacidos en la medianía del siglo anterior, jamás se imaginaron o nos imaginamos que los descendientes se dispersarían por el mundo y que esta celebración tenga hoy lugar en sitios tan disímiles como Lima, Madrid, Montreal, Quito, Berlín, Londres, Buenos Aires, Bogotá, Miami, Caracas y Mérida. Casi parece un Mundial de Futbol.

Gracias a la buena voluntad y al espíritu de organización de algunos miembros de la familia que viven en las ciudades donde hoy estamos reunidos, nos ha permitido que esta fiesta de la parentela sea hoy una realidad y que aprovechemos las comunicaciones del mundo moderno para estar en contacto y poder vernos y hablarnos entre nosotros.

Lo importante no es el espacio geográfico donde nos encontramos actualmente. Lo importante es que todos podamos sentir la unión afectiva de la sangre, que sintamos el vínculo que nos une, el apellido **BRICEÑO** del cual todos debemos sentirnos orgullosos, y de allí que hoy celebremos con particular alborozo este **BRICEÑAZO 2022.**

En el **Hotel La Pedregosa** en ese abril-mayo de hace 17 años, el primo Ladimiro Espinoza lanzó una consigna "Abrace primero y pregunte después quién es". No será tan fácil hacerlo ahora por la distancia, pero es una especie de santo y seña que debemos tener siempre con nosotros.

Al saludar con especial cariño a toda la Briceñera dispersa por el mundo, queremos decirles donde quiera que se encuentren, que la capital de la familia Briceño Ferrigni sigue siendo Mérida, que aquí estamos y aquí siempre los estaremos esperando con el abrazo afectuoso de hermanos como nos enseñaron Hilarión y María. Los ocho hijos que seguramente están con ellos Cristina, Temila, Mary, Braulia, Carmen, Oscar, Germán y Maruja y quienes hoy nos acompañan Lilia, Celina y Nancy, todos, antes y ahora, siguen siendo el bastión de la unión familiar.

El roble es el árbol señero de la familia Briceño. Que la unión familiar sea fuerte como un roble, pero también tan flexible para que las ramas nos alcancen y nos cobijen donde quiera que estemos. Que

el recuerdo de Hilarión y María permanezca siempre con nosotros, porque cumplieron largas jornadas en Chiguará y luego en Mérida para criar y educar a sus hijos y hoy sus descendientes que deben llegar a las cinco generaciones, dispersos en varios continentes, debemos recordar los versos del poeta español Miguel Hernández que cité en mis palabras de El Briceñazo del Hotel La Pedregosa:

"Mientras existe un árbol el bosque no se pierde,
una pared perdura sobre un solo ladrillo,
Si no se pierde todo no se ha perdido nada"
¡Feliz y bendecido **BRICEÑAZO 2022!**

EL AUTOR

ÁLVARO SANDIA BRICEÑO

Nació en Mérida. Abogado, escritor y Miembro de Honor de la Academia de Mérida. Ha publicado *Perfiles Serranos*, *Portón Andino, Cumbres Merideñas, Memorias del Afecto y Aguas de Profundidad* y las biografías de Florencio Ramírez, jurista y ex Rector de la ULA, Luis Enrique Ruiz Terán, botánico y andinista, de José Román Duque Sánchez, probo magistrado, y de Mario Spinetti Berti. Se ha dedicado a la investigación histórica y a reflejar en sus crónicas la Mérida de ayer y de siempre.

Breve historia de un bello Club, La Fundación y la Academia, proyectos y realidades, Cinco escritores de Chiguará para Mérida y Venezuela, Música Maestro, Pinceladas Taurinas, El arte en los Toros y Los Pasos de la Plaza, son algunos de sus escritos publicados en revistas y boletines académicos, de los cuales es consecuente colaborador, y en los cuales siempre le rinde culto a la merideñidad.

SENDEROS DE TATUY

Este andariego Quijote, sin caballo ni escudero, ha decidido salir nuevamente por los caminos de La Mancha merideña, tratando de desfacer entuertos y luchar contra molinos de viento, hoy casi en total abandono y un tanto herrumbrosos. Me ha parecido acertado escoger como nombre de estas páginas Senderos de Tatuy, la meseta que conquistaron los atrevidos hombres de yelmo y armadura que vinieron de la Mérida de Extremadura a esta planicie tan cercana a las sierras nevadas, arriesgando sus vidas en busca de quimeras.

Aquí están reunidos artículos, semblanzas y biografías de personajes de alguna manera vinculados a lo que hemos llamado la Merideñidad, notas familiares y casos y cosas que han sucedido en nuestra reciente historia provinciana.

La pandemia que nos mantuvo recluidos en nuestras casas y que nos permitió valorar lo que tenemos y hemos podido perder, fue la bujía parpadeante que sirvió de guía en la búsqueda de legajos de mis archivos un tanto olvidados y que hoy, gracias a la edición del Sello Editorial del Vicerrectorado de la Universidad de Los Andes, ponemos en manos de nuestros benevolentes lectores.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
VENEZUELA
Vicerrectorado Académico

PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

ISBN: 978-980-11-2145-9
9 789801 121459